

EL COJO ILUSTRADO

AÑO III

15 DE OCTUBRE DE 1894

Nº 68

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA

DIRECTORES: J. M. HERRERA IRIGOYEN — MANUEL REVENGA

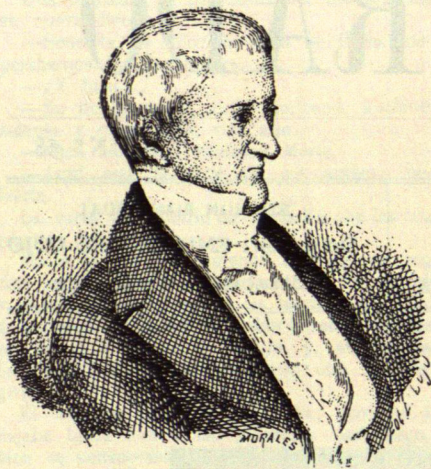
EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA



EL DR. ARISTIDES ROJAS EN SU GABINETE DE ESTUDIO
(Cuadro de Arturo Michelena)



DATOS HISTÓRICOS SOBRE EL

DR. FRANCISCO JAVIER YANES

"Era Yanes muy joven cuando entró en la Asamblea de 1811. Puede decirse que en ésta comenzó su fructuosa carrera de patriota, militar, político, magistrado é historiador, hasta el año de 1842 en que dejó la vida ya en edad avanzada."—(Aristides Rojas).

"Francisco Javier Yanes era un joven abogado lleno de fervor y de celo, embebido en las doctrinas religiosas y políticas de los filósofos franceses y acérrimo enemigo de todo linaje de tiranías. Como todos los hombres profundamente convencidos, cuyas opiniones se han formado en la soledad del gabinete, á escondidas de un gobierno opresor, Yanes poseía las suyas con rigidez, tenacidad y exageración, cualidades que formaban un contraste singular con su índole suave, complaciente y flexible. Versado en varios ramos de las humanidades y sobre todo en la historia colonial, determinado partidario de las ideas democráticas y persuadido, como muchos patriotas, de su fácil aplicación á Venezuela, no disimulaba ni su odio al gobierno hispanoamericano, ni su entera decisión por la causa de la Independencia. Mirábanle por esto, con razón, como uno de los principales jefes del partido republicano; y por lo demás poseía cuanto era necesario para merecer este nombre: honradez á toda prueba, constancia, energía y firmeza en los principios capitales."—(Baralt, Historia de Venezuela).

Durante el Gobierno provisorio de 1810 y 1811, desempeñó varias comisiones de importancia y vino luego al Constituyente de 1811 como Diputado por Araure.

Firmó como Presidente de este Congreso la *Ley sobre libertad de imprenta*; firmó también como Presidente de este cuerpo la *declaratoria de los derechos del pueblo* (1.º de julio de 1811).

Es uno de los que firman la *Ley aboliendo la tortura* (el 17 de agosto de 1811).

Firmó como Presidente del Congreso una ley adicional á los derechos del ciudadano, en que se deroga la infamia trascendental á los descendientes de los traidores (30 de julio de 1811).

"En la sesión del 3 (de julio) hablan acerca de la idea de independencia; Miranda, Peñaflor, Fernando Toro, Ramírez y Alamo, contra el Dr. Manuel V. Maya que la combatía. El discurso de Miranda dá origen á falsas interpretaciones que el joven Yanes se apresura á desvanecer, haciendo brillante apología de las frases é ideas del noble girondino. Por conclusión y apoyándose en los argumentos de Miranda, Yanes propone que Venezuela declare su independencia el mismo día 3, ó á lo más, el 4, aniversario de la emancipación de los Estados Unidos de América. Miranda calificó la discusión de tan fecunda materia como la más sabia é importante que había presenciado la América española desde la triste época de su esclavitud."—(Aristides Rojas—El Constituyente de Venezuela).

Después de la capitulación de Miranda, se embarcó en La Guaira para las antillas y fué de los que con Bolívar y Ribas, invadieron á Venezuela por la Nueva Granada. Del año de 1813 en adelante corrió los azares de la guerra al lado de Santander, Urdaneta, Olmedilla, Servier, Valdez y Páez, á cuyas órdenes figuró como lancero, en Arichuna, Achaguas y el Yagual. Obtuvo el grado de coronel. En 1816 encontrándose en el Arauca el ejército de los llanos y sin tener noticia del resto de Venezuela, acordaron los patriotas allí reunidos establecer un gobierno con el objeto de sostener á todo trance los principios de la revolución. Compusieron el personal de este gobierno Don Fernando Serrano, Don Francisco Javier Yanes y los Generales Servier y Urdaneta, siendo jefe del ejército Santander. En Guasdaluto se instaló este gobierno y sus miembros juraron morir antes que rendirse ó capitular.

En 1818 fué nombrado por Casanare Diputado al segundo Congreso de Venezuela (no pudo asistir) y con este motivo le dice Santander: "En el acto de elegir á usted la provincia de Casanare y los ciudadanos de la Nueva Granada residentes en ella, han tenido presentes el acendrado patriotismo de usted, sus luces y sobre todo el interés que otras veces ha manifestado por la felicidad de la Nueva Granada.

El Congreso reunido en 1819 creó dos Cortes de Almirantazgo, una para Angostura y otra para Margarita. Para la organización y Presidencia de esta última fué nombrado el Dr. Yanes, Ministro á la sazón de la Corte de Justicia. Yanes, como Presidente de la Corte de Almirantazgo, tuvo la satisfacción de recibir de notables patriotas, congratulaciones por los buenos resultados de sus trabajos. "He tenido mucha satisfacción en saber (le dice Zea desde Saint Thomas) que las sentencias de la Corte de Almirantazgo han sido alabadas en todas estas islas."

El Dr. Pedro Gual desde Bogotá, en carta relativa á un asunto diplomático, le dice: "Yo me alegro que esta ocurrencia me proporcione la ocasión de renovar nuestra antigua amistad. He apreciado á usted constantemente y he admirado á usted después en las sentencias de la Corte de Margarita, en que me parece haber visto el alma y el saber de mi amigo Yanes."

Refiriéndose á los trabajos de la Corte de Almirantazgo, dice Prat: "El corzo se ha estendido y se ha como regularizado; es falso que los corsarios hayan apresado los buques de todas las naciones. Los calumniadores habituales interesados contra los independientes han inventado esta ficción misteriosa. El corzo ha tenido el doble objeto de empujear á España y enriquecer á sus enemigos." El año de 1821, libre ya la costa firme, la Corte de Almirantazgo de Margarita fué trasladada al puerto de La Guaira, donde continuó por algún tiempo prestando sus servicios á la patria.

Cuando vencido el ejército español, sus restos se refugiaron en Puerto Cabello, último asilo de los realistas en Venezuela, el Dr. Yanes dirigió al Vice-Presidente de la República la siguiente nota (inédita).—"Excmo. señor: En las instrucciones dadas por el Comandante del apostadero de Puerto Cabello, Don Angel Laborde, á los corsarios particulares, nombrados la *Nueva Rosa*, y la *Lira*, que han sido apresados por el corsario de la República *El Vencedor*, es digno de toda la consideración del Gobierno el artículo 5.º que á la letra dice así: Los puntos á quienes se ha declarado en estado de bloqueo, por disposición del señor General en Jefe del ejército expedicionario, según lo ha participado de oficio á esta comandancia principal de Marina, y á los Almirantes y Gobernadores de las Antillas son: Isla de Margarita, Goltotriste, Orinoco, Coro, Maracaibo, Barcelona, La Guaira y sus costas ocupadas por los enemigos; constando en esta Comandancia, haber recibido otro aviso el Gobernador de Curazao. El derecho de bloqueo no puede ser efectivo

sino cuando hay fuerzas suficientes para cubrir los puntos que se designan por el que lo decreta y publica. Sin estos requisitos ni puede intimarse, ni admitirse por los neutrales. Los españoles ni nunca han tenido, ni mucho menos tienen al presente, fuerzas efectivas, navales ni terrestres, para declarar en estado de bloqueo, los diversos puntos que abraza el vasto territorio que designa el artículo copiado; y el Gobernador de Curazao no ha podido admitirlo sin una violación manifiesta de las leyes de las naciones, y de la neutralidad que debe observar, y con agravio notorio de la República de Colombia. El haberse recibido aviso en la Comandancia de Marina de Puerto Cabello, de aquel acto, sin contradecirlo ni impugnarlo, es una prueba de la adquiescencia que presta por su parte, no menos que de quererse mezclar y tomar parte en nuestros negocios."

"Ni los neutrales ni mucho menos nuestro Gobierno pueden ver con indiferencia semejante conducta. Aquellos tomarán las medidas convenientes para que no sea interrumpido y espoliado su comercio; este debe hacerle la misma notificación al Gobernador de dicha isla, respecto á Puerto Cabello, pues nuestras fuerzas navales y terrestres, nos autorizan para esta declaratoria, no menos que el derecho de retorción, tan usado en tales casos entre las naciones civilizadas."

"La ordenanza de Corso del Gobierno español, que ha adoptado la República, dispone en el artículo 34 que se consideren como género prohibidos y de contrabando, todos los comestibles de cualquiera especie que sean, en caso de ir destinados para plaza enemiga bloqueada por mar ó tierra, y nadie podrá dudar que en este caso se halla Puerto Cabello, porque tiene un ejército respetable que lo sitia por tierra; porque nuestras fuerzas navales lo estrechan por mar, y porque si de Curazao no le suministraran municiones de boca y guerra, la plaza se hubiera rendido ó se rendiría muy pronto; siendo por todas estas razones de absoluta necesidad aquella notificación al Gobierno de Curazao, para que con esta medida tenga fin una guerra que sólo puede sostenerse por los enemigos de la felicidad de la especie humana."

"Los deberes de mi encargo me obligan á transmitir estas observaciones á V. E., las cuales resultan de los procesos que acaba de juzgar la Corte de Almirantazgo que presido, y V. E. dándole la inteligencia y extensión que demanda la salud de la patria, resolverá lo que estime conveniente."

Guaira: noviembre 1.º de 1821.

Yanes.

Contestación.—Caracas: 3 de noviembre de 1821.—11.

Al señor Presidente de la Corte de Almirantazgo.

He visto con sumo gusto el celo de V. E. y su interés incontestable por el servicio público, y por el decoro nacional, y he adoptado la proposición de V. S. sobre el bloqueo de Puerto Cabello.

Dios guarde á V. S.

C. Soubllette.

El Dr. Yanes una vez concluida la guerra de la Independencia, continuó prestando sus servicios á la República en elevados cargos públicos, sobre todo en la administración de justicia. Fué miembro y Presidente en turno del célebre Congreso del año de 36. Fué también Consejero de Gobierno.

Publicó tres obras: Documentos para la vida pública del Libertador, Historia de Venezuela desde su descubrimiento hasta la proclamación de la Independencia y el Manual Político del Venezolano.

Dejó sin publicar la continuación de la Historia general de Venezuela, la Historia de la Provincia de Cumaná, Memoria histórica-política sobre la Isla de Margarita, Apuntaciones sobre la Constitución de Cúcuta y mu-

chas cartas, memorias y otros documentos históricos.

NOTA.—La Historia de Venezuela á que nos referimos, escrita y publicada por Yanes en la imprenta de Damirón en 1840, no tiene el nombre del autor, y tal vez por esto Juan Vicente González, en su Historia del Poder Civil, atribuye á Don Andrés Bello, muchos párrafos que toma de aquella publicación.

EL SEÑOR JOSÉ MARIA MARTEL

También el señor José María Martel ha podido vacar un momento á sus múltiples ocupaciones, para atender al llamamiento de la «Asociación venezolana de literatura, ciencias y bellas artes,» y presentarle la revista que hoy se publica, destinada á instruir deleitando y á enseñar cautivando la imaginación del lector. En este trabajo ha seguido el señor Martel las luminosas huellas de Julio Verne, el erudito francés que tanto ha popularizado la ciencia y encadenado el entendimiento de la humanidad con el prestigio de sus maravillosas descripciones. El señor Martel es colaborador del periódico mensual de Astronomía de Camilo Flammarión, y corresponsal, en materia de seismología, de la Sociedad de Dijon, presidida por Perrey.

Los fenómenos de que habla el señor Martel son familiares á los habitantes de nuestros llanos y selvas. En los grandes bancos de oriente, corren los vientos como olas de mar que arrastran arenas y piedras, y producen ruidos semejantes á la voz humana. En las sabanas de Coro véanse los médanos variar constantemente de sitio y los viajeros obligados á torcer de rumbo para buscar allende la perdida senda. Los espejismos allí visibles sirven también de guía á los caminantes, tan conocidos son. De estas comparaciones, que luego al punto llevan los recuerdos, dedúcese la exactitud de las investigaciones científicas á que se refiere el aventajado naturalista caraqueño. Tal impresión dejan en el ánimo los trabajos que el señor Martel da á la prensa, que su sola firma basta para atraer al lector; y no por mero pasatiempo, sino por la instrucción que difunden y por lo mucho que se aprende y cosecha en el inmenso campo de las ciencias naturales, tan bien cultivadas por el inteligente, activo é ilustrado colaborador de la antedicha «Asociación.»

R. F. SEIJAS.

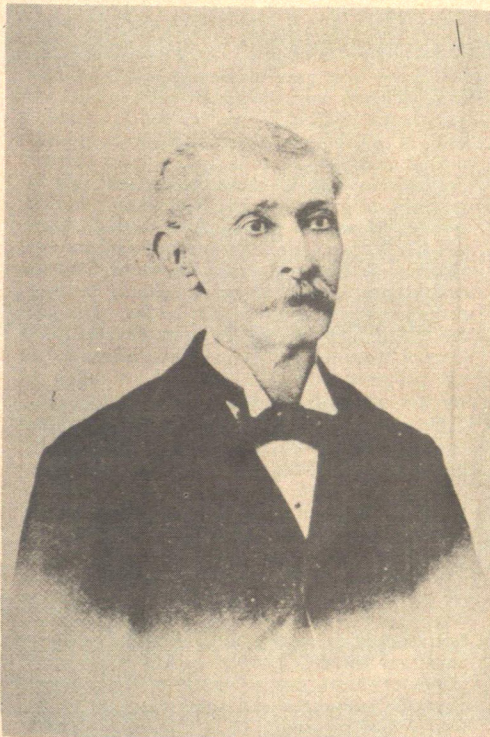
LOS ZAPADORES DE LA CIENCIA

I
Era ya mediado el mes de agosto de 1886, cuando un Filósofo y un Naturalista llevaban camino de Haurán en la Siria, en solicitud de ciertas cavernas de la *Auranitida*, que en lo antiguo servían de asilo á esas bandas errantes que trafican por los desiertos, proponiéndose los viajeros hacer exploraciones en aquellas grutas, sospechando que en algunas de sus criptas pudiesen hallar vestigios de objetos históricos y antropológicos que los pusiesen en capacidad de deducir estudios, ya sobre geroglíficos de pasadas edades, y ya en fósiles que guardasen escondidos aquellas solitarias mansiones del silencio y del olvido.

Ya el Sol declinaba al Ocaso; pero, más amante del hombre que la humanidad misma, dejaba á los esforzados viajeros el consuelo de la suave lumbrera de la *pupila de la noche*, como llama Píndaro á la Luna, que en su pleno aparecía acompañada de un hermoso cortejo de fúlgidos diamantes estelares, en un cielo matizado de albas nubecillas de gasa, irisadas con esos últimos destellos de luz que el Sol envía sobre el gran ropaje de la Tierra, en ese instante indefinido de su postrimería crepuscular.

Impresionados los dos viajeros en ese momento de suave melancolía, en que queda envuelta la naturaleza al despedirse el astro vivificador; y abstraída su imaginación al contemplar la sal-

vaje austeridad de aquella tierra, como si navegasen en un inmenso y desconocido océano, llevados al acaso de ola en ola, y de esperanza en esperanza, sin alcanzar puerto alguno en que rendir la dilatada jornada, caminaban aquellos zapadores del saber como si fuesen arrastrados por ignorada corriente; y sólo de vez en cuando espiraban de su angustioso pecho el comprimido aliento que les permitía una atmósfera enrarecida por el caldeamiento de la ardiente arena del desierto.



DON JOSÉ MARIA MARTEL.

En este crítico estado, muy vecino del sopor, hiede de improviso el oído de los viandantes un raro murmullo que se les parece mucho á la voz humana: detienen en la vía que llevaban para prestar atención al ruido y, cuál sería su sorpresa cuando distintamente oyen un sonido que articulaba esta frase: «*Oh vosotros, pasajeros de estos desiertos! deteneos ahí!.....*» cuyo final no pudieron comprender, porque se perdió en lontananza, como si hubiese sido llevado en el vuelo de un ave mensajera del desierto, que penetraba en el pílagro aéreo, buscando las regiones del infinito.

No obstante la postración y angustia de los viajeros, reaccionan sus escasas fuerzas pulmonares ante un fenómeno que afectaba todos los caracteres de un milagro; y llenos de ese valor que inspira un inminente peligro en la suprema necesidad de atender al amparo de la existencia, gritan á la vez «*¿quién habla, dónde estás, que no te vemos?*» Al segundo reclamo se oyó como bajado de lo alto esta respuesta: «*En el trato humano me he llamado Ciro: en esta apartada mansión del desierto llevé el nombre de Erémus: ocupo una estancia á donde no llegan los humanos con su punzante lengua, sus pasiones feroces y su miserable vanidad: me veo libre de esa peste negra que llaman..... que no sabe vivir sino del engaño, de la bajeza, de la adulación, de la soberbia de la vida y de todas las concupiscencias. Y vosotros, ¿qué queréis?: si os halláis inocentes de todas aquellas faltas de que son reos casi todos los hombres; si sois humildes y prudentes, y amáis la justicia, confesaos ante la divinidad, que se os hace accesible en la inmensidad de este océano de arena y polvo, en que nada se opone al contacto de los polos de la Tierra y del Cielo; y entonces, si queréis el bien, yo os conduciré: hablad.*»

El Filósofo y el Naturalista, ante esa imponente

te voz del desierto, buscaban cómo explicarse ese milagro físico, cuya solución fijaron en lo que pudiera decirse un *fonotelismo del desierto*; la repercusión bajo la bóveda atmosférica en calefacción: ellos gritaron de nuevo: «*somos inocentes, y solo deseamos que Erémus nos albergue.*» Dejose oír la voz del desierto que decía: «*haced rumbo al Oeste obedeciendo á la muestra de la brújula: á la media noche una luz en lo alto de una colina os indicará que debéis deteneros: esperad ahí que yo os vea.*»

El reloj marcaba las once en ese momento: una hora más, y ya los viajeros llegarían á la etapa inesperada, que por cierto no estaba en el itinerario de su meditada excursión. Sería Haurán el lugar de la cita?: no podrían estar allá en una hora? Qué otro sitio podría ser, si caminaban sobre una dilatada planicie en un desierto sin amparo, con excepción de las criptas, cuya visita en hora tan incompetente podría serles más peligrosa que favorable? En estas reflexiones marchaban entretenidos, corrigiendo de vez en cuando el rumbo que debían llevar y que les marcaba el compás; y aunque fijaban el oído para percibir cualquier sonido que pudiese transmitir el ambiente enrarecido bajo cuya presión aún estaban, un profundo silencio contestaba al cuidado prestado.

Ansiaba el Filósofo salir cuanto antes de las preocupaciones que asaltaban su ánimo respecto de la existencia misteriosa de un ser en aquellos apartados destierros de todo humano concurso: ¿quién era Erémus, y qué acontecimiento lo había hecho inclino de esos desamparados hogares que no podían tener otro dueño que la voluntad del primer ocupante, si no fuese también el cubil de fieras trashumantes?

Inquieto andaba el Naturalista por descubrir de qué manera pudo Erémus saber que alguien traficaba por el desierto, para hacer oír una prevención tan acentuada, cuyo final no alcanzaron á percibir ni él ni su compañero. También ardía en el deseo de llegar al término de un enigma que no prestaba hasta ese momento síntoma alguno de racional solución; pues aquél debía ser un ente humano, subordinado á las necesidades de la existencia; y en aquel árido y enjuto desierto que pisaban, no se descubrían vestigios de vegetación alguna para los reclamos de la vida. Ni una hierba, ni una gota, siquiera del rocío del cielo, que humedeciese un milímetro de superficie epidérmica. Arena solamente; una que otra concreción calcárea que iba proveyendo indicios de próximas cavernas, como vecino tránsito del plano del desierto, á esas arquitecturas de la naturaleza que admiramos en el sistema de grutas que construyen los monarcas de las profundidades de la Tierra, el poderoso Seismos y el incendiario Pluton.

II

¡Una luz! gritaron á la vez el Filósofo y el Naturalista: ambos observan la muestra de su reloj: era media noche. Sujetándose á la orden dada antes, se detuvieron. No pasó mucho tiempo sin que viesen acercarse una sombra que aparecía como un espectro, y á medida que avanzaba se iban descubriendo facciones humanas de un ser que llevaba esculpido el sello de una noble y franca fisonomía en la respetable figura de un anciano, en quien el retiro y la meditación habían impreso ese carácter de austeridad, que se parece á un ser divino, mensajero del destino en el sendero de la vida. A cierta distancia se detuvo la figura; y antes que los viajeros pudiesen conocerla, les dijo que siguieran sus pasos; y fueron encaminados hacia una hermosa y elevada gruta que se presentó á su vista, y que no habían distinguido previamente porque la ocultaba una bruma, ó sea ese velo fumiforme con que la Naturaleza viste sus anfiteatros en las noches de su descanso, cuyo reposo le causa ese sudor de gases cálidos, que de sus internos vasos hace brotar la fiebre que le produce la insolación del desierto. Al encontrarse los viajeros en el vestíbulo de aquel coloso de arquitectura con que la naturaleza ostenta

sus armónicas obras en las dilatadas estepas del planeta; ya en aquella forma, y ya también en oasis; siempre reparadores de la cruel fatiga del viandante, penetraron en un salón en que lucía una luz opaca, como de lámpara que se extingue; allí se cambiaron una mirada investigadora; buscaron su guía y se hallaron solos: aquella había desaparecido; y por toda señal oyeron una voz como salida de una cripta que les mandó albergarse en unas como camas, á manera de sillares colocados en orden arquitectónico. Instalados en el salón, dirigieron ambos una escrutadora mirada á sus alrededores, y con una sorpresa, mezclada de plácido regocijo, se les presentó á su vista una hilera de divanes naturales, labrados en las mismas rocas componentes de aquel albergue: allí se instalaron para pasar el resto que quedaba de aquella noche de portentos.

Al amanecer fueron llamados á un extremo del Salón, y allí se les presentó el providente hospeder, anunciándose con el nombre de *Erémus*. Fueron obsequiados con una ligera refacción, servida con productos de vegetales farináceos, y leche; cultivados aquéllos en una huerta, y ésta, producto de una vaca traída de Damasco para el servicio de la estancia. Concluido ese acto reparador del cansancio y ayuno del día anterior, inició la conferencia el Filósofo, reclamando de su noble hospeder noticias que le hiciesen conocer el motivo de su vida yerma, como si fuese la última batalla librada en la cruda lucha por la existencia en los campos de la tumultuosa vida.

Erémus, con pausada voz y grave continente contestó que deseaba saber antes el objeto de tan atrevido viaje de sus huéspedes, por un desierto sin rutas conocidas, y en que pudieran haber tropezado con ciertos antros de esa gran planicie, habitados por bestias feroces, de que no habrían podido precaverse, si afortunadamente no hubieran caminado cobijados por esa capa de aire, de extremada transparencia, que produce el sorprendente fenómeno de hacer sonora la atmósfera; á cuyo favor, y en virtud de la constante atención prestada en este estado atmosférico, á las ondulaciones longitudinales del aire que comunican el sonido á grandes distancias, pudo él (*Erémus*) percibir el eco que los denunciaba; y que si no oyeron el completo de la frase, como lo han observado ahora, es debido á que alguna corriente eléctrica atravesó en ese momento el hilo conductor del sonido; y como también acontece, siempre que una nube acuosa interrumpe con los varios gases que contiene, el enrarecimiento de la atmósfera.

Satisfechos los viajeros de la explicación científica dada al fenómeno, manifestaron que el objeto de su viaje envolvía fines investigadores en favor de la historia y de las ciencias físicas y naturales, para aumentar los conocimientos humanos con nuevos descubrimientos en el campo de la Filosofía y de la Naturaleza.

Con ese mismo objeto, continuó *Erémus*, he venido á este sitio que lleva el nombre de *Haurán*, atraído por el deseo de estudiar la constitución geológica del lugar, que de antiguo era reputado como el resultado definitivo de conmociones seísmicas y volcánicas, cuyos estragos llegan al fin á resolverse en espaciosas é inextricables grutas, como la que actualmente ocupamos; ó en elevadas y escarpadas montañas con señales de extinguidos volcanes, como las de la Auvernia; ó en grandes y altas planicies, coronadas de lagos, más ó menos extensos, según haya sido el tamaño del cráter de eyección del volcán, invadido por la masa de aguas que, ascendiendo por el cono desde su base, haya terminado en la superficie, para reemplazar con esta última determinación, la corriente lávica que arroja el volcán al entrar en actividad.

Aquí, pues, no tenemos otra cosa que admirar, sino la artística composición de este monumento levantado por la naturaleza, en donde con variada distribución hallamos formas distintas en los diversos departamentos que se conocen hasta ahora, pues no es de fácil acceso el escrutinio completo de este laberinto de piezas

sin salida posible para el hombre, por la estrechez de la vía de comunicación en algunas, y también por la interminable continuidad y sucesión de cuartos más ó menos oscuros, que van presentándose á proporción que se interna en la investigación, no sabiéndose á dónde vayan á terminar esos ocultos y secretos caminos.

Los viajeros exigieron á *Erémus* que les mostrase algunas de las celdas de este gran Capitolio del desierto, en las cuales, á su juicio, pudiesen encontrar sorprendentes novedades que someter á estudio, pues eso era el objeto de su viaje.

Complaciente anduvo *Erémus*, y empezó por llevarlos á un salón de la Gruta, en donde contemplaron una gran periferia de terreno pastoso, llamado *consumidero* en el lenguaje vulgar, porque á medida que se camina desde la orilla al centro, se va sumiendo la planta gradualmente hasta perder toda acción para retroceder, siendo esta la causa de hallarse allí esqueletos de grandes animales que han perecido, cogidos en aquella prisión de humedad. Averiguada la causa de este reblandecimiento del terreno, se encontró en la constante filtración de las aguas depositadas en la cúspide de aquel departamento que penetrando en las varias hendiduras de las suturas de las rocas, destilan desde tiempos remotos sobre aquel piso, formando así ese peligroso sumidero, oculto á los rayos del sol que lo desecaría por la evaporación.

De allí se pasó á otra celda de la Gruta, menos espaciosa, pero más notable por su constitución arquitectónica: á un extremo de la entrada se encontró colgante, como piedra preciosa montada por un joyero, una roca geódica, á manera de campana. Con una varita la tocaron y sonó como un timbre. Ese es un fenómeno, dijo *Erémus*, que se explica por la rotura que ha sufrido la hueca roca, pues ha perdido la parte que le completaba la figura esférica que en su origen tuvo, quedando agrietadas sus paredes á que tiene adheridas concreciones calcáreas que en estado perfecto de cristalización adquieren esa sonoridad en tiempo seco y aire reposado. A otro lado de aquella misma celda se observó un nuevo objeto de admiración; tallados en una roca inclinada se vieron peldaños toscos de una escalera que conducía en plano ascendente á otra roca cuadrada, cuyo centro ahuecado afectaba la forma de una cátedra.

Un Ateneo! exclamó el Filósofo: con la campana llamamos á clase ó á sesión; y á la cátedra sube el que vá á discurrir. Estas maravillas me han traído un recuerdo, el de la *Estátua de Memnón en Tebas*, esa gran roca dividida en dos, en las que el escultor Amenhotep grabó las estatuas, retratos de su rey, una de las cuales llegó á conocerse con el nombre de *Memnón parlante* porque emitía por las mañanas sonidos musicales, atribuyendo la fantasía de aquellos tiempos al milagro de que aquel héroe de las banderas guerreras, convertido en dios, hablaba á los humanos; no siendo el tal milagro otra cosa que un fenómeno físico, causado por la caída de la parte superior de la estatua, en una conmoción seísmica, alterando así el resto de la piedra, de tal modo que sus moléculas adquirieron las condiciones acústicas, que más tarde debían servir de alimento á un público, ávido de querer siempre ver en todo fenómeno natural la encarnación de un milagro, al cual tributarle culto idolátrico en las exageradas demostraciones de creencias supersticiosas.

Ya es tiempo, continuó el Filósofo, de que se supiese que *nada hay sobrenatural en la naturaleza*, sino que el necio orgullo del hombre, engendrado por su ignorancia, le ha hecho crear la palabra *sobrenatural* para todo lo que su nesciencia no comprende, rodeándose al mismo tiempo de esa atmósfera de misticismo de remotas edades, con la que los supremos directores de temperamentos histéricos, se hacían pasar como oráculos de todo aquello de que pudiesen sacar algún provecho en los varios procesos de la vida.

Ciertamente, se interpuso á decir el Naturalista, lo que acaba de enunciar mi compañero

de viaje no tiene réplica, y no comprendo cómo es que hoy mismo andan por el mundo que se llama ilustrado y sensato, apoderándose de la cátedra popular, ciertas ideas que no tienen otro objeto que el de hacerse eco y ponerse, sin advertirlo, al servicio de fines sociales, políticos y místicos de ciertos espíritus sectarios de un centro común, antiguo y resistente, que viene tiempo ha sosteniendo cruda y empecinada lucha contra el progreso de las ideas reinantes en el campo de la política, de la ciencia y de la sana razón, para hacernos retroceder á los tiempos medioevales del poder supremo de soberanos absolutos, de monarquías de origen divino, de enseñanzas monásticas, y de toda oposición á los estudios científicos, que incluyen análisis, experimentación, y esa *luz mater* que lleva al cerebro humano el germen de vida con que iluminamos el camino de los conocimientos con que debemos ennoblecer nuestra existencia.

Esos astros que se sostienen por sí solos en su rotación, sin caer, á los ojos del vulgo, *milagro!*

Ese vapor acuoso que se mantiene encerrado en la nube y no cae por más que aumenta en volumen, *milagro!*

Ese fuego fatuo que nos invade á veces en los cementerios, en las altas montañas, en los maderos de los buques, y no nos quema, *milagro!*

Ese carbono que llevamos en nuestros pulmones, y ese fósforo que se acumula en nuestro cerebro; y aquel no nos mata, ni este nos incendia, *milagro!*

Esos y otros más son milagros para el que no comprendiéndolos como fenómenos naturales, no sabe explicarlos; todo lo cual llega sin embargo á analizarse por el estudio de las ciencias físicas y naturales, y entonces nos reímos de nuestra propia ignorancia.

La Física y la Química son los enemigos declarados del oscurantismo, del absolutismo, del egoísmo, y hasta del ateísmo. El que no comprende los portentosos é importantes fenómenos que enseñan á conocer aquellas ciencias, no puede saber amar á Dios, ni alcanzar la inmensidad de su grandeza!

Y si á esto agregara yo, dijo *Erémus*, que entre aquellas maravillas contamos mil otras más que cada vez nos ponen más distantes de su término, como son las medidas que tenemos aforadas en el portafolio de las operaciones numéricas, ¿no sería también para el profano, motivo de encantamiento, de milagro ó de iluminación? Medir las distancias de uno á otro astro, su volumen, su densidad, su peso; observarles sus evoluciones astronómicas, su meteorología *endógena* y *exógena*, no es menos causa de burla ó de desprecio para el que, careciendo de toda noción científica, lo tenga como *saltimbanquería* de la ciencia, ó por lo menos como cosa inaveriguable. Si pasamos á las velocidades, mayor motivo de incredulidad: ¿cómo puede medirse lo que no se vé? dirá el nesciente. Pues no obstante ya sabemos con qué velocidad se mueve el *sonido* en el aire á razón de 340 metros por segundo en ondulaciones longitudinales, según el grado de temperatura de la atmósfera: la *luz* en el éter á razón de 77.000 leguas de 4 kilómetros por segundo, ó sea 308.000 kilómetros, en ondulaciones trasversales. Para la velocidad de la *electricidad* se han hecho cálculos de la que lleva en hilo de cobre. Ahora si se quisiera conocer la que emplea en el espacio libre, no apreciada hasta ahora que sepamos, podríamos atrevernos á demostrarla del modo siguiente.

El experimento del físico Wheatstone, en su *espejo giratorio*, asigna á la electricidad 463.000 kilómetros por segundo en hilo de cobre. La del sonido en los tubos de fundición se calcula en 3.500 metros por segundo, y tenemos que comparada una con otra, resulta la primera 132.286 veces más veloz que la segunda.

Puédense considerar idénticos los medios conductores en esta comparación; pero es necesario tener presente que la velocidad de la



LA MAÑANA. — Cuadro de J. B. Greuse

electricidad está en razón directa de su distancia, y la del sonido en razón inversa del medio en que obra, pues en el aire sólo camina á razón de 340 metros por segundo, como ya se ha dicho, y en el agua pasa como en 1.435 metros por segundo.

Si eleváramos al cuadrado las veces que excede la velocidad de la electricidad á la del sonido, tomando por base los medios propuestos de conductibilidad, comparada precedentemente; y eleváramos también al cuadrado la velocidad del sonido en el aire (340 metros), tendríamos que la velocidad de la electricidad en alambre de cobre (463.000 kilómetros) sería 151.381 veces mayor que la del sonido en el aire, y resultaría para la velocidad de la electricidad en el espacio libre la enorme cifra de 70.089.403.000 kilómetros por segundo, ó sean 17.522.350.750 leguas de 4 kilómetros, por segundo.

Aún el mínimum de velocidad de la electricidad en hilo de cobre (*medio resistente que no deja pasar toda la electricidad al mismo tiempo*), es mayor que la de la luz, que está calculada en 308.000 kilómetros, casi tres octavas partes. Cabe, pues, suponer que saliendo la electricidad de un medio resistente á vogar en el espacio libre, deba alcanzar una velocidad que podría decirse *instantánea*.

En mi concepto la electricidad es el motor universal que rige y gobierna todas las manifestaciones de existencia, hasta el átomo infinitésimo: como si se dijera el delegado del Creador Supremo, que dirige en todas aquellas el gran concierto de sus infinitas obras, en todos los reinos de la naturaleza.

El Filósofo y el Naturalista excitaron á *Erémus* á la continuación del examen de la gruta, en

que sólo habían visitado dos departamentos, por lo cual fueron conducidos á otra celda de mayor tamaño. Esta tenía la forma de una elevada torre, y en su cúspide se observó una hendedura, por la cual penetraba un rayo de luz, que permitía ver distintamente los varios componentes de su suelo. Rocas de basalto y traquito enseñaban que aquel lugar había sido en sus primitivos tiempos un volcán de gran potencia, cuyas erupciones del interior de su base, en ese flujo y reflujo de ascensiones y hundimientos, habían terminado por dejar sobre aquel inmenso cráter, esas moles artísticamente dispuestas, unas calzando á otras, y todas entre sí ayudándose á mantener ese portentoso equilibrio que admiramos en aquellas construcciones de la naturaleza tan mecánicamente combinadas.

En medio de aquel suelo emergido de lo profundo del cráter volcánico, se vió una fuente hidro-sulfúrea de 60° C de calor, manantial que corría suavemente hacia un extremo de la cripta, é iba á perderse por entre los intersticios de las paredes de rocas aglutinadas, colindantes con otras celdas de aquel inmenso laberinto de cuevas.

Luego *Erémus* condujo los viajeros á otra apartada estancia, diciéndoles: “vamos á entrar en el *Aposento de los Sarcófagos*.” Esto era lo que yo deseaba, interrumpió el Filósofo, pues ahí debemos hallar notaciones que nos demuestren algo con que podamos descubrir la raza humana que en esta apartada y dilatada soledad haya habitado en colonias pobladoras ó conquistadoras. Entraron todos, pues, en el *Aposento de los Sarcófagos*. ¿Habrá fósiles en aquel cementerio del desierto, que hiciera conocer restos humanos prehistóricos; ó sería eso única-

mente el depósito de seres de la época cuaternaria, cuyos despojos mortales fueran religiosamente guardados en aquellas fosas, cubiertas á manera de dólmenes? Esto último era lo cierto, pues el Filósofo se contrajo á examinar con la debida escrupulosidad aquellos depósitos, en que las osamentas conservaban las formas blanquecinas que les da el fosfato de cal; y de toda averiguación adquirió el conocimiento de que aquellos restos pertenecían á esa raza de árabes que vagaba por el desierto en aquellos tiempos de las conquistas de pueblos helenos y romanos, hallándose además en algunas de aquellas tumbas, varios instrumentos de labor, anti-guos, como que fueran colocados allí en prueba de la propiedad del finado; siguiendo en esto la costumbre de los tiempos primitivos de la época prehistórica de las *edades de la piedra*, en que los cadáveres de los hombres notables como guerreros, eran sepultados con todos los utensilios que habían usado en su vida, para que le sirviesen en la nueva existencia con que iban á aparecer en otro mundo. De manera, pues, que el Filósofo no pudo sacar más datos de aquel *Aposento de los Sarcófagos*, que el ya conocido, de que grandes caravanas de árabes vagaban por aquellos desiertos, de las que muchas de ellas tomaban sitio en determinados puntos, que pudiesen servirles para sus establecimientos de labor y cría, allegándose algunas tribus á esas grutas, como la presente, para proporcionarse albergue.

Llegó la hora de la comida del mediodía, por lo cual quedó interrumpida la sesión.

III

Antes de ir á la mesa, *Erémus* condujo á los viajeros á un espacio de la gruta en el cual había preparado su alojamiento. Una pequeña

cabaña construida con delgadas planchas de madera, y llenos sus extremos de palmas, con techo de las mismas, era toda su habitación. Al frente grandes palmeras (*coco nucifera*) ostentaban sus elegantes formas en aquel descanso del árido desierto. y su nutrida carga del fruto del *coco* ofrecía en el abastecimiento del ser humano toda la variedad de exquisitas comidas y bebidas con que iban á ser obsequiados los huéspedes por aquel solitario del yermo que la Providencia les depa- raba en su trabajosa y peligrosa jornada.

A un extremo de la casa se vió la vaca damascena, referida antes, guardada en ligera dehesa con su tierna prole; y á otro lado la pequeña huerta, de que se sirvió en el primer refrigerio que brindó á los huéspedes.

Ya en la mesa, fueron los viajeros sorprendidos con vino y manjares delicados, y no pudieron resistir á la tentación de inquirir de su generoso anfitrión, la procedencia de tan ciudadana comida, allí, en un lugar tan estéril, tan desprovisto de todo recurso de vida, al que solo podía considerarse como esos providentes oasis con que la Naturaleza interrumpe la desolación de los dilatados desiertos.

Erémus con una sonrisa de agradable satisfacción, les informó que todo aquello que iban á saborear era extraído de la fruta y tallo de aquellos cocoteros que acababan de ver: los vasos para beber se proveen con la corteza dura del coco: el vino lo suministra, la incisión hecha en el tierno tallo; la comida está preparada con la carne que se cría dentro de la nuez, ya sea tierna, ó ya madura según lo que se quiera disponer. De esa misma carne se extrae por presión el aceite para el condimento, y también para el alumbrado. El tallo endurecido por la edad, y las hermosas palmas que la brisa hace columpiar magestuosamente en la imponente soledad de este vasto desierto, han servido para la construcción de la humilde cabaña que ya conocen.

Los viajeros habían quedado muy satisfechos de la bondadosa acogida que les hizo *Erémus* desde antes de llegar á la gruta, y deseando continuar su viaje hacia Damasco, quisieron previamente imponerse de la manera como pudo aquel llegar á esa gruta, en la que, por lo visto, parece haber fijado su residencia, y así se lo manifestaron.

Erémus, que había llegado á profesarles un cariño franco y abierto, que ellos supieron inspirarle, les contestó:

“La gran región de la Siria, Turquía asiática, fué dividida en la época grecorromana en seis provincias, *Auranitide*, *Traconitide*, *Gaulanitide*, *Iturea*, *Balanea* y *Perea*. En el centro de la región se alza el macizo volcánico llamado *Yebel-Haurán*. Esta del *Haurán* es habitada por árabes pastores, por nómadas, árabes cultivadores y drusos. Las tribus sedentarias viven en algunas comarcas del *Yebel-Haurán* y en el *Leyá*, que se extiende hasta Damasco. Los drusos están al S. E. del *Leyá*, y ocupan las escarpadas laderas y las cumbres de las rocas.

“Dada toda esta descripción, no es extraño que en el constreñimiento de mi espíritu, me sintiese halagado por aquella aspe- reza salvaje y solitaria con la que esos lugares convidan á vivir una vida abstraída, aislada y contemplativa, después que hemos pasado por los destrozos de ese continuado ciclón de la vida, á que se dan los nombres de adversidad, decepciones, injusticias; en fin, de todo lo que acarrea al rededor de nuestra alma un conjunto de martirios y pesares que, en caracteres de bajo temple, puede llevarlos al des- creimiento de una providencia que lo mantenga siempre al nivel de su ignorada pero me- ritoria recompensa.

“Esa aspiración, pues, á la vida solitaria, me trajo á esta gruta que se me presentó al paso en el propósito que me guiaba. En ella hijé mi residencia hace algún tiempo, en la que me hallo bien á mi gusto, interrumpien- do de vez en cuando mi apartamiento con salidas á los campos de los Drusos, para dar- le variedad á las escenas de la vida. Aquí qui-

siera fundar una colonia de ciudadanos, co- mo si dijéramos una pequeña República, en que aprendiera el hombre su verdadero des- tino en el planeta; y supiera que el jefe de esa familia-tribu reflejaría en ella el deber, el amor, la concordia, el respeto al derecho, y el derecho á la posesión de los bienes so- ciales con que la Naturaleza ha dotado á ese pedazo de ella que se llama especie humana, viviendo y dejando vivir á todos honradamente, sin dañar á otro y dando á cada uno su de- recho. ¡Qué bello sería vivir así! sin pecar en la tierra; y al fin de la jornada, su- bir al cielo rodeado de esa aureola de gra- cia, como una cuna de perfumado ramillete que Dios haga bajar al acto de la despedida, para que reciba en ella su espíritu, y lo as- cienda á su excelso destino. ¿Se despedirán de mí estos mis huéspedes creyéndome ena- genado? Pues no lo estoy. Es que así se piensa en el Desierto. ¿Y siendo así, no se- ría mejor que el Mundo fuese un gran de- sierto?”.....

Los viajeros tomaron la ruta de Damasco, llevando allá dentro de su alma un gran caudal de experiencia, de luz en el porvenir y de esperanzas en el mejoramiento del hombre, si lograra preceptores y directores como *Erémus*, en el trabajo de la selección moral y social.

JOSÉ MA MARTEL.

Caracas: 27 de setiembre de 1894.

AURORA!

[En un album]

El alba despertó!..... De pompa henchido
Desplegó el sol su manto de colores,
Y fue en el verde bosque cada nido
Jaula feliz de alados trovadores.

Hubo en el prado rica florecencia,
Zumbar de insectos y fulgor de llama;
Fue cada flor una ánfora de esencia
Y un hácaro de flores cada rama.

Bajo dosel de entretegidas frondas
Rizó sus linfas la dormida fuente;
Y ufana alzóse, en impalpables ondas,
Brisa fugaz que embalsamó el ambiente.

Preludió el bosque un himno de alegría,
Y bajo el dombo de la azul esfera,
Fue derramando, llenos de ambrosia,
Sus ósculos de amor la Primavera.

Así, cuando á la vida despertaron
De luz radiantes tus pupilas bellas,
Con infinito gozo palpitaron
Aves y aromas, céfiros y estrellas.

Y fue tal la atracción de tu mirada
Y el brillo de tu gracia seductora,
Que del alba sonriente y nacarada
Emula fuiste, y te llamaste AURORA!

ÁLIRIO DIAZ GUERRA.

1894.

A BOLIVAR

(ANTE SU ESTATUA)

En ese bronce, de marcial fiera,
Pudiera ver Homero enaltecida
La majestad de Aquiles, y vencida
De Minerva la grave gentileza.

Bronce de Tenerani! Tu grandeza
Es de Libertador! Mano atrevida,
Rival de Dios, los rasgos de la vida
En tí fijó con inmortal belleza.

Como la tierra en giro permanente
Rinde homenaje al astro que la inflama
De eterna luz en vívido torrente;

Así pasa ante tí y así en tu llama
De patriótico amor, amor ardiente
Bebe Colombia y su Moisés te aclama.

ENRIQUE W. FERNANDEZ.
[Colombiano.]

A NAPOLEON

Mudo, pequeño, en miserable lecho
Yace del mundo el árbitro arrogante:
Su espada á la siniestra, fulgurante
Y la imagen de Cristo sobre el pecho.

¿El rayo de sus ojos qué se ha hecho?
Ah! cuando el frío sepulcral quebrante
El divino vigor de aquel semblante
Hombres! un mundo miraréis deshecho.

¡Oh grandeza mortal! Cuánto eres vana!
De tanta pompa y majestuoso arreo
Como nunca soñó ambición humana.

Sólo una ruina moribunda hoy veo.....
¿Y qué serás, Napoleón, mañana?
¡Aquí una sombra y ante Dios, un reo!

ENRIQUE W. FERNANDEZ.
[Colombiano.]

A VICTOR HUGO

Condor que en raudo vuelo te espacías,
Del cielo de la idea en lo infinito:
Inmenso genio, de tu hogar proscrito,
Que al mundo con tus cantos extasías:

Rayo de las inicuas tiranías
Y flajelo del déspota precito;
Tu nombre vivirá siempre bendito,
De la futura edad en luengos días.

Tu estrofa es el ariete formidable
Que derrumba el alcázar de los reyes:
El nervio de tu prosa incontrastable.

A tus Castigos, la imperial diadema,
Que el crimen impusiera á pueblo y leyes,
La altiva Francia hundió con su anatema.

DOMINGO SANTOS RAMOS.

Maiquetía: enero de 1894.

AL NIÑO REY

ALFONSO XIII

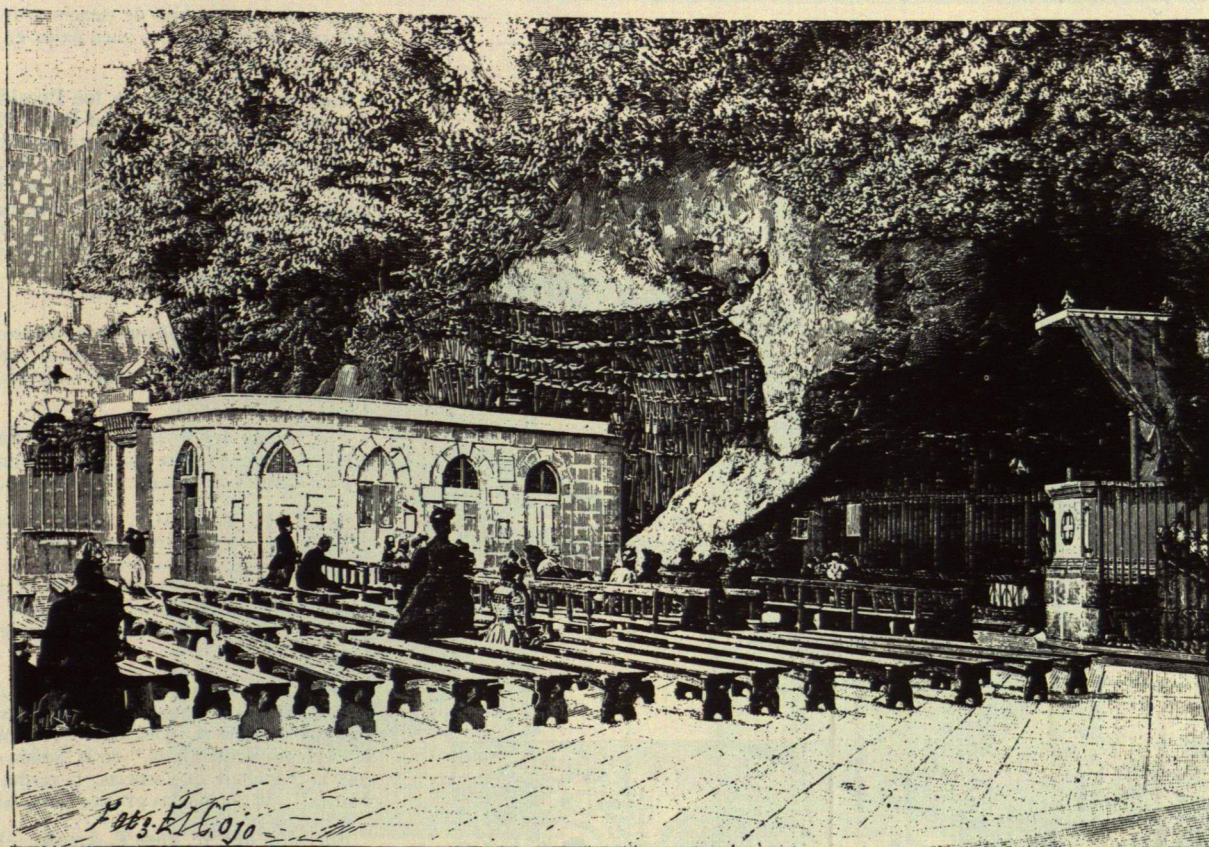
La prensa de tu reino, cosa extraña,
No encuentra pedagogos de aptitudes
Que puedan educarte en las virtudes
De los altos varones de tu España.

Pues ven acá, que aquí nadie te daña,
Ven á estos pueblos libres, y no dudes
Que si á su hermosa Libertad acudes,
Llegar podrás á la mayor hazaña.

Torna luego á tu Patria, noble y grande,
Monta del potro en la luciente grupa
Y la bandera liberal tremola!

No mandes tú: que la Justicia mande,
Y sobre el trono que tu nombre ocupa,
Levanta la República Española.

J. J. BRECA.



LA GRUTA MISTERIOSA DE LOURDES

EN EL JARDIN ZOOLOGICO

A José A. Silva.

Con nostalgia de víctimas la boca
Y nostalgia de selva la mirada;
Con la febril excitación del preso
Que su perdida libertad reclama,
En incesante batallar, se agita
En su estrecho cubil la tigre hircana.
Nerviosa corre en torno de la reja,
Y el eco sordo de feroz rugido
Agita el aire de la estrecha jaula.
De su prisión en el rincón más hondo
La cola tiende, las orejas pára,
La piel repliega, la cerviz recoje,
Y como flecha, por el aire, salta.
Recibe el choque, por el suelo rueda,
Tiembra la reja de seguras barras,
Pero la fiera se incorpora, jira
Y otra vez ruje, se repliega y salta.....

II

Del ya naciente sol de primavera
Un tibio rayo penetró en la jaula,—
Y en tanto un viento, perfumado y fresco,
Que en los barrotes, al entrar, silbaba
Llegó hasta el fondo de la jaula estrecha
Y acarició la fiera aprisionada—
Algo como una turba de recuerdos
Debió sentir y ver en esa ráfaga;
Algo como la arena del desierto,
Algo como las hojas de las palmas,
Algo como los ecos de los bosques,
Algo como perfume de montaña.—
Porque se echó donde el reflejo tibio
Del sol de primavera penetraba,
Y abrió los ojos al azul del cielo
Y abrió el pulmón á las tranquilas auras;
Tendió el hocico entre sus fuertes brazos,
Batió la cola y escondió las garras—
Nubló su rostro sombra de tristeza,
Rugió un gemido su feroz garganta,
Y apareció una lágrima luciente,
En la pupila de la tigre hircana.—

DIEGO URIBE.
[Colombiano.]

EL BANCO DE CORAL

(DE HEREDIA)

En el marino fondo cual misteriosa aurora
el sol alumbra selvas de etiopicos corales,
y mézclanse en los turbios y liquidos cristales
la enorme bestia alegre con la viviente flora.

Y lo que el yodo tiñe, lo que el salitre dora,
anémonas y musgos y conchas tropicales,
con púrpura sombría de esmaltes magistrales
incrustan vermiforme madrépora incolora.

Allí un pez corpulento navega silencioso—
Sin brillo las escamas, desliza perezoso
por entre ramas rojas su túnica de gualda,

Y bruscamente un golpe de su aletear de fuego
hace vibrar el turbio cristal azul, y luego,
correr temblores de oro, de nácar y esmeralda.

ERNESTO O. PALACIO.
[Colombiano.]

SOL PONIENTE

(DE HEREDIA)

Aliagas amarillas adornan la agria sierra
y doran la alta cumbre que el sol poniente abruma—
De lejos aun brillante con su collar de espuma
el mar sin fin comienza do acaba la gris tierra—

Silencio. El nido calla. Cansado ya se encierra
el hombre en su cabaña que en un rincón se esfuma.
El Angelus tan sólo resuena entre la bruma
y se une al rumor suave del mar y sordo yerra—

Las voces de pastores que vuelven atrasados
cual de un abismo suben, con tonos apagados,
del llano y los barrancos como lejano coro.

Se cubre el horizonte de sombras con el velo,
y el sol agonizante, sobre un oscuro cielo
cierra las rojas ramas de su abanico de oro.

ERNESTO O. PALACIO.
[Colombiano.]

LA ESPOSA ADULTERA

Negra sombra del tálamo y del hijo;
Del honor y el hogar fiera mancilla:
Esconde el rostro, la cerviz humilla,
Porque de Dios el ojo te ve fijo.

Por más que velas tu dolor prolijo;
Por más que tu hermosura siempre brilla,
De la conciencia el dardo te acribilla,
Y el labio del esposo te maldijo.

Acosada de atroz remordimiento,
En medio á los placeres insensatos,
Cruzarás por el mundo solitaria;

Y ya agobiada de pesar cruento,
De la virtud á los recuerdos gratos,
Murmurarás en vano una plegaria.

DOMINGO SANTOS RAMOS.

PARA EL ALBUM DE POLITA J. DE LIMA

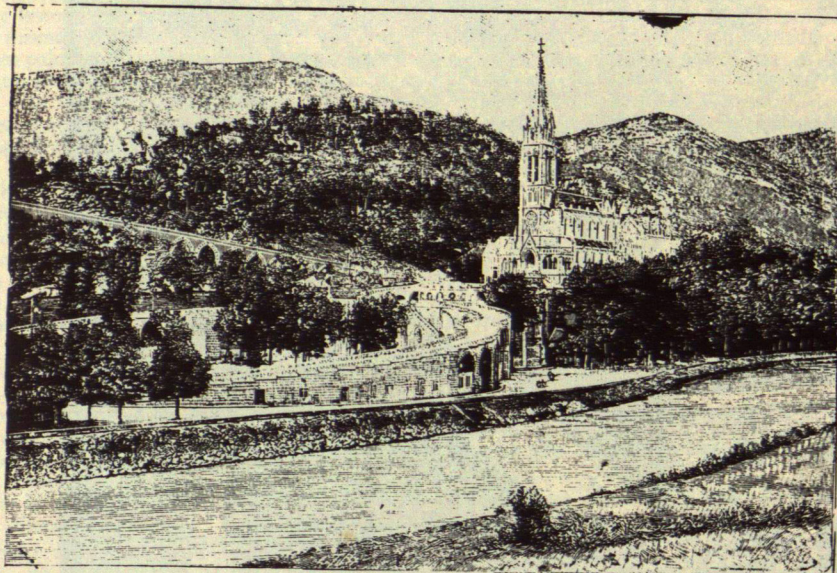
Dilátase tu fama y nombradía
Salvando de la patria los dinteles;
Y en triunfo por olímpicos vergeles
Te conduce la diosa poesía.

Del huerto de tu rica fantasía
De albas rosas y nitidos claveles
Recoges los perfumes y las mieles
Que condensas en mágica armonía.

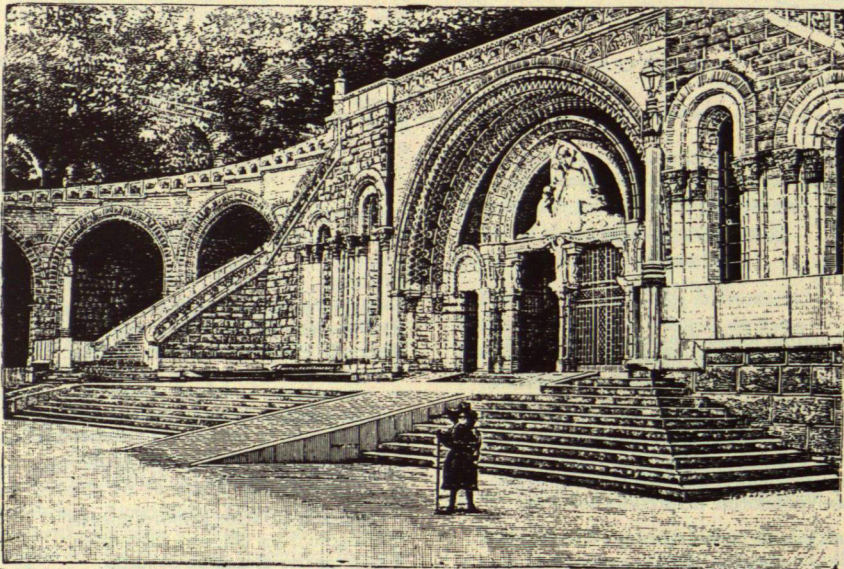
Vibra tu lira idílico poema;
Mimada del ingenio y la fortuna
Por los rumbos caminas de la gloria;

Te ciñe Apolo fúlgida diadema;
Y de la tierra que mecíó tu cuna
Es tu nombre tesoro de la historia.

MAXIMILIANO ITURBE.



LA BASÍLICA.—Lourdes



PORTADA DE EL ROSARIO.—Lourdes.

SUELTOS EDITORIALES

Dr. Don Marco A. Saluzzo.—Desde el próximo número de esta Revista comenzaremos a publicar un importante estudio del ilustrado literato y notable orador señor Dr. Marco A. Saluzzo. Valioso obsequio será éste para nuestros asiduos suscriptores de la República y del Exterior.

Don Eugenio Méndez y Mendoza.—La Dirección de EL COJO ILUSTRADO se complace en hacer constar aquí que recibe á diario felicitaciones por la sección ACTUALIDADES que está á cargo de nuestro querido amigo el señor Don Eugenio Méndez y Mendoza.

Nuestros abonados encontrarán hoy en esa sección un chispeante artículo sobre tranvías, que hemos hecho ilustrar por el aventajado artista señor Romeu.

Colegio de "Santa María."—Cumplió el 2 de los corrientes 35 años de instalado.—Toda la prensa del país ha felicitado con ese motivo al muy respetable señor Dr. Agustín Aveledo.

Nuestros votos son porque el Altísimo conserve por muchos años la vida y la salud del ilustrado gerente de aquel Instituto que es honra de la patria.

"El Pregonero."—Felicitamos cordialmente á los apreciables caballeros Director y Redactor de ese importante colega por haber cumplido el 2 de los corrientes su primer año de tareas periodísticas.

"Scientia et labor."—Hemos recibido este nuevo y simpático periódico, órgano de la "Sociedad Cagigal."—Componen la Junta Directiva los aprovechados jóvenes Ibrahim Agüero, J. Calcaño y Herrera, Luis F. González G., Eneas Iturbe y Pichón Javier. El número que tenemos á la vista contiene el prospecto, los rasgos biográficos del sabio Cagigal, el acta de instalación de la Sociedad que lleva su nombre, los discursos del joven Julio Calcaño y Herrera orador de orden, del Presidente de la Sociedad declarándola instalada, y del señor Eneas Iturbe; y otras publicaciones científicas de interés.

Felicitamos á los inteligentes jóvenes mencionados por sus ideas civilizadoras que merecen el

apoyo de los hombres de ciencia y de la prensa del país, y les deseamos buen éxito en sus salubres propósitos.

Galería de retratos de los Presidentes de Venezuela y Encargados del Poder Ejecutivo.—Laborioso trabajo se ejecuta actualmente en los talleres de fotograbado de esta Revista ilustrada. Preparamos los retratos de los Presidentes constitucionales que ha tenido Venezuela; y de los Vicepresidentes, Designados, miembros del Consejo Federal y Ministros que han ejercido en la República el Poder Ejecutivo. Nos prometemos publicarlos próximamente.

Sr. Juan Ratto.—Enviamos nuestro pésame á la estimable familia del señor Juan Ratto, por la súbita muerte de éste acaecida el 2 del presente mes.

Sra. María del Rosario Báez de Sánchez.—El 4 de los corrientes murió esta estimable señora.—Damos el pésame á sus deudos.

Sr. A. P. Mora.—Le saluda atentamente la Dirección de EL COJO ILUSTRADO, y le felicita por haber asumido la presidencia de la Junta Central de Aclimatación y Perfeccionamiento industrial. Esa útil asociación habrá de reportar muchos beneficios por tan acertado nombramiento.

Dr. Félix Francisco Quintero.—Acusamos recibo del folleto de este apreciable amigo nuestro que contiene el "Discurso que pronunció en el "Colegio Santa María," en la Sesión celebrada por la Facultad de Ciencias, la noche del 5 de Marzo"; y damos las gracias á su autor.

Sucesión del Sr. José T. Acosta.—Enviamos nuestras gracias á las personas que han tenido la bondad de remitirnos el folleto "Discurso del Sr. Dr Félix Francisco Quintero pronunciado el 8 de Abril, con motivo de la colocación del retrato de Don Angel Urdaneta, en el Asilo de Huérfanos."

Facultad de Farmacia.—Damos las gracias por el ejemplar del folleto "Documentación compilada por la Junta Directiva en las elecciones para Presidente y demás funcionarios," con que se nos ha favorecido.

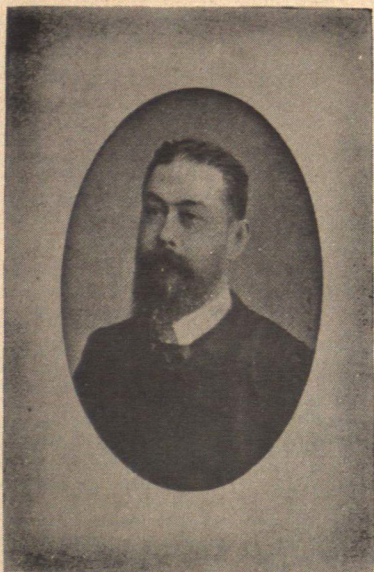
Miguel José Romero.—Está en nuestras manos el folleto "Ganadería; estudio de ocho artículos publicados por el señor Romero en La Nación y el Diario de Caracas, y que su autor ha tenido la cortesía de remitirnos.—Gracias.

Sr. Guintrand.—La Dirección de EL COJO ILUSTRADO presenta en estas líneas su manifestación de condolencia al señor Guintrand, Director del Cable en Caracas, por la muerte del señor Audré Glachet, Jefe del Cable francés en La Guaira.

Biografía y corona fúnebre del Dr. Modesto Urbaneja.—Casualmente ha llegado á nuestras manos este folleto impreso en los talleres de la Tipografía Moderna. Vemos que contiene todo cuanto la prensa del país y aún la prensa extranjera publicó con motivo del duelo público por la muerte de tan respetable ciudadano; pero ha habido una omisión que no podemos explicarnos de modo satisfactorio. EL COJO ILUSTRADO del 15 de junio, que es el número que salió después de la lamentable pérdida de aquel hombre público, dijo:

«Entre las pérdidas que en estos últimos días ha sufrido la sociedad de Caracas, por muerte de notables miembros suyos, tenemos la pena de contar la del señor Dr. Modesto Urbaneja, distinguido y culto caballero, notable hombre público que fué en varias ocasiones, la última recientemente, Ministro de Estado, y una vez Plenipotenciario de Venezuela en Francia. Deja numerosa familia, extensamente relacionada y generalmente apreciada por sus altas prendas de sociabilidad.»

Ese escrito no está en el folleto.



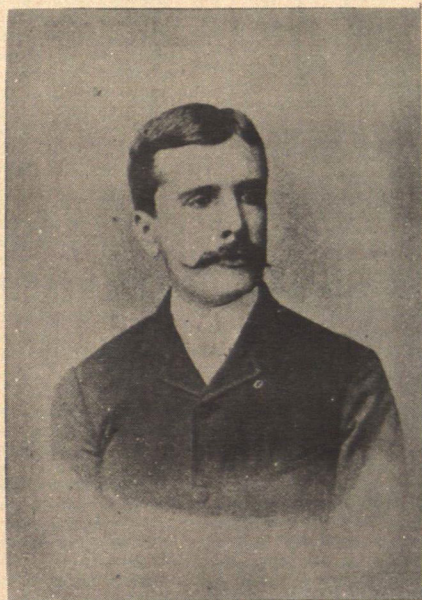
DR. GASPAR MARCANO



VICENTE MARCANO



DR. GUILLERMO MORALES



DR. DIEGO MORALES

VENEZUELA ILUSTRADA

Hubo quien afirmara una vez, ante propios y extraños, que sufría en estos tiempos penuria de hombres notables, pobreza de hijos eminentes la patria. Y venezolanos y extranjeros, sin que á uno ciegue el cariño de la cuna y á otros gufen cálculos de lisonja, están siempre dispuestos á rechazar falsas aserciones y á volver por los fueros nunca impunemente violados de esta nacionalidad americana.

En todo momento histórico, bajo cualquiera faz de su vida, ella ha tenido quienes concreten y respondan por sus gloriosos destinos, en las ciencias, en las letras, en la política y en la prensa.

Turba á veces el estrépito de la francachela demagógica el rumor ennobecedor de sus faenas por el perfeccionamiento y el progreso; pero cuando tal sucede, saben sus hijos ocupar el puesto á que los llama el deber imprescindible de los que llevan en la mente luz de predestinaciones inmortales, palpitaciones de su vieja raza y fuego de la altivez soberbia de sus mayores en el pecho. Y mientras van unos, empuñada la cimera del soldado á producir luz de indómita pujanza en los fastos siempre resplandecientes del heroísmo americano, se acogen otros al retiro del sabio y del pensador y preparan allí los serenos esplendores de los días de paz, de generosidades y de grandezas.

O arrojados por el turbión á lejanas playas, van, camino del destierro, sin enconos en el pecho, sin maldiciones en los labios, sufriendo nostalgias incurables, pero alertas al reclamo de la madre siempre querida: ninguno le ha negado un recuerdo á sus caricias de venturosos días; ninguno ha arrastrado, prevaricador, la dignidad nacional por entre extrañas gentes; ninguno que no haya tenido siquiera una lágrima de reconocimiento y amor.

Y quizá ningún pueblo haya sentido tan profundamente las influencias de su naturaleza y de sus destinos como éste; podrá el espectáculo de las viejas metrópolis despertar hondos pesares en el espíritu de sus hijos distinguidos; el brillo de las civilizaciones trasatlánticas podrá arrancar lágrimas á nuestros errores ya seculares; el estímulo, el aprecio de notabilidades universales, la atracción de una fama y de un renombre que llene al mundo podrá cautivar y atraer y vendrá la gloria á coronar sonriente sienes excelsas, pero... desde el fondo de los entusiasmos y aun de las vanidades que ofuscan y embriagan resurgirá nostálgico el suspiro de la tierra adorada. Y si para el sabio tuvo elementos la vieja nodriza y cuidados de experta, tiene la joven madre veneros y riquezas que da sin usura, sin vacilaciones y sin temores á los que recibieron la primer caricia de sus auras, el primer rayo de su sol esplendoroso, la sonrisa de su cielo siempre azul... Ah! Y si los viejos leones, los rugidores terribles en los anales bélicos de un mundo plétorico de ufanías, han sabido estremecer pueblos y razas, tiene bravuras sin ejemplo el jaguar de América para arrebatar en zarpas furiosas altísimas diademas y rasgar imperiales mantos.

EL COJO ILUSTRADO, protestando el reconocimiento á los méritos nunca desmentidos de los venezolanos eminentes, viene publicando fielmente sus retratos y la noticia de su vida y de sus obras y continuará en ese sentido, como hasta hoy, sin clasificaciones, exponiendo al público la galería ilustrada de aquellos.

Ofrece en esta vez varios retratos de compatriotas notables.

EL DOCTOR GASPAR MARCANO

Reside hoy en París adonde llegó de catorce años de edad, con el propósito de hacer allí sus estudios médicos, que coronó de modo brillante, haciéndose una reputación y un nombre en la gran capital.

Fué interno de los hospitales, de servicio en el Boyon de que era jefe el célebre Delpeaux. Por indicación del eminente cirujano hizo los estudios indispensables á la oposición de una clínica, en ocasión en que se decretaban cincuenta puestos con este fin. Los concluyó y concurrió á las primeras pruebas; pero fué imposible su admisión en el resto del concurso: Delpeaux había muerto entre tanto, y Riché, el Vicepresidente del concurso lo dirijía: era indispensable ser francés para la aceptación del candidato y Marciano sacrificó sus nobles ambiciones al profesorado en obsequio de la patria.

Labor fecunda y cruel había sostenido para alcanzar nota allí donde se dan cita preclaras inteligencias de todos los pueblos de la tierra. Confiado en sus aptitudes y en su fe inquebrantable, descendiente de progenitores que ostentaron como virtud la constancia, la rectitud y la honradez, ha pasado sereno por delante de todas las notabilidades mé-

dicas del Viejo mundo, recibiendo de ellas el caudal de sus conocimientos y mereciendo sus especiales distinciones.

Le ha dado ciencia, acojida de sus hombres ilustres la Francia y cuando esa segunda patria pidió el concurso de sus hijos en la defensa de su suelo y sus hogares, fué Marciano en las Ambulancias del ejército y sirvió en ellas hasta el día en que despejaron el horizonte del gran pueblo las siluetas de los soldados prusianos.

Es caballero de la Legión de honor y ha sido nombrado corresponsal de importantes periódicos científicos de Alemania é Italia.

El Doctor Marciano ha publicado entre otras obras las siguientes, en francés:

Ethnographie précolombienne du Venezuela, dividida en tres estudios: 1º *Vallees d'Aragua et de Caracas*; 2º *Région des Raudals de l'Orénoque*; 3º *Indiens Piaroas et Guahibos*.

Lapsoile traumatique. Le doigt à ressort.

EL DOCTOR DIEGO MORALES

Hijo del venerable anciano don Cipriano Morales, cuya muerte lamenta en estos días la sociedad caraqueña.

Formado en la práctica de austeras virtudes, circunspecto é inteligente, es honra y esperanza de la República. Ingeniero y arquitecto, á este último ramo de su profesión ha consagrado sus esfuerzos y son su obra muchos de nuestros edificios de ornato y utilidad pública, entre ellos el edificio del Banco de Venezuela, el local de la Compañía Francesa, y el establecimiento de Alfarrería y Calería de Catia.

Su sincera modestia es causa de que no podamos, como ingenuamente lo deseamos, obtener todos los datos relativos á su corta vida y á sus obras.

VICENTE MARCANO

El sabio inolvidable, el patriota immaculado rindió su último tributo á la patria el año 1892.

Fué hermano de Gaspar; vino á la vida en 1848, cuando la tensión de las pasiones políticas y los odios de partido se resolvía en los desastres de una guerra civil, precursora del ciclo sangriento de nuestras revueltas fratricidas.

Trueno de fusilería, sangre y lágrimas, desolación y ruinas, azares y penalidades, desilusiones irreparables llenan los intervalos de vida que el venezolano esclarecido no puede consagrar á la ciencia y á la patria; el 20 de mayo de 1864 terminó sus estudios del Bachillerato en nuestra Universidad y el 22 del mismo mes su padre le envió á Europa para que emprendiera estudios superiores. El 4 de octubre ingresó en el Liceo San Luis y fué en él su profesor de francés, inglés y dibujo. M. J. Claudel, antiguo alumno de la escuela de Artes y Manufacturas y Profesor de Mecánica de la Asociación politecnica. Las otras cátedras establecidas en el Liceo, aritmética, álgebra, geometría elemental y analítica, esférica y descriptiva, trigonometría, física y química, historia natural, dibujo arquitectónico, de máquinas y de lavado, las regentaban celebridades de la ciencia en aquellos días, Bertrand, Boutan, Frontera, Lisajous y Tissot y en aquellas materias se examinó Marciano en 1866. El éxito que obtuvo le abrió las puertas de la Escuela Central y sucesivamente, en dos años escolares, se presentó á concurso en cálculo diferencial é integral, mecánica general y aplicada, geometría, análisis matemático, geología, mineralogía, construcción de máquinas, estereotomía, física y química generales, arquitectura, manipulaciones químicas, física industrial, zootecnia, etc., etc. En trabajos relativos á su aprendizaje visitó las fábricas de tejidos de Orleans y las fundiciones y manufacturas de Vierzon. Llegó el tiempo de elegir carrera definitiva y optó por la química en sus varios ramos y aplicaciones: recibió lecciones de Selle y de Cahour.

No satisfecho de sus trabajos en el laboratorio de la Escuela Central, fué al de Wurtz y allí fué compañero de Naquet, Salet, Gautier y Grimaux.

Regresó á la patria lleno de quimeras y de nobles candideces, no extrañas en aquel cerebro poderoso, en aquel corazón todo bondad y ternuras. Llegó á La Guaira el 19 de agosto de 1869, en momentos en que nuevamente agitaba sus alas pavorosas el fantasma de la guerra; por doquiera le perseguía: vuelto á Europa, después de regentar en 1870 una cátedra de química de efímera duración en nuestra Universidad, asistió al drama franco-prusiano. "Las escuelas, los laboratorios, los liceos, fueron quedando desiertos hasta que todo el mundo estuvo sobre las armas." Marciano abandonó su antiguo gabinete y entró en la farmacia del hospital de la Pitié, dirigida entonces por Personne; de allí fué llevado á las Ambulancias de Issy, bajo las granadas prusianas: soportó todos los azares del pueblo francés hasta el día de la capitulación, el 7 de febrero de 1871. En este tiempo se fué á

Londres y el 22 de mayo se embarcó para Venezuela. Instalado el Gobierno republicano en Francia, la Junta de Asistencia Pública decretó para él una medalla de oro.

Calmada la situación en este país fundó un laboratorio en esta ciudad, pero las atenciones de la política absorbían todo el tiempo á los que creían por otros medios llegar con más prontitud á la normalidad y la estabilidad.

Fué nombrado miembro de la comisión exploradora de los fosfatos del Territorio Colón, en 1871; conferencista en la Escuela Guzmán Blanco; director de ella en 1874; corredactor de *La Tribuna Liberal* con Bolet Peraza; redactor de *El Oriental* en Barcelona en 1876 y segundo Designado á la Presidencia del Estado. Comisionado de Venezuela á la Exposición celebrada en París en 1878, la lista y muestras de nuestras riquezas que llevó, reunidas en momentos de festinación por lo urgido del encargo, realizaron á Venezuela ante las otras naciones suramericanas.

Marciano era el Comisario de Venezuela y una vez instalada la Exposición se retiró á sus trabajos al laboratorio de Boussingault, en la Escuela Nacional de Artes y Oficios y allí adquirió la amistad y el aprecio del ilustre Muntz en cuya colaboración publicó algunas de sus obras. El gran químico le abrió las puertas de la Academia de Ciencias y "en su recinto, en aquel primer centro científico del mundo, en competencia con sus maestros, se juzgaron en lo sucesivo los productos de su inteligencia, por los príncipes del saber."

Abandonó á París en 1879 para volver en 1883, después de haber empleado cuatro años entre nosotros colaborando en periódicos científicos, dando conferencias y enviando sus trabajos á la Academia francesa: á su vuelta á Europa sostuvo las ideas que en sus Memorias había consignado en contra de la opinión de Chicandard. Para sus estudios sobre nitrificación hizo aún viajes de exploración en 1884, 1885 y 1886. Al año siguiente á este último fué encargado por el Gobierno de Venezuela para recorrer los territorios del Distrito Federal, Estado Miranda, el Alto Orinoco y el Amazonas, con el objeto de "inaugurar el estudio de las razas indias que poblaban á Venezuela antes de la conquista, aplicando á la etnología patria los procedimientos antropológicos." Otras expediciones efectuó en el año 87, formando luego una colección completa de sus descubrimientos y publicando los *memorandum* respectivos; aquella colección forma parte hoy del Museo de la Escuela de Antropología de París. Concurrió, como simple expositor, á la Exposición de 1889; allí le valió una medalla de oro la exposición de química tropical y fué propuesto por el Ministerio de la Agricultura para Caballero de la Legión de Honor, pero debiendo regresar á Venezuela antes del tiempo fijado para colocar la cruz no pudo recibir aquel galardón de sus grandes merecimientos. En 1890 se creó en la Universidad Central la cátedra de Economía rural y fué designado para regentarla; creado el Laboratorio Municipal en diciembre de aquel año se le nombró Director. En mayo de 1892 se encontraba en Valencia, preparando todo lo indispensable á la instalación de una Escuela de Agromonía bajo los auspicios del Gobierno del Dr. Laureano Villanueva; el 5 de junio dispuso el Ejecutivo de la Nación nombrarlo miembro de la comisión encargada de determinar la participación que había de tomar Venezuela en el centenario del descubrimiento de América, en Madrid; pero el 17 de julio, un mes después, á las diez de la noche, exhalaba el último suspiro el virtuoso ciudadano, el sabio ilustre...: "una fiebre violenta vino á postrar su cuerpo ya mionado por la fatiga. En intenso delirio agitábase su cerebro: *Instituto.—Laboratorio.—París*, exclamaba é invocaba en recuerdos confusos lo que había amado más tiernamente."

Sus despojos fueron expuestos en capilla ardiente en el Capitolio y llevados en hombros á la Iglesia Matriz; el Ejecutivo de Carabobo invitó para su muerte y el doloroso acontecimiento fué declarado duelo público.

Hé aquí la lista de las obras y trabajos del compatriota: *Páginas sueltas* (colección de artículos literarios publicados en Venezuela y en los Estados Unidos), *Sur la composition de la banane et sur des essais d'utilisation de ce fruit* (en colaboración con Muntz), *Sur un nouveau sulfocyanate de platine, Fermentation de la fécule, Id.* (mecanisme de cette métamorphose), *Sur la panification, Observations et expériences sur la circulation de la sève des végétaux sous les tropiques*, *Sur la formation de quantités notables d'alcool dans la fermentation panairé, Recherches sur la transpiration des végétaux sous les tropiques*, *Sur la perseite, Sur la fermentation peptonique de la viande, Sur les eaux noires des régions équatoriales*, *Sur le Yaraque, Sur la formation des terres nitrées, Sur la proportion de nitrates contenus dans les pluies des régions tropicales*, *Sur la fermentation alcoolique du vesou de la can-*

ne à sucre, Sur la métallurgie précolombienne au Vénézuéla, Sur la composition chimique du vesou de la canne à sucre, Sur la fermentation alcoolique sous les tropiques, L'ammoniaque dans l'atmosphère et dans les pluies des régions tropicales, Essais d'agronomie tropicale, Notice sur les nouveaux établissements agricoles fondés au Vénézuéla, la Philosophie Química (obra didáctica).

Fué colaborador de la Unión Médica, Escuela Médica, Anales de Química y de Física (París), Boletín de la Sociedad Química de París, Boletín de la Academia de Ciencias, etc. Miembro correspondiente de la Sociedad de Emulación de la Industria nacional de Francia.

Su hermano termina la historia de su vida con estas bellas palabras: ¡Guarda, Carabobo, sus cenizas, y como aquellos que su ausencia condena a eterno duelo, no olvides que murió por la Ciencia y por la Patria! . . .

DOCTOR GUILLERMO MORALES

Joven ilustre, gloria envidiada por la muerte á la ciencia y á la patria. Era el segundo hijo de Don Cipriano Morales. Hizo sus estudios de Filosofía en el Colegio de "Santa María," bajo la dirección del Doctor Agustín Aveledo; salió de este Instituto en 1874 y se incorporó al curso de Medicina de la Universidad Central, en el que permaneció hasta julio de 1880, época en que recibió el título de Doctor. Fueron sus maestros nuestros profesores Briceño, T. González, Medina, Guardia, Frías, Blanco, Rodríguez, Díaz, Rivas Baldwin, Ernst, Level y Villavicencio. Su amor á la Ciencia, su puntualidad, su proceder intachable, su gran talento cautivaron la atención de sus maestros, distinguiéndole con particular aprecio.

En 1880 se embarcó para Europa y en París siguió cursos de Histología, Anatomía patológica, Enfermedades de las vías urinarias y Enfermedades nerviosas: Ranvier, Malassez, Cornil, Guyon y Charcot fueron sus maestros; asistió igualmente á las demostraciones de Besnier y Fournier en el Hospital San Luis.

De París pasó á Londres en donde estuvo algunos meses. En 1883 salió de Europa con rumbo á Nueva York y de allí vino á Caracas. "Sus vastos conocimientos, y sobre todo su habilidad como cirujano, unidos á la circunspecta seguridad de su carácter, sus cultos modales y buena presencia, le abrieron muy pronto una brillante carrera, de modo que en corto tiempo llegó á ser uno de los médicos más acreditados y persona grata para todos sus comprofesores."

Fue nombrado catedrático de Medicina operatoria y Cirujía en la Universidad: esa madre de su espíritu y de su ciencia ha perpetuado su memoria, colocando su busto en el salón principal.

Publicó en algunos periódicos artículos sobre cuestiones de Higiene y habría llegado á enaltecer nuestra literatura científica, si la muerte no arrebató á la patria su existencia, á los 31 años de edad. Así han descendido nuestras esperanzas á la tumba. ¡Cuán ruda ha sido la tarea para lograr agotar esas naturalezas vigorosas de joven, esos grandes cerebros de sabios! . . .

DE COMO EL "ALL RIGHT"

RESULTA A VECES "ALL WRONG"

Las doce y quince minutos de la noche marca el reloj de la estación del ferrocarril de *Pensylvania*, en Jersey City. Los pasajeros para Filadelfia, Wilmonton, Baltimore y Washington van llegando; compran sus billetes de pasaje y cama en el ventanillo, y siguen á presentarlos al portero, que con celeridad maquinaal los perfora con su sacabocado, diciendo á cada pasajero á quien deja pasar hacia el andén:—*To the left!* El que sabe inglés comprende que debe ir á la izquierda en busca del tren; el que no sabe inglés se deja guiar por los que llevan la delantera.

Las doce y veinte.....las doce y veinte y cinco minutos!

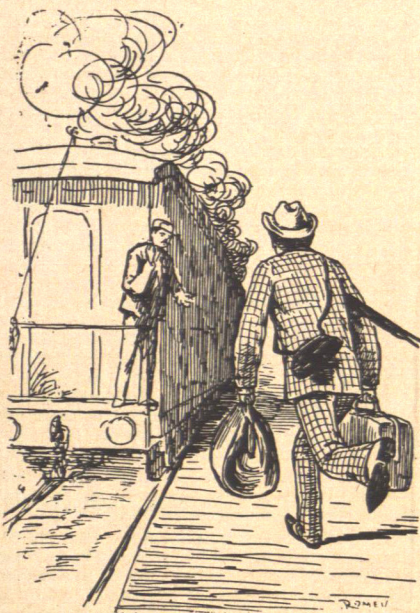
—*All aboard!*—gritan los conductores.—¡A bordo todo el mundo!

Y óyese la máquina dando resoplidos de impaciencia, furiosa tal vez al ver que los viajeros se preparan á pasar una real noche en sus camas, mientras que ella, la pobre bestia de hierro se la pasará rodando, rodando por esos lóbregos caminos, comiendo carbón á paladas y sudando vapor.

—*All aboard!*—repiten por la última vez los conductores.—¡Todo el mundo á bordo!

La máquina arroja por el pito una maldición; luego lanza media docena de estornudos por la válvula, hace un esfuerzo violento que sacude bruscamente los carros, como si se fueran á despegar, y comienzan á girar con celeridad progresiva los cien piés del monstruo.

En ese momento llega un pasajero retardado, y echa á correr por el andén para alcanzar aquel fantasma negro que parece huirle. No estorban al rezagado ni las dos maletas que lleva, ni el paraguas y bastón que debajo del brazo aprieta, ni



el monóculo que le cubre un ojo, ni las polainas blancas que le arrojan los zapatos. En pocas zancadas alcanza al tren. Un robusto *porter* negro le agarra por los sobacos desde la escalera del vagón y le planta en la plataforma. La locomotora sigue bufando, la campana tañe avisando que se aparte lo que haya por delante, y el tren se pierde en las sombras de la noche, dejando atrás, formados como para hacer honor á su paso, dos ringleras de postes con focos eléctricos.

El pasajero llegado á última hora es Mr. Derby Esquire; un inglés que tiene negocios de marina en Wilmonton. Antes de meterse en su lecho, llama aparte al *porter*, le pone un dólar en la mano y le dice:

—Al llegar á Wilmonton llámeme usted.

—*Yes, sir.*

—Soy muy dormilón, profundamente dormilón.

—*Yes, sir.*

—Me interesa muchísimo no quedarme dormido en el tren.

—*All right, sir.*

—Si al llamarme usted no me despierto, éche-me usted fuera del tren por la fuerza.

—*All right, sir.*

—Tal vez me defenderé y acaso haga á usted algún daño. Aquí tiene otro dólar por lo que pueda suceder.

—*All right, sir.*

Mister Derby Esquire coloca sus maletas, paraguas y bastón en el lecho, se acuesta sin desvestirse, sin descalzarse las polainas, sin quitarse el monóculo del ojo. Y se duerme.

Las tres de la madrugada.—*¡Wilmonton!*—gritan los conductores.—*¡Dos minutos!*

El *porter* se abalanza á una de las camas, y llama repetidas veces á Mister Derby Esquire, y nadie responde. El *porter* agarra al pasajero dormido, le saca en peso del lecho, le pone las maletas en la mano, trata de colocarle el paraguas debajo del brazo, y con el paraguas le asesta el sugeto un trastazo en la cabeza. El viajero



está furioso, y se defiende con los puños, con los piés, con los dientes; pero el negro es un Hércules, y al fin pone á su hombre fuera del tren, en el momento en que éste comienza á rodar.

Las seis de la mañana.—*¡Baltimore!*—gritan tres horas después los conductores, yendo de carro en carro.—*¡Baltimore!*—¡Los pasajeros para Baltimore, afuera!

La cortina de una cama de las de arriba se abre de repente. Un hombre salta de ella, todo azorado, restregándose los ojos y mirando á todos lados.



Es Mister Derby Esquire.

—¿No le he dicho á usted que me llamase al llegar á Wilmonton? Pregunta rabioso el inglés al *porter*.

—*Yes, sir.*

—¿No le dije á usted que me echara del tren, aunque fuera á viva fuerza?

—*Yes, sir.*

—¿No le he pagado á usted bien para eso?

—*Yes, sir.* Y la prueba de que le he puesto á usted en la estación de Wilmonton, es este chichón que me hizo usted en la cabeza con el paraguas y esta mordedura que me dejó en el dedo gordo.

—¡Desdichado estúpido! Ha echado usted á otro pasajero! Ha atropellado usted á un inocente!

—Es muy posible,—responde el *porter*; y continúa impávido gritando:—*¡Baltimore!* Los pasajeros para Baltimore, afuera!

SECCION RECREATIVA

Exploración al Polo Sur

El Polo Norte ha ejercido por largo tiempo mayor atracción para los exploradores, con perjuicio de las regiones antárticas. Se proyecta una expedición al Sur según publicación del Dr. F. A. Cook en *Forum* (revista americana.) Casualmente lleva este señor el mismo apellido que el explorador del siglo pasado.

El antiguo Cook llegó en 1775 hasta el 71° paralelo. En 1823 alcanzó Weddell el 74°. Varios otros en 1831, 1834 y 1839, descubrieron poco más que sus predecesores. La más importante expedición fué la de Sir James Ross, marino inglés que dirigía el *Erebus* y el *Terror*, y llegó a descubrir la tierra de Possession.

La expedición proyectada constará de 15 personas. Fletarán un ballenero de vapor de 300 toneladas, que zarpará de Nueva York el 1° de octubre de 1895 con provisiones para tres años. Desde Falkland dirigirá su derrotero hacia la tierra Luis Felipe al Este de la tierra de Graham. Allí dejará víveres para asegurar el regreso en el caso de un fracaso.

Al propio tiempo se organizará otra expedición para explorar los países antárticos.

Al llegar la noche de seis meses los exploradores quedarán en receso, pero ensayarán los perros esquimales, y completarán los nuevos preparativos para el esfuerzo grande del año siguiente.

En caso favorable permanecerán en el Polo hasta el 1° de abril de 1896, día señalado para regresar al puerto principal.

El Sr. Cook del siglo anterior dijo en su libro de memorias: "El riesgo que se corre al explorar estos desconocidos mares es tal, que nadie se aventurará en adelante a llegar más allá de donde yo he ido, y las regiones al Sur no serán jamás exploradas. Las espesas nieblas, los témpanos helados; el frío espantoso, en una palabra, todo cuanto puede dificultar la navegación se encuentra reunido en estas partes del globo. Por si tales dificultades no fueran bastantes, aumentalas el horrible aspecto del país, al cual la naturaleza niega en toda época temperaturas soportables, el sol con sus rayos bienhechores; la Providencia condena a vivir entre hielos, nieves y ventiscas. El ímpetu y el tamaño de los bloques de hielo, que forman verdaderas islas en sus mares, son tales, que el buque que hincase su proa en uno de ellos, quedaría preso y sepultado para siempre."

Por eso han continuado vírgenes esas regiones antárticas desde fines del siglo pasado.

El calor en el Vaticano

Parece que la colina del Vaticano es el lugar más caluroso de Roma.

En el recinto de los jardines hay una pequeña torre que forma parte de los muros. Allí se dirige Su Santidad León XIII para refrescarse. Sale de sus habitaciones en silla de mano y baja al jardín; sube al coche y da un paseo corto deteniéndose en la palazzina; entra al pabellón, y llega a la torre, a pasar las horas de más calor. No recibe allí sino a los Cardenales y a personajes obligados a conferenciación con él.

A las 6 de la tarde, discurre por las alamedas antes de regresar a sus habitaciones.

León XIII pasea a pie por un camino de sombra, apoyado en su bastón, y de vez en cuando se complace en hablar con Sar Cesare su jardinero principal.

Así pasa la tarde Su Santidad, hasta que llega el momento y la necesidad de volver al Vaticano.

La pérdida de las piernas

Mr. Emile Yung, profesor de la Universidad de Ginebra, parece que va muy preocupado con la suerte futura de las extremidades posteriores.

Cree que dentro de mil años habrá perdido la Humanidad el uso de las piernas y que éstas no habrán de servir sino de adorno.

Los hombres se van retrayendo—dice—y renuncian a este ejercicio tan necesario.

Los ferrocarriles, la electricidad, el tranvía, las bicicletas, etc., darán al traste con nuestras piernas. Las futuras generaciones no marcharán sino en globos dirigibles; dará gusto ver cómo se detendrán éstos delante de las ventanas. Los carruajes eléctricos reemplazarán a los lentos coches. Y todo vendrá a ser tan económico que cada individuo tendrá su vehículo y marchará con la velocidad del rayo.

Para entonces las piernas perderán rápidamente su fuerza y disminuyendo de tamaño acabarán por desaparecer.

Y como consecuencia, los brazos crecerán por razón de la evolución.

Fofo y repugnante aspecto presentará la humanidad con su tronco recortado y largos brazos!

Terremotos

El año de 1894 parece ser uno de los más funestos para la triste historia de los terremotos.

En Abril, el desastre de Los Andes. En Mayo, la desolación de Chalcis, la Eubea, la Lócrida, el Peloponoso, que llegó hasta Atenas. En Junio y Julio tocó a Constantinopla y las islas de los Príncipes y las márgenes del Bósforo y Mar de Mármara. Grandes fueron los desastres de Prinkipo, Halchi, Scútari y San Stefano. En este último quedó sepultada la casa en donde se celebró el tratado de Rusia y Turquía. Se observa que las regiones más bellas del mundo están condenadas a sufrir de vez en cuando estos grandes sacudimientos. Desde el 8 de Agosto, Catania, que todavía estaba bajo las influencias de la ardiente lava del Etna, comenzó a sentir fuertes estremecimientos. En Arcireale hubieron muertos y heridos. Los aldeanos se hallaban fuera en los campos y por eso no fueron sepultados en las ruinas; pero qué desolación al regresar y encontrar perdida su hacienda y verse en la necesidad de desenterrar a los ancianos, jóvenes y niños muertos unos, heridos otros, que no se habían podido trasladar al campo. Los cadáveres permanecieron mucho tiempo envueltos en lienzos, custodiados por la autoridad y los sacerdotes, mientras se arreglaban las barracas. Sicilia ha sido muy castigada por toda especie de desgracias.

Los árboles y el Gas

Le Matin, de París, tiene un artículo sobre las causas de la frecuente muerte de los árboles en aquella ciudad.

Los arbustos que hermean los boulevares y los Campos Elíseos se asfixian por el óxido de carbono y por los vapores sulfurosos.

Parece que el gas que se escapa por las roturas ó empujes de los tubos y el humo de las máquinas de las estaciones, queman las esencias vegetales, marchitando los árboles.

En Madrid se observa también el mismo mal.—En los paseos de Recoletos y el Prado hay que hacer frecuentes plantaciones para renovar los árboles asfixiados. Los pinos de la calle de Alcalá están pereciendo. La luz eléctrica será el remedio eficaz.

El aire comprimido

Va en aumento la aplicación del aire comprimido. Parece que después de largas tentativas en Londres, New York y Nantes, ha venido a ser problema resuelto en París por el ingeniero Mekarski el uso del aire comprimido para impulsar los vehículos. La Compañía General de Omnibus ha establecido la tracción de los carros en las tres líneas más importantes: de El Louvre á Sèvres y Versailles; de El Louvre á Saint-Cloud y de Vincennes á Saint-Augustin. Los trenes se mueven por una presión de aire comprimido de 80 kilogramos por centímetro cuadrado. Nada de animales, ni inmundicias, ni chorros de vapor, ni chispas, ni ruido.

Catedral—Car

Así llama un cronista americano a un invento de un obispo anglicano, que consiste en una iglesia móvil, montada sobre ruedas que corren sobre los carriles de las líneas férreas.

El vagón-capilla mide 25 metros de largo y 4 de ancho. Tiene pilas bautismales, altar mayor y único, y su armonión que supe al órgano.

El obispo inventor viaja en él acompañado del sacristán y de sus criados, enganchado á las vías del país, quedándose en los puntos que se requiere para bautizar y casar a los feligreses que acuden atraídos por la novedad del espectáculo. La causa de este invento ha sido la gran extensión del territorio de Dakota en el cual hay 600.000 habitantes en su mayor parte indios difíciles de catequizar.

Parece que no es nueva la idea, pues algunos sacerdotes católicos han empleado en América medios semejantes.

En Albany se ha intentado subir río arriba en capillas flotantes para llevar a la religión de Cristo los indios de las márgenes del Amazonas.

Parece que el prelado de Albany estuvo en Francia en solicitud de fondos, y luego fué a exponer su propósito al Santo Padre.

La Universidad de Oxford otorgó un diploma de doctor en Teología al Obispo de Dakota por su invento, y la de Dublín, el de doctor en Derecho.

Lord Rosebery, le convidó a un banquete, y en toda la comida no se habló sino del Capilla-vagón. Al ofrecerle el obsequio le dijo: «conocía la iglesia militante y la triunfante; vos me habéis enseñado la ambulante.»

La Campaña Pullmann parece que construye otra Catedral—Car para los anabaptistas americanos.

Paso a las mujeres!

Un cronista de París ha hecho notar un dato muy curioso: que aumenta el número de *modistos* en la misma proporción que disminuye el empleo de las mujeres en el servicio de las confecciones de trajes; y crece por tanto rápidamente la cifra de las hembras dedicadas a ocupaciones serias. Ya no es posible continuar en la costumbre tradicional de las escrituras públicas y registros que decían: *fulana de tal—destinada a las ocupaciones propias de su sexo*;—habrá que invertir los términos.

En las fábricas de telas, en los escritorios mercantiles, en gran número de establecimientos industriales, en los telégrafos y teléfonos, en las casas de banca, en las máquinas de escribir, etc., la mujer viene empleándose de preferencia y con ventajas para los patrones.

Y naturalmente que viene a ser más agradable para los compradores entenderse con una linda muchacha antes que con un barbudo.

En los cafeses, ventas de periódicos, fábricas de cigarrillos y de cerillas, y encuadernaciones, abundan más las faldas.

La taquigrafía es otra excelente ocupación para la mujer. Ese ramo está servido por 4 señoritas, en el Parlamento de Dinamarca. En Alemania hay 30 asociaciones para la enseñanza de la taquigrafía.

Resulta, pues, que las mujeres son ya doctoras, cajistas de imprenta, escritoras, taquígrafas, electricistas, maquinistas, etc., etc.

En cambio, vimos en noches pasadas a un sugeto alto y barbudo pasar y repasar por los pasillos del Teatro Municipal, con un cesto de ramilletes de violetas y nardos que ofrecía con gran donaire a los concurrentes.

La comida china

La comida francesa ha invadido las cocinas del mundo entero sin excluir el Japón que era re-nuente; pero no ha podido llegar a donde los chinos que se mantienen firmes en sus guisos estrambóticos condimentados de modo singular.

La mesa de los chinos tiene generalmente algún invitado, pues ellos son muy obsequiosos. La etiqueta exige que el anfitrión presente excusas por la pobreza de los manjares, aunque ofrezca espléndido banquete.

Y libre Dios al invitado de no comer cuantos manjares se le sirvan porque ello constituye allí una ofensa grave.

Una comida regular tiene 40 platos a lo menos, servidos lentamente. Un banquete dura doce horas, y en los intermedios de los platos se fuma y se bebe té.

El perro guisado es comida de gran valor y aún el gato se tiene como bocado exquisito.

El pato es bueno también allí, y generalmente lo condimentan con frutas y dulces.

En la sopa sirven lengua de faisanes y tortugas.

Plato delicioso es también para ellos un compuesto de musgaños de olor repugnante. Y en ninguna mesa faltan los palitos que hacen las veces de cubiertos.

Quien quiera saber prácticamente como es la cocina de Confucio, véngase a presenciar la original elaboración de los manjares de un fiel y excelente chino que acompaña al Cojo hace cosa de 18 años sin que haya podido tentarle ni el más delicado de cuantos bocados deliciosos han pasado por sus manos.

Asuntos teatrales

Un Pastor protestante de nombre Neromann Hall y un canónigo llamado Shuttleworth, ambos ingleses sostienen una polémica muy interesante para los aficionados al arte teatral. El protestante ha lanzado tremenda excomunión en un Congreso eclesiástico contra el teatro en general que es, según dice "foco de inmoralidades."

Y cosa extraña, el reverendo Shuttleworth ha defendido a las primeras actrices y a los primeros actores, confesando tranquilamente que hace 20 años que no deja de concurrir ni una sola noche al teatro; que no tiene nada de inmoral el ligero y gracioso traje de las bailarinas; sostiene que los artistas encargados de representar en público a los traidores y libertinos son en su mayor parte modelos de honradez en la vida privada.

Por otra parte, dice, ¿los besos que se dan actores y actrices en la escena excitan acaso malas pasiones en quienes los dan y los reciben?

Lo niega en absoluto.—Dice que en realidad nadie se besa en el teatro; que allí no hay sino la ilusión del beso, a causa de la fuerte capa de colores y polvos que se interpone entre los actores.

Ciertos empresarios ingleses acostumbran imponer una multa de 2 chelines a los que se besan con efusión y ejecutan al pie de la letra algunas acotaciones puestas en los manuscritos por el autor de la obra que se ejecuta.

Tierras por civilizar

Son interesantes las noticias que dá Mons Augonard, misionero francés, sobre los pueblos antropófagos del África, entre los cuales ha vivido algunos años. Dice que el gran escollo de la civilización en aquellas regiones es la dificultad del transporte, los rigores del clima y las luchas permanentes contra los indígenas.

El viajero que allí llega se encuentra en la necesidad de pasar los ríos en piraguas estrechas; y á lo mejor hay que recorrer á pie enormes distancias. En el alimento no entra el pan ni el vino.

A veces hay que pasar lugares en donde la yerba es doble más alta que el hombre. Las caravanas, que salen de Loango, tienen que pasar á pie 550 kilómetros que las separan de Brazzaville, donde el Congo ya es navegable.

Las operaciones comerciales se realizan por medio de permutas de baratijas, cuchillos, telas, etc., que dan en cambio de los alimentos.

El alimento de los indígenas no puede ser más repugnante. Comen murciélagos, ratas, insectos, serpientes, etc. En Ubanghi, en donde hay una factoría de los misioneros, es cosa corriente el canibalismo.

La carne humana es bocado delicioso; uno de los negros aseguraba á Augonard que con sal y pimienta no había nada mejor que un pedazo del muslo de un hombre.

La esclavitud va cesando en ese lugar, pues se comen á los esclavos al estar gordos. Las mujeres son las decapitadoras, y lo hacen con tanta sangre fría, como lo acostumbran las cocineras al matar los pollos.

Cuando los indígenas ven á los europeos usar del tenedor ó la cuchara, dicen que lo hacen por incapacidad de comer con los dedos. Se creen ellos muy civilizados. Las negras que se precian de elegantes usan los tenedores de los europeos como peinetas.

Globo

Un accidente grave se efectuó el 19 de agosto en Tourconig. El globo *El Rápido*, de 1.000 metros cúbicos, elevado por el aeronauta Terynck y tres aficionados, fue arrollado por una torrasca en dirección de Bélgica á una latitud de 1.300 metros. La primera vez que rasó en tierra lanzó á Terynck fracturándole una pierna. Uno de los aficionados fue herido también. Luego, el globo remontó furiosamente llevándose á los otros dos aficionados, uno de los cuales iba agarrado de una cuerda de la válvula; á dos kilómetros distante, descendió de nuevo, sin más accidentes.

Alumbrado eléctrico por globos

Se hacen experimentos en Alemania para obtener el alumbrado eléctrico, por medio de globos, en los terrenos de maniobra ó de combate. La electricidad es acumulada en tierra y elevada en globos cautivos. La fuerza luminosa de 5.000 bujías basta para alumbrar una superficie de 500 metros de diámetro á la altura de 600 metros. Los ensayos han sido satisfactorios y parece que ese sistema será llevado á la práctica en las próximas maniobras.

Cañón neumático

Tiempo hace que en los Estados Unidos tienen en ensayo los cañones neumáticos, y últimamente renunciaron su aplicación en el mar.

Acaba de ensayarse uno, perteneciente á una sociedad industrial, en Sandy Hook, á la entrada de New York, que tiene 38 centímetros de calibre. Bajo la acción de un volumen de aire comprimido á 70 kilogramos, lanza un enorme proyectil cargado con varios centenares de kilogramos de dinamita que estalla á la distancia de 3.500 metros en un rectángulo de 36 metros sobre 12.

Caza de negros en Africa

Los ingleses habían tenido hasta ahora la fama de cazadores sin escrúpulo en el centro del África; pero según parece los alemanes han entrado á hacerles la competencia. Ambos se dedican hoy al comercio de los negros en terrible escala.

Los alemanes enviaron un vapor para reprimir ese odioso comercio; pero los tripulantes, en lugar de llenar su misión, prefirieron ocuparse de la exportación de grandes cantidades de marfil.

Ingleses y alemanes mutuamente se acusan de atropellos sin cuento en las fronteras comunes.

Partidas de docientos y más hombres se internan hasta las aldeas negras, y después de rodearles, los atacan á tiros matando y haciendo prisioneros. Los negros van abandonando las aldeas y huyen de esa guerra sin cuartel, refugiándose junto á los conventos de los misioneros, en donde construyen sus casitas. Los pueblecitos del interior van desapareciendo necesariamente.

Antídoto fisiológico del curare

Los señores Physalix y Contejean, partiendo de la observación de que existen venenos á los cuales ofrecen resistencia y aun son completamente refractarios ciertos animales, y habiendo notado que la salamandra terrestre podía soportar dosis fuertes de venenos, tuvieron la idea de buscar los efectos que podría producir la sangre de ese reptil en los animales intoxicados por el curare. Han encontrado que inyectándola por las venas de una rana, esta resiste una dosis de curare seis veces mayor que en condiciones normales. Ese resultado es del mismo orden que los obtenidos por la inoculación de la sangre de los animales que se han hecho inmunes contra una enfermedad, por el tratamiento de la misma enfermedad.

Fabricación artificial del mármol

Acaba de fundarse en Inglaterra un establecimiento para la fabricación del mármol. El nuevo procedimiento que se conoce bajo el nombre de *Moreau-Rac* permite convertir toda tierra alcalina, ó creta, en mármol artificial aumentando su densidad en 25 por 100.—Este producto es muy fácil de labrar y tallar.

Con el sulfato de hierro y de cobre en baños especiales se obtienen las vetas oscuras, variando las proporciones y tiempo de inmersión, según la mayor ó menor intensidad del color deseado.

El zinc y el hierro, alternativamente, dan las vetas amarillas-pálidas; y el empleo de tres metales da las vetas de color amarillo oscuro. Los colores se fijan con un baño de agua á 50 grados centígrados, con el cual penetra el color á través de la piedra. Luego se pone en una estufa á la temperatura de 90 ó 100 grados centígrados, por 36 horas. Y por último se somete á un baño de sulfato de zinc, que no afecta los colores, pero sí suaviza la piedra cerrando sus poros y dándole la densidad del mármol.

Los antiguos mapas de los Estados Unidos

Ellos prueban que los primeros habitantes que fundaron allí ciudades estaban muy cortos de nombres.—He aquí algunos ejemplos: *You bet* (tú crees) en California; en Illinois: *Dog tooth* (diente de perro).—*Flea Hill* (montaña de la pulga) en Carolina del Norte.—*Fly Hill* (montaña de la mosca) condado de Ulster.—Hay otras ciudades con nombres muy extraxos también: *Big Foot* (gran pie).—*Fiddletown* (ciudad de violín).—*Calf-killer* (matador de becerros).—En Ohio se encuentra la ciudad de «Bello Centro»; el «Gatico Salvaje» en Mariland (little wilt calt).—En el *New York Herald* ha sido publicada una nota más extensa y muy correcta.

Olivino

Entre los aceites más recientes introducidos al comercio, se cita uno neutro llamado *Olivino*, que no se pone rancio. Es realmente una novedad, y superior á todos los aceites de olivo; más blanco, perfectamente neutro, de olor agradable, y su precio es menor. Presenta la singular condición desconocida hasta el presente, de que mejora envejeciendo. Durante 6 meses se han estado haciendo experimentos con él, resultando al fin que es excelente. Ha sido puesto en recipientes de tierra, de metal y de vidrio, expuesto á un calor de 40° al sol, y no ha cambiado de neutralidad ni adquirido el más mínimo olor á rancio. Su empleo, por ser más económico que el de olivo, se ha hecho considerable en poco tiempo. Cantidades enormes se consumen en el Norte de Francia, en Alemania, en Bélgica, en Algeria y en los países orientales. Este aceite va á dar un golpe de muerte á los molinos de aceite de Aix, de Salón y de Niza. La ley natural de las cosas! El progreso que marcha! Este aceite se emplea además en la farmacia, en la perfumería, para extraer el perfume de las flores, para engrasar las piezas mecánicas, etc. La venta del *Olivino* se hace en Marsella.

El crimen no produce

La estadística demuestra que el oficio menos productivo es el de los criminales por robo.

El abate Brumeau mató por robar, y ganó la pérdida de su cabeza.

Véanse los productos de algunos asesinos en Francia:

Marchandou, 500 francos en alhajas.

Trophmann, nada.

Coutin, 200 francos.

Albert, un reloj.

Schumacher, 15 francos.

Gaspard, 250 francos.

Gamahut, 7 francos.

Allosty y Sellier, 8 francos.

Prado, unas alhajas.

Pranzini, con tres crímenes, unas alhajas.

O sea un término medio de 29 francos por cada asesino.

Y muchos que en realidad se roban grandes cantidades, son descubiertos antes de disfrutarlas.

Decididamente no vale la pena de exponer la cabeza ó muchos años de vida en un presidio, por tan poca cosa.

Inteligencia de la araña

Se ha observado en Buenos Aires un hecho muy curioso: una piedra empleada por una araña para servir de lastre á su red. Esta tela tenía 3 metros de extensión y se hallaba suspendida entre dos árboles. De la red pendía un hilo en cuyo extremo estaba adherida una piedrita del grueso de un frijol. Evidentemente era obra de la araña aquella disposición para dar á su red el lastre necesario que la defendiera del viento; pues al suspenderse ligeramente la piedrita, para observación, se notaba que la tela era envuelta y afojada por la más pequeña corriente de aire.

Alta cábalá

Los árabes han dicho: «todo lo que sucede está escrito.»

Según eso, pues, cuanto ha sucedido á los presidentes franceses debía suceder.

Veamos por qué:

Mac-Mahon obtuvo 390 votos.

$$3+9+0=12$$

El arcano XII dice: «Acuérdete, de que la abnegación es ley divina, pero no esperes sino ingratitud de los hombres.»

Recuérdese el acto de abnegación del duque de Magenta en 1873.

Grevy fue presidente, por 563 votos.

$$5+6+3=14$$

El arcano XIV dice: «Hijo de la tierra, consulta tus fuerzas para desgastar los obstáculos, como el agua desgasta gota á gota la piedra.»

Ya sabemos que Grevy supo quebrantar á sus adversarios y preparar su elección.

Sadi Carnot fue elegido por 616 votos.

$$6+1+6=13$$

El arcano XIII de Tasot, representado por un esqueleto armado de una hoz, dice: «Acuérdete hijo de la tierra, de que las cosas humanas duran poco, y de que los más altos poderes son segados como la yerba de los campos.»

La Francia tiene ahora á Casimir Perier que obtuvo 451 votos.

$$4+5+1=10$$

El arcano X se llama de la Esfinge y es símbolo de poder. Está figurado por una rueda suspendida en un eje entre dos columnas. A la derecha Hermanubis, genio del bien que se esfuerza por subir; á la izquierda Tifón, genio del mal, que cae precipitado. En lo alto está la Esfinge con espada en mano.

La lucha entre la autoridad y la anarquía ha de pesar de modo decisivo en el actual presidente.

Curas heroicos

«La ejecución de un cura criminal, el abate Bruneau, ha servido á los enemigos de la Iglesia en Francia para explotar el hecho en contra del clero.»

La prensa francesa recuerda y pone en frente de aquellos malévolos ataques las nobles figuras de unos cuantos sacerdotes que fueron santos y héroes en tiempos recientes, durante el año terrible (1870-71.)

El abate de Marnallach, salió de Perenon acompañando á un batallón de móviles; el batallón encontró en su camino á los alemanes y se entabló la lucha. El abate hizo arrodillar al batallón, le bendijo y se colocó en primera fila. Un general le vió, corrió á él y le gritó que no era aquel el puesto de un sacerdote. Al decir estas palabras el general cae herido en brazos del abate que le recoge diciéndole:

—Ya véis que mi puesto está donde haya heridos.

El abate Cor, cura de Meuville, de más de ochenta años de edad, es apresado por los alemanes por creer que había favorecido la marcha de fuerzas francesas, y atado á la cola de un caballo es casi arrastrado por caminos y tierras labradas, llegando á la primera parada deshecho, llena de lodo y sangre su sotana.

Uno de sus feligreses le vió y se conolvió de su estado, á lo que el abate Cor contestó con esta grande y sencilla frase:

—No importa; esta sotana es la vieja.

Un pobre cura de una aldea del valle de Ande recogió en la carretera un soldado francés atacado de viruela negra, le llevó á su casa, se encerró con él y sin temor al contagio le cuidó y logró curarle.

Los alemanes cogieron en un pueblo—Les Horties—rehenes para vengar la muerte de unos soldados por los franco-tiradores. Las víctimas son designadas por la suerte, y entre ellas se encuentra un pobre hombre, padre de cinco niños á quienes su fusilamiento va á dejar sin comer.

El cura de Horties se entera del hecho, y se presenta á los alemanes para ofrecerse en sustitución del padre de familia, cosa que encontraron muy natural los alemanes, aceptando en el acto.

Cuando iba á ser fusilado el cura, intervino un oficial superior, que, enterado del hecho, le perdonó la vida.

Durante la batalla de Sedán, un oficial, el teniente Zaccane, pariente del novelista Pedro Zaccane, llamó, perseguido por los alemanes, en la puerta de la casa vicarial; abrió el cura, vió el peligro que el teniente corría, le vistió una sotana, y poniéndose él otra, cogió del brazo al militar y atravesó con él el campo enemigo, poniéndole salvo en la frontera belga.

Como los citados puede escribirse los nombres de más de cuarenta sacerdotes que durante aquel período dieron su vida á la patria con valor y abnegación extraordinarios.

Y dice muy bien un periódico francés, que serían necesarios muchos abates Brunneau para borrar el recuerdo de tanto héroe."

Tipos indígenas

Habitantes de las riberas de Oubangui
(El Congo)



EL ENFERMO

(CUENTO)

Un hombre de fisonomía triste, alto, delgado y de aspecto que revelaba alguna dolencia moral, era la única persona que guardaba silencio en la mesa del hotel; rehusaba todos los platos que el criado le servía, manifestando una extraña distracción al parecer motivada por desagradables pensamientos; y hallábase ocupado sólo en romper nueces del frutero situado á su frente.

Un vecino alemán que se encontraba muy cómodamente de codos sobre la mesa, y que tenía atada al cuello la servilleta, intentaba de vez en cuando hacerle entrar en conversación, pero sin resultado alguno.

De pronto, interrumpió nuestro hombre al alemán en momentos en que éste sorbía un helado haciendo un ruido vulgar, y le dijo:

—Creo que debería usted hacer su equipaje desde luego y no cuando llegue el telegrama.

—Telegrama? contestó el alemán de modo casi ininteligible, pues las palabras y el helado se disputaban la salida de la boca,—cuál telegrama?

—Que telegrama ha de ser sino el del fuego de Hamburgo, el que le trae á usted la noticia del incendio de su almacén que... —y deteniéndose prontamente agregó—dispense usted, estaba pensando en alta voz.

El alemán se arrancó la servilleta del cuello y pasándosela por la cara empezó á dirigir preguntas á su taciturno vecino pero sin poder obtener de él ninguna contestación que pudiera aclarar el significado de sus palabras; y comprendiendo al fin lo inútil de su insistencia, tomó un higo, un pedazo de queso, otro de pan y llevando el todo á la boca ayudado con un trago de vino, se levantó de la mesa y salió fuera del comedor.

Al siguiente día no encontré al caballero del rostro pálido (como había resuelto llamarle). Ya muy avanzada la noche me desperté sobresaltado por ruidos de golpes en el suelo, como si descargaran objetos muy pesados, y voces de un idioma que me pareció alemán; pensé entonces que Herr Meyer se marchaba á la estación para tomar el tren rápido de las 12 p. m. Por la mañana en el almuerzo me informó el criado de la partida del caballero alemán que se había marchado para Hamburgo, á consecuencia de un telegrama recibido en el cual se le avisaba un incendio.

Esa noche, como era natural, me encaminé al casino y en el jardín me encontré con el hombre misterioso que, con su cigarro en la boca y las manos detrás, se paseaba de arriba á abajo entregado por completo á sus pensamientos, sin fijarse en lo que le rodeaba. Detúvose de pronto y arrojando el cigarro recién-encendido, dió media vuelta y entró al salón de juego por la puerta principal diciendo:

—Veamos aquel tonto que ha de perder 36.000 pesetas.

Dirigióse sin titubear á la segunda mesa de ruleta donde se hallaba un individuo apostando con pilas de 20 luses. El hombre misterioso me había interesado y me propuse por tanto hacer amistad con él. Lo seguí y al llegar á su lado, el caballero jugador ganó una suma fuerte habiéndole resultado una combinación de pares, rouge y 8.

—Yo, siendo usted, me retiraría ahora—le dijo nuestro hombre.—El jugador se volvió y encogiéndose de hombros sin dignarse contestar, tomó del enorme montón de oro y billetes varios puñados que colocó á la ventura sobre el verde tapete.

—Claro—le dijo de nuevo el hombre pálido,—Usted no me quiere oír y no me oír, pero ha de ver las consecuencias.

Todo esto me parecía rarísimo y cada vez me interesaba más este hombre singular.

Cero había sido el resultado de la jugada y el jugador naturalmente perdió lo que había puesto; pero sin darse por vencido entró en números llenos, números trasversales, carré á cheval, etc., cero otra vez; y el sable despiadado arrasó de nuevo con las apuestas del terco jugador. Luego como si hubiera tenido la seguridad de que el cero iba á salir y recuperar lo perdido, colocó sobre él el resto del capital; y con ansiedad pintada en el rostro, los ojos fuera de sus órbitas, temblando como azogado púsose de pié á esperar el lance. El cero

no vino y el caballero se marchó del salón, mirando con odio al misterioso personaje. Había perdido 36.000 pesetas!!

El hombre pálido ocupó el asiento vacante; puso una pieza de cinco francos en manque y ganó: luego apuntó dos veces más y volvió á ganar; dos veces más en passe y ganó de nuevo. Quince ó veinte veces apostó en los pares y ganó: puso más tarde en noir veinte ó treinta piezas de cinco francos y dijo al croupier: "perderé esas—y cosa extraordinaria, el negro perdió!! Tomó después el duro original con que había empezado el juego, lo colocó sobre el 15 y ganó: apartó lo que había ganado y situó al juego los primeros cinco francos en el 9 y el 9 salió!! Los demás jugadores se habían fijado ya en él y seguían sus jugadas apostando á su número, hasta que por último habiendo apostado al 16 y ganado, dejó sus ganancias dormirse y la suerte le continuó favorable. Los croupiers cambiaban miradas y se hablaban al oído. Uno de los chefs bajó entonces de su alto asiento y se dirigió al lugar que ocupaba el hombre pálido, pero éste había desaparecido dejando su dinero sobre el tapete! Yo le vi retirarse cuando uno de los croupiers gritó por segunda vez "ha ganado el 16!"

Al siguiente día me encontré con el hombre misterioso en la terraza del hotel y con curiosidad irresistible que se apoderó de mí le dirigí la palabra:

—Debo felicitarle por su buena suerte de anoche.

—Buena suerte, caballero—repitió sin levantar la vista y con voz hueca que se me antojó triste—nada de buena: mala y muy mala la debería usted llamar.

—Ciertamente, parece que no tuvo usted mucho interés en recojer la considerable suma que ganó anoche pues la dejó usted sobre la mesa; ganancia que usted presumía de antemano.

—Claro que la esperaba—me respondió.

—Y usted no llama eso tener buena suerte, le pregunté.

—No señor, no lo llamo buena suerte porque no lo es; la suerte no tiene nada que ver con que yo gane ó no. Es solo y únicamente certeza, eso es todo. Tengo la desgracia de saber el número que va á salir.

—Siempre?

—Siempre, y desgraciado de mí! Esa es mi enfermedad, señor mío! Créa usted posible que yo me hubiera ausentado de mi país, (porque yo soy americano, hispano-americano como habrá usted notado por mi acento, y me llamo Luís de Aranda) para verme lejos de los míos á este pueblo ó infierno donde no se hace otra cosa que jugar, si mi doctor no me lo hubiese ordenado? Créa usted que estoy aquí por placer? le parezco á usted del todo sano?

—No señor, le contesté, debo admitir que no me parece muy rosagante qué digamos y espero que aquí pueda usted recuperar la salud perdida.

—No lo crea usted, amigo mío; cuando se tiene la desgracia de padecer de una enfermedad que los médicos no conocen, no es fácil recuperar la salud ni la tranquilidad; y ha de saber usted, agregó, que no me extrañaría que esta certeza que tengo, este conocimiento absoluto del porvenir, no se.....

—Conocimiento del porvenir, le interrumpí asombrado, eso no puede clasificarse entre las enfermedades.

—Crée usted que nó? Pues aseguro que sí, señor mío. Me hace perder la salud y por lo tanto es enfermedad.

—Pero no créa usted que eso que sufre, es algo muy raro y muy extraordinario?

—Naturalmente que es muy raro, y eso es precisamente lo peor.

—Y no sabe usted de qué proviene?—le pregunté creyendo al señor de Aranda fuera de su juicio.

—Pues diré á usted: viene de estar constantemente entregado á trabajos intelectuales; exaltación nerviosa lo llaman algunos; y mi médico, entre ellos, dice que es una gran excitación en los tegidos cerebrales ó algo por el estilo. Sin duda alguna los antiguos sufrieron de esta enfermedad!



CABEZAS DE PIRATAS DECAPITADOS EN EL TONKIN

—Dispense usted que le interrumpa, pero es el caso que todo eso me parece tan raro que desearía conocer los primeros síntomas que le anunciaron esa extraña dolencia!

—Pues lo de siempre: me sentí fatigado primero, luego deprimido, desvelado, falto de energía, poca firmeza en las ideas, hasta que alguien me preguntó si el tiempo continuaría bueno y me sorprendí yo mismo al contestar: mañana lloverá a las 3 de la tarde. Ya lo sabía, estaba seguro de ello y al efectuarse mi profecía, creí volverme loco! Primero me sorprendí, luego me asusté, después mi alegría no tuvo límites, pero siempre me sentía temeroso; traté de atribuirlo a la casualidad, pero sin resultado, pues todo sucedía como yo había predicho. Usted dirá que lo que sufro es de envidiarse, no es verdad? pues es un error. Créa usted que es digno de envidiarse, la ventaja sobre el resto de la humanidad, de estar seguro de lo que va a acontecer? Si se tratase de los demás, muy bien, pero conocer mi porvenir, saber que un sinnúmero de cosas horribles me van a suceder dentro de algunos años y por fuerza he de tener que esperarlas tranquilamente? Malo es sin duda recordar desgracias pasadas pero le aseguro que es cien veces peor conocer las venideras. Dice usted que tiene sus ventajas conocer el porvenir. Sí señor, pero de qué sirve cuando se sabe al mismo tiempo el de uno mismo? Yo no quiero dinero, no sabía en qué gastarlo y estoy además contento con lo que tengo; poder, no me hace falta, ni influencias tampoco; me gusta la vida tranquila y desapercibida; y cómo quiere usted que un hombre capaz de leer el porvenir viva tranquilo y desapercibido? Le garantizo á usted, amigo mío, que el conocimiento que tengo de mi porvenir es una pesadilla que despierta en mí malos sentimientos; me hace vengativo y no uso de mi poder, como usted dice, sino para molestar y hacer sufrir á los demás. Usted, por ejemplo, dejaría de ser feliz si le dijera lo que ha de sucederle dentro de tres años, pero debe agradecerme el silencio! —Traté de sonreír con aire incrédulo adoptando una posición indiferente pero en vano; y como viese que mi compañero me miraba de cierto modo burlón, me marché á la sala de lectura y toqué EL COJO ILUSTRADO. A los diez minutos noté que tenía el periódico al revés! Hice un esfuerzo y me puse de pie con la firme resolución de preguntar á Aranda qué me iba á suceder al cumplirse los tres años. Me acerqué y mirándole le dije:

—Le ruego me diga que—y aquí no pude continuar; y para no quedar mal agregué: hora es.

Aranda me miró y dejó escapar una risa sardónica, con la cual demostraba su incredulidad respecto á mi pregunta; y para no aparecer un necio á sus ojos, volví á reanudar la conversación refiriéndome á sus ganancias de la noche precedente.

—Las autoridades del Casino no deben saber á qué atenerse—le dije.

—Están locos—me respondió. Uno de los administradores vendrá esta tarde á traerme mis ganancias. Me preguntará qué pienso hacer. Usted comprenderá que ellos saben que yo podría hacerlos quebrar, pero los confunde mi conducta puesto que yo hubiera podido hacer saltar la banca en cada mesa! Esa, sin embargo, no es mi intención; lo que quiero es molestarlos, mortificarlos. Si tiene usted curiosidad, véngase esta tarde á mi aposento.

Acepté gustoso la invitación, aprovechando así la oportunidad que se me proporcionaba de distraer mi espíritu.

Después del *lunch* subí á su cuarto y á los quince minutos entró un criado anunciando la visita de un caballero.

—Hágalo usted subir—dijo Aranda—y dos minutos después el caballero anunciado entró en la habitación.

—Usted desea hablar conmigo y viene á traerme mis ganancias, no es verdad? Tome usted asiento.

—Sí, señor—contestó el empleado, tomando asiento en una butaca—y dirigiéndome una mirada investigadora.

—No tenga usted cuidado—dijo Aranda—este caballero es mi amigo, y conoce todos mis asuntos. Hable usted, pues, con toda confianza.

—La administración de que formo parte, me encarga entregar á usted este cheque, por sus ganancias de anoche.

—Muchas gracias, caballero, pero es el caso que nada necesito por ahora y agradecería que guardase usted eso, ó mejor, que lo distribuyera entre los pobres de Monte Carlo.

El empleado del Casino miraba á Aranda con asombro y pisándose la mano por la barba preguntó:

—Piensa usted quedarse en Monte-Carlo mucho tiempo?

—No lo sé todavía definitivamente—contestó Aranda.

—Ah, entonces piensa seguir honrándonos con su presencia en las mesas?—preguntó con voz lastimera el empleado.

—Pues, á decir á usted verdad, tampoco sé si lo haré.

El empleado estaba sobre ascuas; la expresión de ansiedad se pintaba en su fisonomía al pasear su mirada por el aposento deteniéndose un instante en Aranda y otro en mí.

—¿Quiere usted permitirme que le haga una proposición? Usted sabe que la administración de que formo parte,—dijo con fraternidad el empleado,—es muy liberal y podría darle.....

—Dinero, no es verdad?—interrumpió Aranda.—Pues no señor, no necesito dinero; tengo lo suficiente y ya habrá visto usted que no me hace falta cuando destino lo que gané anoche para ayudar á los pobres.

—Pardon, Monsieur, pero la verdad sea dicha, usted parece tener muy buena suerte.....

—Suerte, conque usted también lo llama suerte? Pues nada de eso, señor mío! Lo que yo tengo no es otra cosa sino el absoluto conocimiento del porvenir y para probárselo á usted, véngase á esta ventana y tenga la bondad de fijarse en aquella esquina que forma la casa de enfrente y le diré todas las personas que van á pasar por ella.—Un hombre con gabán gris, véalo usted; una mujer y dos chicos; un gendarme á caballo con un paquete blanco en la mano, ahí está! Ahora qué dice usted?

Imposible era que Aranda hubiera visto antes las personas mencionadas, puesto que la casa de enfrente se lo impedía.

El empleado se había puesto pálido y tembloroso.

—Usted comprenderá, por lo que ha visto—continuó Aranda—que no es propiamente suerte como debe calificarse eso que en apariencia me favorece, sino una facultad especial de poder leer el porvenir y por consiguiente los números que han de salir en la ruleta, y la jugada favorable ó adversa á la banca. El empleado cayó como desplomado en la butaca al oír estas palabras,—y que también—continuó—puedo hacer extensivo mi conocimiento á los demás jugadores y hacer quebrar así todas las bancas habidas y por haber. Seguramente usted lo habrá comprendido así, no es verdad?—Y sin duda así lo había entendido el pobre señor, pues el sudor copioso que corría por su frente y la palidez que le embargaba el rostro, plenamente lo demostraban; y fué así que con voz que parecía del otro mundo le dijo:

—Pero caballero, usted no tendrá el corazón tan empedernido como para realizar ese plan siniestro: nosotros no le hemos ofendido y si lo hemos hecho ha sido inconscientemente; además estamos dispuestos, para atenuar la gravedad de la ofensa, si es que existe, á hacer que usted se asocié á la Administración con una tercera parte, ó

la mitad si así quisiera, en las utilidades del establecimiento.

—No, muchas gracias—contestó con mucha calma Aranda—no es esa mi ambición. No he adoptado todavía ningún plan. Puede ser que juegue (el empleado tembló) como también puede ser que no vuelva á entrar en el casino! Quién sabe?

—Pero siquiera prométame usted, caballero, por todo lo que usted más quiera, que no comunicará á los demás jugadores ese terrible saber de usted!

—No sé, señor mío, no puedo prometer nada.

—Usted no nos odia, no es verdad?

—No, absolutamente; al contrario, les estoy muy agradecido por las diversiones que gratuitamente me han proporcionado. Lo que haré será distraerme en el juego y puede ser que redunde en favor mío, pero qué le vamos á hacer?

El empleado viendo que no podía sacar nada de Aranda, púsose de pie, pálido é inquieto; pasóse la mano por su húmeda frente y haciendo una reverencia humilísima salió del aposento.

Aranda se volvió hacia mi diciéndome:

—Esto caerá como una bomba á las autoridades del Casino! La administración no sabrá qué hacer y no habrá palabras con qué pintar la angustia horrible en que estarán, pensando que puedo entrar al salón de juego de un momento á otro y hacer con mis jugadas que el resto de la mesa me siga. Es lo cierto que me marcho esta noche, pero he dicho en la oficina del hotel que puedo regresar cualquier día. Los tendré así alarmados, siendo para ellos otra espada de Damocles.

Esa noche no pude comer ni pensar en otra cosa que en las terribles palabras de ese hombre:

—“Usted debe agradecerme que guarde silencio acerca del porvenir de usted.” Tres ó cuatro veces llegué hasta la puerta de su cuarto con intención de entrar y preguntarle qué era lo que me reservaba el porvenir, pero me faltaba valor para oír su pronóstico, y regresaba de nuevo á mi habitación más inquieto y nervioso. Ya comenzaba á odiar á ese hombre! Traté mil veces de irme á la cama y tomar sus palabras y lo que había visto como si hubiese sido un sueño, pero en vano. Sabía que se marchaba esa noche y no podía dejarlo ir, sin que antes me dijera lo que tanto me alarmaba.

Salte de la cama, me vestí apresuradamente, hice mi equipaje, pagué la cuenta del hotel y tomando un ómnibus me dirigí á la estación para alcanzar el rápido de las 12. Cuando Aranda me vió entrar en el vagón que él ocupaba, me dijo con esa sonrisa que le era peculiar y que me crispaba los nervios:

—Hombre! ha cambiado usted su programa muy repentinamente; espero que no haya tenido malas noticias de su casa.

Veinte veces intenté preguntarle qué era lo que dentro de tres años me habría de suceder y veinte veces me faltó el valor, hasta que por fin, haciendo un gran esfuerzo, las palabras salieron de mis labios.

—Bah!—me respondió—todavía está usted pensando en eso, no ha olvidado usted mis palabras? Olvidelas usted que á su tiempo sabrá lo que hoy tanto desea.

Hubo una pausa: yo no me sentí con valor para insistir y pensé en eso horroroso y atroz que el porvenir me reservaba. Me sacó de mi distracción la voz de Aranda.

—Quiere usted saber lo que haré en París? Pues bien, allí está un americano, un yankee millonario, especulando en la bolsa y que tiene comprometido en esas especulaciones, un capital fabuloso! Yo sé lo que le va á suceder! Si este señor no sigue un camino que yo me guardaré muy bien de mostrarle, se arruinará! Se lo diré, pero como usted comprenderá, no he de indicarle el giro que debe dar á las evoluciones para que no se efectúe la pérdida de ese enorme capital interesado.

—Usted es demasiado cruel, no pude menos de replicar.

Al oír mis palabras, toda su fisonomía cambió: parecíame aun más pálido que de costumbre; y con voz temblorosa y ronca me dijo:

—Hace dos meses que el conocimiento de mi porvenir, penetró en mi cerebro! Es tan horrible, tan espantoso, que no tengo palabras con qué explicarlo! Dentro de 7 años ha de sobrevenirme tal desgracia, que me hace vivir pensando en lo terrible de mi destino. No hay poder humano que pue-

da impedir lo que me está reservado; lo veo tomar cuerpo, como un tren expreso que se divide á distancia, sin poderme apartar de la línea! Yo era gordo, sano y feliz! Hoy ya me ve usted, soy un cadáver: este pensamiento ha amargado mi vida, ha endurecido mi alma. Me consuela mortificar á los demás, pronosticándoles lo que les acontecerá y así me distraigo desviando mi imaginación de lo espantoso de mi suerte! Usted, por ejemplo, dentro de tres años, el 19 de marzo, algo muy parecido le sobrevendrá: no digo más porque no quiero que sufra usted lo que yo sufro! Vé usted aquel colector de billetes?—agregó mostrándome un empleado del ferrocarril que en ese momento revisaba los billetes en la plataforma opuesta—pues bien, á ese pobre hombre ha de matarlo el próximo tren que llegue á la estación; no le aviso porque no hay nadie en este mundo que pueda evitar la desgracia. Está escrito, y sucederá!

¡Qué horror! Ese hombre, casado probablemente y con familia quizás, cumplía con su deber, ajeno indudablemente á su próxima muerte. Abrió rápidamente la ventanilla del carro y lo llamé, pero en ese momento arrancaba el tren y la estación se perdía en la oscuridad de la noche antes de que yo pudiera prevenirle.

—Ya ve usted, me dijo Aranda, no ha podido usted evitarlo, amigo mío.

Mi situación era horrorosa! Quería y no quería conocer lo que me estaba reservado. Pensaba en amenazar á Aranda con la muerte si no me aclaraba su pronóstico. La muerte! Bien seguro estaría él de que yo no lo podía matar, puesto que tenía que vivir 7 años para cumplir su destino! Me resigné á viajar con él y á seguirlo por todas partes!

En Marsella me hospedé en el mismo hotel. Allí oí que dijo al portero que se marcharía por el tren de la noche. Al levantarme supe que había partido en el de la mañana é inmediatamente me fui á París siguiéndole: allí lo solicité inútilmente por todas partes.

—Con que el 19 de marzo, dentro de tres años, se cumpliría en mí la predicción de Aranda! Traté de olvidarlo todo ocupándome de distintos modos y viajando; me dediqué á escribir; en fin, hice todo lo que pude por distraerme, pero todo fué inútil. Llevaba siempre fijo el maldito pensamiento. De fuerte y gordo que era me convertí en flaco y enfermiso: había encañecido: era un cadáver ambulante! Mis amigos hufan de mi compañía: mi tristeza era contagiosa. Me faltaban dos años de martirio!

Un día en Londres iba yo en uno de los trenes del servicio metropolitano y al llegar á una estación, un caballero de fisonomía alegre y movimientos bruscos, alto, robusto y que rebo-saba salud, entró en el vagón que yo solo ocupaba y se colocó en el asiento opuesto al mío. No sé por qué me pareció que le conocía. De pronto se fijó en mí, y al verme palideció.

—Ha estado usted alguna vez en Monte Carlo? me preguntó.

—Desgraciadamente sí—le respondí.

—Marzo? hace dos años?

—Sí.

—Me conoce usted?

—Sí, le conozco—dije saltándole al cuello y comprimiéndoselo como para estrangularlo—y ahora me quiere usted decir qué es lo que me va á suceder dentro de un año? Lanzóme una mirada en que se revelaba la impotencia, el remordimiento y el temor.

—No recuerdo nada, nada absolutamente. Cuando salí de París me vine á Londres y aquí me he curado: no recuerdo nada de lo que profetizaba cuando estaba enfermo.

—Por Dios, trate usted de recordar, vea usted como me ha puesto el pensar en mi desgracia.

Trató pero no pudo. Entonces quise vengarme, diciéndole que él también tendría un fin horrible; que dentro de cinco años le sobrevendría una desgracia, pero me miraba de modo tan triste y arrepentido, que no me sentí con valor para nada. Cubrióse el rostro con las manos y derramando lágrimas me dijo: “Por qué no me mata usted.” Luego, animándose agregó: “Quién sabe si todo aquello era locura mía, no piense en eso.”

—Locura—le dije—y dónde me deja usted el juego y sus ganancias, y las gentes que pasaban por la esquina, y el telegrama del alemán?

—Trataré lo más posible de recordar! Vén gase á vivir conmigo hasta el 19 de marzo y así estará usted cerca de mí, si es que algún día recuerdo lo que profeticé.

Ha probado un año pensando día y noche en lo que me dijo en el Casino de Monte-Carlo pero ha sido en vano.

Durante estos últimos tres meses he estado siempre á su lado esperando sus recuerdos: nada, siempre lo mismo.

En los momentos de locura que he tenido, he estado á punto de pronosticarle á mi vez desgracias imaginarias para dentro de cuatro años, pero no he podido! Me creo loco algunas veces; estoy enfermo y soy un viejo á los 24 años!!

Está sentado á mi lado leyéndome y algunas veces se pasa la mano por la frente como para recordar!

El sol se pone entre negras nubes!

Hoy es el 18 de marzo!

SANTOS JURADO.

INCONSECUENCIA

—
CUENTO
—



Mucho antes de saber lo que era casarse, y aun antes de hablar claro del todo, ya decía yo que me había de casar con mi prima Rosa.

—¿Con quién te has de casar, Juanín?—me preguntaba casi todos los días la tía Felicianita, la mujer del vaquero, sabedora de mis aficiones.

—Ton Dosina—la respondía yo invariablemente.

Trás de lo cual aquella pobre mujer me daba tres ó cua-

tro besos y otras tantas manzanas del monte, y yo me marchaba muy contento á enredar con los otros niños, para volver al día siguiente á oír la misma pregunta y á recibir los mismos besos y las mismas manzanas... digo, las mismas no, pero otras iguales, á cambio de la misma respuesta.

Ya he dicho que yo no sabía lo que era casarse; pero veía que los que estaban casados, como mi padre y mi madre, sin ir más lejos, vivían en la misma casa, comían juntos, iban juntos á misa y al rosario...; y como á mí me gustaba tanto ir con Rosina á todas partes y comer con ella en su casa, ó que ella comiera conmigo en la mía, y como siempre me costaba un lloro salir de casa de mi tía Inés, la madre de Rosina, cuando la criada de mi casa iba al oscurecer á buscarme, y otro lloro ver marchar á Rosina cuando su criada iba á mi casa á buscarla á ella, discurría yo que lo mejor sería casarnos para no tener que separarnos nunca.

Rosa tenía dos años más que yo, de modo que teniendo yo de cinco á seis cuando sucedía lo que voy contando, ella tenía de siete á ocho y era una niña deshabilitada y un poco más seria de lo que pedía su edad, sin dejar por eso de ser afable y cariñosa.

En nuestros entretenimientos infantiles, en vez de imponerme su gusto y hacerse obedecer prevalida de su superioridad moral y física, acataba de ordinario sin réplica mis disposiciones; y si alguna vez las ponía reparos, como yo insistiera, también transigía casi siempre con mi voluntad imperiosa y voluble.

Cambiarme sus juguetes por los míos cuando á mí me gustaban más los suyos, sin perjuicio de intercambiarlos cuando ya me gustaban menos; dejar á lo mejor el juego comenzado para empezar otro, porque á mí se me antojaba; desvestirse una moña y tener el trabajo de volver á vestirla, porque yo me empeñaba en saber lo que tenía dentro, eran cosas que hacía mi prima con harta frecuencia sin manifestar el menor disgusto.

No era esto en ella docilidad natural ni blandura de carácter, sino reflexión y talento, advertencia clara de que yo, como más niño, era menos capaz de atender á razones. Pero, de todos modos, yo la agradecía aquella amabilidad y se la pagaba con un cariño entrañable, que siempre fué creciendo.

La quería mucho. Todo lo bueno lo codiciaba yo para Rosa, y sentía en el alma, como si fueran mías, sus contrariedades y mortificaciones. En cuanto su madre la reprendía delante de mí con algo de severidad, porque se la olvidaba hacer un menguado en la media, ó porque dejaba caer muchas veces el uso, ya se me estaban á mí saltando las lágrimas.

Cuando, algo mayores, jugábamos en las eras con los otros rapaces al *gaviluche*, ó á *cocer ma-dejas*, ó á *Mariquita-baila*, ó á *las cuatro esquinas*, ó al *picalbo*, ó á *cierras*, me entristecía que perdiera Rosa, y no podía sufrir que la durara un oficio penoso ó desairado. Si jugando á *las cuatro esquinas* la tocaba estar en el medio y no cogía sitio á las dos ó tres primeras mudanzas, abandonaba yo el mío, tratando de mudarme fuera de sazón, para que le ocupara ella y no fuera objeto de la risa del corro. Si jugando á *cierras* la tocaba vendarse, por no verla andar á tientas y llevar palmadas en las espaldas, me ponía delante de ella como al descuido, pero en realidad adrede, para dejarme coger y ocupar su puesto.

Algunas veces lo conocían los otros, y me decían.

—Te cogió porque tú quisiste.

—¡Sí, porque yo quise! ¡Buena verdad!—contestaba yo disculpándome como podía.—Me cogió porque me descuidé, y cuando quise escapar ya estaba preso.

Me acuerdo que una vez, jugando al *picalbo* y siendo Rosa la encargada de defenderle, detuve maliciosamente en el terreno coto á una rapazona de las mayores para que Rosa la pudiera cepar, con lo cual aquella grandullona se enojó y no quiso seguir jugando.

—¡No vale, no vale!—decía muy irritada;—que me cepó porque me detuvo Juan, que si no no me cepaba... y no quiero jugar para eso...

—Anda, niña, anda, coge el cepo; ¡qué más te dá? la decían las otras.—No no quiero, hijas, no quiero, ni me da la gana.—contestaba ella;—para andar en trampas no quiero... Porque Juan y Rosa se ayudan... Como son novios...

Rosa se puso al oír esto muy encarnada, y yo me debí de poner mucho más, porque me acuerdo que me entró un calor por las orejas...

Un año, cuando ya tenía yo nueve, el último domingo de abril, me dijo Silvano al salir de misa:

—¿Quieres venir á nidos al soto?

—No sé si me dejará mi madre—le contesté.

—No se lo digas... De camino cogemos violetas...

—¡Sí, hombre; decir, si se lo tengo que decir. ¿No ves que si no después lo tengo que confesar?

—Bueno, pues díselo, corre.

Pedí licencia, y afortunadamente la obtuve bastante amplia, sin más cortapisas que la de volver á tiempo á comer y la de no arrimarme á la orilla del río, que venía crecido, porque se estaba deshaciendo la nieve en los puertos.

Echamos á andar á la cañada abajo, y no habríamos andado trescientos pasos, cuando nos alcanzaron otros dos rapaces, Simón y Faustino. Por señas, que este último llevaba unos zapatos nuevos, y corría, levantando mucho los pies, para enseñarnos.

—¿Váis á nidos?—nos preguntaron.

—¡Sí—les contestó mi compañero.

—Pues nosotros también.

—¿Sabéis ya alguno?

—No; no hemos venido ningún día hasta ahora. Antes de llegar al soto, nos detuvimos efectivamente á coger violetas bajo los espinos de la cerradura de las *Entimas*. Al principio no me atrevía yo á meterme por entre la sebe, porque tenía miedo á las culebras; pero luego, al ver cómo se metían los otros sin cuidado alguno, y eso que Silvano y Simón iban descalzados de pie y pierna, me fui determinando, y cogí violetas como ellos, hasta reunir una buena manada, que até con una moneda de salguera gatufia, en ánimo de regalárselas á mi prima.

—Estas se las podemos llevar al señor boticario—dijo Simón—que las compra para hacer co-cimientos.

—Yo no—dijo Faustino;—yo las más se las llevo á mi madre, que las echa al sol, y después que se desmuestean, las guarda en un bote de hojالاتا.

Yo callé; más para mis adentros reiteré el propósito de dárselas á Rosa.

Entramos en el soto, y Silvano, que era el mayor y el más inteligente en buscar nidos, iba dando varadas en las salgueras y en los andrinales, encargándonos al mismo tiempo:

—Si véis salir alguna pájara según yo vareo, avisadme; porque entonces es cuando hay que mirar bien, á ver si encontramos el nido.

Corrimos por caminos y veredas, cruzamos espinadales y broscuales, todo inútilmente, y llegamos á una campera grande que se llama el *Arca del Soto*. El que más y el que menos, des-

confiaba ya del éxito de la jornada. Yo me acerqué á una marnia á cortar unos ramos de nabiello florido, con sus hermosas flores azules, cuando oí una voz que me decía:

—No cojas esas flores, rapacín, que tienen veneno.

Volví la cabeza hacia donde había sonado la voz, y ví á una mujer forastera que estaba sentada á la sombra de un majuelar mondando mimbres para hacer cestos.

—¡Qué han de tener veneno!—la dije yo.

—¡Sí, hijo, sí—insistió la mujer;—es muy venenoso ese hierbato... No has oído decir: "tú que coges el berro, guárdate del nabiello"?... Pues eso es nabiello (1), y si andas con las flores y las estrujas y después llevas los dedos á la boca, te mueres. Con que así...

Yo me quedé parado, agradeciendo interiormente la advertencia de la pobre mujer, mientras que el mayor de mis compañeros, encarándose con ella, la dijo:

—¿Y para qué viene usted por mimbres al nuestro soto?

—¡Ay, hijo! Porque me hacen falta, y á vosotros para nada os sirven—dijo ella.

—Ahora, lo que habíamos de hacer—continuó Silvano—era quitárselas mondadas y todo, y, además, llevarla la prenda.

—Anda, que bien te ha de gustar después tener un buen cesto para coger arándanos y luego bellotas...

—También se lo cobrará usted á mi madre bien caro.

—Eso sí, hijo, sí; todo lo que pueda...

—¡Chachos, chachos!—gritó muy apurado Simón, que no había tomado parte en el expellique con la cestera.—Venid acá, que de entre este *barrosinal* salió ahora mismo una pajarina de *siete colores*.

Todos acudimos á la voz de Simón, poniéndonos á registrar con cuidado, no solamente el espino que él señalaba, sino también las salgueras y cerezuelas próximas, y á los dos minutos exclamé yo, más alborozado que el que dió el grito de ¡tierra! desde la carabela *Pinta*:—¡*Miradle*!—señalando con el dedo hacia donde acababa de ver el nido.

En seguida fui á echarle el guante; pero me detuve, porque dijo Silvano, que si le tocábamos le aborrecía la pájara, y nos hubimos de contentar con ir asomando unos tras de otros la cabeza por entre las ramas para ver lo que contenía, no sin sacar en las orejas algún rasguño.

El nido tenía cuatro huecos.

Para calcular lo que tardaría en poner pájaros, era necesario saber si la pájara estaba ya ampolando ó estaba poniendo todavía.

—Vamos á escondernos y acecharla—dijo Silvano;—porque si está ampolando, vuelve al instante.

Nos escondimos, efectivamente, y, al poco rato, vimos á la pájara que, dando saltitos y vuelos cortos, como para cerciorarse de si había desaparecido el peligro, acabó por meterse en el nido confiada y tranquila.

—Está ampolando—dijo Silvano con tono de gran seguridad;—puede ser que de hoy en ocho días tenga ya pájaros.

Con tan dulce y halagüeña esperanza emprendimos la vuelta. Llegamos á la villa antes de mediodía, y después de comprometernos formalmente y obligarnos poco menos que con juramento á no decir á nadie lo del nido, no fuera que algún otro rapaz llegara á saberlo y nos le cogiera, nos despedimos para irnos cada uno á nuestra casa.

Yo, sin embargo, no fui á la mía, sino á la de Rosa, á llevarla el ramo de violetas, y á decirla al oído, encargándole mucho, eso sí, que no se lo dijera á nadie, cómo habíamos visto en el soto un nido de *siete colores* con cuatro huevines.

Rosa preguntó en seguida á su madre cómo eran los pájaros de *siete colores*, y ella la dijo que eran unos pájaros muy bonitos, que cantaban muy bien, y que en otras partes les llamaban *jilgueros*.

La volví yo á hablar al oído diciéndola que así era la pájara que habíamos visto salir del nido y volver á entrar, muy hermosa, y que cuando el nido tuviera pájaros se los traería para ella.

Preguntó Rosa entonces á su madre, cuántos días tardaban en salir los pájaros de los huecos, y no recuerdo lo que la dije; pero sí recuerdo que á pesar de la reserva que yo quería guardar, y á pesar del cuidado que tuve de dar á Rosa la noticia en voz baja, con la falta de disimulo de ella al hacer las preguntas, todos se enteraron de que yo había visto un nido de *jilgueros* en el soto.

Aquella semana se me hizo un año. El lunes y el martes, y todos los demás días hasta el sábado inclusive, mis compañeros de descubrimiento y yo cruzábamos en la escuela á cada instante miradas de inteligencia que querían decir: "¡Aquel bien nuestro es! (refiriéndonos al nido). ¡Y lo ajenos

que están de ello estos infelices! (pensando en los otros muchachos)."

Tan pronto como salimos de misa el domingo, y Dios nos perdone el haber estado en ella con poca devoción, echamos á andar los cuatro asociados para el soto.

En el camino se nos quisieron agregar otros dos rapaces, y ¡qué apuros para ver de deshacerlos de ellos! Viendo que no daba resultado ninguna de las estratagemas que sucesivamente se nos ocurrían para justificar nuestra separación, tuvimos que decir que ya no íbamos al soto, que nos volvíamos para casa, porque Faustino tenía que llevar la comida á sus hermanos que estaban guardando la ventera de los corderos, y le estaría ya esperando su madre, y Simón se acordaba en aquel momento de que su padre le había mandado volver desde misa derecho á casa...; en fin, que todos cuatro teníamos que volvernos y empezamos á deshacer las pisadas con verdadera angustia.

¿Renunciábamos á enterarnos del estado del nido, á averiguar si tenía ya pájaros ó no, después de haber estado esperando al domingo con tanto afán toda la semana?... Esto era atroz...; pero era preferible á lo otro, á que los dos advenedizos vieran el nido y quisieran tener parte en él, si es que no decidían quitárnosle á traición, lo cual era peor todavía... No había más remedio que volvernos.

Los dos recién llegados, cuando nos vieron poner en práctica nuestra rara y misteriosa resolución, nos dejaron y se fueron hacia el soto. Viéndoles desaparecer entre las primeras salgueras, dijo Simón que ya no había motivo para dejar de ir á ver el nido, que lo que habíamos de hacer era entrar en el soto por la orilla de los prados, y luego, por un sendero muy escondido que sabía él, podíamos llegar al nido sin encontrarnos con los otros.

Aprobado por unanimidad el proyecto, le pusimos en práctica y le llevamos á cabo con felicidad completa. Al llegar, oímos débiles chillidos de pájaros pequeños.

—¿No os lo dije yo el otro día?—exclamó Silvano con aire de triunfo.—Ya han salido los pájaros y chillan porque se habrá marchado su madre al sentitirnos.

Nos acercamos como el primer día á ver el nido, y vimos que tenía cuatro pájaros en carnes. Después nos escondimos á ver si volvía la pájara, que en efecto volvió al poco rato, trayéndonos un gusano en el pico y una moruca entre las uñas. Cuando la sintieron comenzaron á chillar, no ya como antes, sino desaforadamente, sacando las cabezas por cima del nido y abriendo unas bocas descomunales para que la madre les dejara caer en ellas el cebo.

—¿Los podremos coger el domingo que viene?—pregunté yo.

—No, todavía no—me contestó Silvano;—de hoy en ocho días todavía estarán en cañones: al otro domingo de más allá será cuando estarán del todo emplumecidos.

Pasaron las dos semanas, porque todo pasa en el mundo. Simón y yo hicimos con mucha reserva otra visita al nido el domingo intermedio, y vimos que los pájaros estaban ya á medio emplumecer, entrándonos un poco de temor de que volaran antes del domingo siguiente; pero Silvano, á quien manifestamos este temor al darle noticia de la visita, nos tranquilizó diciéndonos que no volaban tan pronto, y que no tuviéramos cuidado.

Mas también los inteligentes se equivocan.

Lo digo porque, cuando llegamos el tercer domingo de mayo al Arca del Soto, los pájaros no habían volado todavía, es verdad, pero estaban en disposición de volar, y volaron en cuanto Faustino, que iba el delantero, echó mano al nido para sacarle de entre las ramas.

No pudieron sostener el vuelo, y pronto se dejaron caer: les faltaban ensayos y fuerzas; mas para el caso era lo mismo, porque se escondieron entre los espinos, y ¡quién los viera, ni quién los sacaba?...

Por fortuna, mientras lamentábamos consternados el triste suceso, llegó la pajarita, y alarmada al encontrarse sin nido, comenzó á dar gritos de dolor y á piar reclamando á sus hijuelos. Conociéronlos ellos la voz de su madre y empezaron á salir de sus escondites; pero salían de uno para meterse en otro, y sin dejarse ver apenas, se iban corriendo hacia donde ella, alejándose de nosotros, los llamaba. Al fin uno, al salir de entre una escoba, se quedó parado un momento en la campera como haciendo oído, y Silvano con gran agilidad logró ponerle la gorra encima.

—Este ya no se va—dijo muy contento cuando, habiéndolo metido con cuidado los dedos por debajo de la gorra, le hubo cogido por una pata.

Pero, en cambio, los otros tres no los volvimos á ver más. Creíamos tener un pájaro cada uno, y no teníamos más que uno entre los cuatro.

¿Para quién iba á ser?

Había que echar suertes.

(1) Acónito: *aconitum napellus*.

Simón arrancó una paja é hizo de ella cuatro porciones desiguales; se volvió de espalda para que no le vieramos hacer la maniobra, y luego nos presentó una mano cerrada dejando asomar por entre los dedos pulgar é índice las cuatro pajitas, y nos dijo:

—El que saque la larga le lleva.

Cada uno de los tres fuimos tirando sucesivamente una paja, dejando la cuarta para él, y luego . . . ¡qué emoción al ir á medirlas! . . .

Resultó la más larga la de Silvano, quien al verlo, y como quiera que ya antes de las suertes se creía con más derecho al pájaro por ser el que le había cogido, dijo muy orgulloso:

—La ley de Dios no quiere trampas.

Yo me puse triste, pensando que había ofrecido los pájaros á Rosa, y no la llevaba ni uno siquiera.

—¡Qué guapo es!—dijo al despedirnos, atusando la cabeza al jilguero, tras del cual se me iban los ojos.

—¿Tienes mucha gana de él?—me dijo Silvano conociéndolo.

—Mucha—le contesté sin el menor disimulo.

—Pues tómale: otra cosa me darás tú á mí.

Llegué á casa loco de contento.

Mis hermanas mayores empezaron á hacer fiestas al pájaro, cosa que no me agradaba del todo, pues temía que si las gustaba á ellas iba á encontrar dificultad para dárselo á mi prima.

Al cabo, con mucha timidez, insinué mi deseo de regalar el jilguero á Rosa, y nadie se opuso.

Recordaba haber visto colgada en el desván una jaula de mimbres que había sido habitada en el anterior verano por un tordo. Tenía la forma de una casita rústica. Las mimbres de las paredes eran blancas, y las del techo negras. Adornábanla unos salientes, á manera de balcones, utilizables para proveer al morador de comida y bebida, los cuales, así como la puerta y las simuladas ventanas, eran de mimbres encarnadas y verdes.

La descolgué y metí el jilguero en ella.

—Se te va á escapar—me dijo mi hermana mayor;—como es tan diminuto, se va á salir por entre dos mimbres . . . ó por la puerta si se la abres y no andas listo para cerrarla . . . Yo te asegurarlo, déjame.

Y diciendo esto, sacó de su almohadilla de costura una gorgota de seda azul é hizo en un instante una primorosa cadenilla, que ató por un extremo á una pata del pájaro y por otro á una mimbres de la jaula, añadiendo:

—¿Ves? . . . Ahora aunque se llegue á salir ya no se escapa. Llévasele á Rosina, llévasele.

Y me puse en camino con la jaula y el pájaro.

—¡Ay, qué monín!—dijo Rosa en cuanto le vió; y comenzó á acariciarle.

—¿Comerá—preguntó enseguida.

—¡Pues claro! la respondí yo, muy satisfecho de que el regalo la hiciera gracia.—¡Si vieras cómo abría la boca el otro día para que la pájara le diera el cebo!

Rosa trató de darle enseguida un poco de bizcocho mojado en agua; pero el pajarito estaba asustado ó malhumorado; el caso es que no quiso abrir el pico, ni aun abriéndosele ella quiso engullir la sabrosa pasta, sino que retirándose hacia un rincón de la jaula, encogió el cuello y cerró los ojos.

—¡Pobrecín!—dijo Rosa muy compadecida.—Parece que va á hacer testamento . . .

Quedóse pensativa mirando al pájaro, y un instante después, le abrió con resolución la puerta de la jaula y le espantó para que saliera.

El jilguero quiso volar pero quedó colgado.

Entonces Rosa echó mano rápidamente á unas tijerillas de costura que llevaba en el bolso del delantal y le cortó la cadena de seda, con lo cual pudo volar el pájaro y fué á posarse en uno de los manzanales del huerto.

—¡Tonta!—la dije yo con extraño acento, mezcla de ira, de cariño y de dolor.—¿Para qué le soltaste?

—Pero, hombre ¿no me le habías traído para mí?

—¡Yo lo creo! ¡Y bien que me espiné por cogerle!—añadió llorando—y bien de paseos que di al soto!

—Bueno, pues si me le trajiste para mí, yo más quiero dejarle en libertad que tenerle en la jaula. Con que siendo mío y estando yo contenta, ¿por qué lloras?

El argumento no tenía vuelta, pero á mi no me satisfizo del todo, y seguí llorando, mientras el jilguero, que continuaba posado en el manzano, comenzó á escogollarse y á piar con dulzura.

—¿Le oyes, como pía?—me dijo Rosa.—Estará llamando á su madre . . . ¡Es tan hermoso y tan dulce soltar al que está prisionero, y dar libertad al que está cautivo! . . . ¿No te alegraste tú

bien aquel día que te encerró tu padre en el cuarto oscuro porque tiraste una piedra á la hija del Cojo y la hiciste un chichón en la frente, no te alegraste bien cuando tu madre, porque yo no la dejaba en paz, te abrió la puerta?

—¡Anda! . . . ¿Y quieres comparar á un pajarín con una persona?—la dije yo sin dejar de llorar, pero recalcando mucho lo de la persona, entre dos sollozos.

—No le comparo—repuso mi prima—pero hasta los pájaros sienten estar presos. ¿No le conocías á éste lo triste que estaba en la jaula? . . . Y si fuera una persona me alegraría mucho más de darle libertad si en mí estaba el dársela . . . Mira; este invierno la leí una noche á mamá la vida de San Pedro Nolasco, que no hacía otra cosa más que redimir cautivos en tierra de moros, y fundó una religión sólo para eso; y una vez había redimido ya muchos, pero le faltaba uno y no tenía más dinero, y por no dejar allá solo á aquel pobre cautivo, le soltó las cadenas, se las puso á sí mismo el santo, y se quedó por él en la mazmorra. ¿No te gusta mucho? . . . ¡Ah! Lo que es yo, te digo que me da una envidia . . . No sé lo que haría por redimir á un cautivo . . . Si hubiera también un convento de mujeres para ir á redimir cautivos, me metía á monja en aquel convento.

Han pasado quince años, y se está repitiendo la misma escena, salvo el desenlace.

La jaula de ahora es de la misma forma que la de entonces, sólo que es más grande: es la casa de mi prima.

El prisionero, ¡ay de mí!, el prisionero de hoy es también bastante mayor que aquel pajarillo, pero igualmente cándido.

Quien ha variado por completo es la carcelera, y eso que es personalmente la misma . . .

La misma, sí; aquella misma Rosa . . . ¡para que uno se fie! . . . Aquella misma Rosa que en otro tiempo, enternecida y movida de compasión, ponía en libertad al pájaro, es la que hoy tiene preso al hombre.

Aquella misma Rosa á quien parecía tan dulce y tan hermoso dar libertad á los encarcelados, la que se entusiasmaba hasta lo sublime con la idea de poder redimir un cautivo, tiene hoy esa facultad en su mano y no quiere ejercer de redentora.

Al contrario: se goza en mi cautividad y me tiene años y años esperando un *sí* que todos los días parece que va á pronunciar y que no acaba de pronunciar nunca.

¿Qué es voluntario el cautiverio? . . . No, no es voluntario.

Todos los días salgo de casa de mi prima resuelto á no volver; pero siempre tengo que volver al día siguiente.

Porque Rosa me deja abierta, como al pájaro, la puerta de la jaula; pero no me corta la cadena.

ANTONIO DE VALBUENA.

FACES DE LA VIDA HUMANA

NACIMIENTO, INFANCIA, ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

[Escrito expresamente para EL COJO ILUSTRADO]

I

Viene el hombre, producto misterioso del amor, á visitar el mundo de sus padres, y al hacer su entrada en este valle de lágrimas exhala un grito de dolor y moja con su llanto el lecho que le está reservado; signo inequívoco de la peregrinación dolorosa que tiene que hacer.

El alma así naciente y la vida bamboleanse encuentran al salir de la cárcel en que estaban, el calor y cuido maternal, que reviviendo al recién nacido asegura la existencia. ¡Sublime misión la de la madre! De sus entrañas también destila el licor que alimenta, fortifica y hace desarrollarse el compendio de dos almas que se han asimilado! Qué de cuidados, desvelos, sacrificios y atenciones necesita prestarle á este representante de dos corazones! Y sin embargo nada omite: su vida no le pertenece, la ha entregado voluntariamente al fruto de su amor, que crece y se desarrolla bajo sus propios ojos. Con cuánta ansiedad no espera el primer paso de su hijo y cuando lo dá qué alegría tan grande inunda su corazón! Ya lo contempla correr por el valle de la vida, llevando pintada la inocencia en el semblante, la alegría en sus labios ó la tristeza en sus ojos: á todo atiende; si ríe le acompaña en su risa, le celebra sus gracias, sus travesuras las aplaude ó las corrige, si llora enjuga su llanto y sufre con él.

La infancia es la edad más bella de la vida: los niños son los eslabones que unen á los ángeles con el hombre. Por eso todos los corazones los contemplamos con arrobamiento y nos encantan sus gracias angelicales; puesto que la aspiración constante del hombre es la de acercarse á su Criador.

Desde la más remota antigüedad se ha considerado al hombre como un viajero que rinde una jornada más ó menos larga y más ó menos angustiosa: adoptando esta idea vamos á seguirle en su peregrinación por el mundo.

En la infancia él recorre un valle misterioso donde todo le llama la atención; porque todo es nuevo para él: valle pintoresco, de risueños horizontes, iluminado por los esplendores rayos del astro rey, esmaltado de flores y con bellas mariposas; y el niño lleno de vida y sin pensar en ella, juega, se divierte, no mide el tiempo, ni se preocupa por nada, es, en una palabra, verdaderamente feliz. Cómo no! Si guarda la inocencia en su corazón!

Si algún peligro le rodea ó le amenaza la voz cariñosa de la que le llevó en su seno se lo advierte, y la mano tan rápida como la advertencia lo salva de él. Así corren los bellos días de la infancia; más con el tiempo tiene que abandonar el valle de la inocencia y principia á ascender una montaña que simboliza la vida y que llamaremos la montaña de la vida.

La madre como centinela siempre vigilante ve y acompaña á su hijo en esta ascensión: la cuesta no presenta grandes escabrosidades y los abrojos y las espinas que se hallan en el camino solo lastiman, mortifican é hincan á la conductora.

Y los días pasan, y á un año sucede otro y la robustez é incremento del cuerpo va desarrollando más y más la imaginación: al ciego instinto le va sustituyendo la comprensión, y las palabras principian á articularse y el nuevo sér tiene ya voz para llamar á sus progenitores. Cuánta alegría para éstos, que desde entonces redoblan más y más sus cuidados y comienzan á concebir esperanzas y á forjarse bellas ilusiones respecto del porvenir! ¡Con cuánto cuidado no van imprimiendo en el corazón de su sustituto los preceptos cardinales, que más tarde decidirán de la suerte de éste!

Si estos consejos y principios se sacan de las fuentes puras de la religión y la moral, la felicidad futura de los hijos estará asegurada.

A esta educación doméstica debe seguir la escolar. Los nuevos Mentores, á quienes se les confíe esta educación deben ser rectos, puros y virtuosos para que el educando sea apoyo de sus padres, útil á la sociedad y á su patria.

Ya para entonces el entendimiento del niño está más despejado y habiendo escalado la pendiente que lo separa del valle de la inocencia entra á una llanura destinada á la adolescencia. En ella es iluminada la imaginación por los rayos divinos de la razón: los pensamientos por consiguiente tienen mayor lucidez y los dos sexos principian á discriminarse física y moralmente. La niña se perfecciona en sus formas, su palabra se hace más dulce, su aire es más gentil y el rubor tiñe con frecuencia sus mejillas, y se hace más atenta, curiosa y reflexiva.

El niño cambia de voz, que se hace más varonil, pierde la timidez infantil y con ella la inocencia, es más atrevido, más decidido y tiene una energía moral más grande.

En esta llanura en que los acompañan los padres permanecen algún tiempo; edad indefinida en que el niño y la niña, ni es hombre ni es mujer. Son séres que están metamorfoseándose, y que con el tiempo van á diferenciarse en todo. Mas este período de transición pasa, y se sigue ascendiendo en el camino de la vida: algunos obstáculos y contrariedades se encuentran en él; pero sus guardianes se lo avisan y apartan los abrojos con los cuales pueden tropezar, luchando, pues, con las dificultades que se hallan, llegan á la planicie destinada á la juventud.—Entonces.—“Todo en la naturaleza sonríe al joven que aparece sobre la tierra: embriagado de su existencia concibe apenas que los hombres pueden afligirse y morir.” (Segur.) Y es el tiempo también en que las pasiones empiezan á ejercer su imperio borrascoso; entonces es cuando los deseos reinan sin oposición sobre el alma; nada le mueve flojamente como en la infancia, todo lo sacude violentamente.

La juventud sólo vive de ímpetus y de delirios. (Lacepedes).

Llena la cabeza de ilusiones, de esperanzas el corazón, tiene á veces deliquios inefables que le hacen la vida deliciosa, el mundo es para ella un paraíso. Donde quiera halla el placer. Es la edad de los sueños de color de rosas y cuando se fabrican los castillos en el aire; en nada se encuentra dificultad, en todo se cree, abundan las ideas generosas, la vida se expone sin meditar, la abnegación y todos los sentimientos que elevan ó deprimen al hombre son propios de esta edad: el talento se da á conocer en sus magníficas y sorprendentes concepciones, el corazón difaniza sus inclinaciones y el amor idealizado puede conducir al sacrificio ó al crimen.

¡Cuántos escollos, dificultades y peligros se le presentan á nuestro viajero en esta travesía! Y ¡qué caudal de consejos, instrucciones, preceptos, advertencias y reconvenientes necesita para que siga trillando felizmente el sendero de la vida!

Mas sus progenitores aun velan por sus días, y si estos mueren por desgracia, sus maestros, sus relacionados ó amigos llenan el vacío; porque la juventud es simpática y todo el mundo se interesa por su suerte, y casi siempre se le aconseja un recto proceder, aunque el que lo haga se halla extraviado.

En la juventud manda el corazón: así es que es la edad de la poesía y del amor. Por eso el joven busca á quien amar. No creyéndose completo, desea una compañera con quien compartir sus horas de alegrías y de tristezas. Las más de las veces el alma encuentra la compañera á quien dedica el resto de sus días y con la cual sigue en su peregrinación. ¡Con cuánto fuego se ama en esta edad! Y ¡como asimila las almas el poder misterioso del amor!

Es la época en que se encuentran las más de las veces las medias naranjas que ruedan por el mundo y que concluyen por formar un todo en que se cifra la felicidad.

Los autores de los días de nuestro viajero gozan al ver su prole en brazos de su felicidad soñada y realizada y lo consideran como un ramo desprendido, que á su vez va á darle sombra á otros seres que les sucederán. Cumpliendo, pues, los padres su misión, tratan de instruir á sus hijos en los secretos y en todas las peripecias que se encuentran en el camino de la vida.

El tiempo corre y nuestro viador marcha por la árida y escabrosa cuesta que conduce á la llanura destinada á la edad madura.

Aquí hace posa, y con él nosotros para continuar después.

Octubre 6 de 1894.

MANUEL A. DIEZ.

PBRO. DR. MANUEL GAMEZ

En prensa ya el presente número de EL COJO ILUSTRADO, se nos anuncia por teléfono del vecino puerto de La Guaira, el fallecimiento de Monseñor Gámez. Sensible pérdida para la sociedad y para la Iglesia! Díez y nueve años sirvió el curato de La Guaira, consagrados constantemente á la práctica del bien en aquella laboriosa población que le ama por sus bellísimas prendas de carácter y por los beneficios que allí derramó á manos llenas.

En el número 42 de esta Revista tuvimos la honra de dar su retrato, acompañado de apuntes biográficos escritos por el señor Eduardo M. Díaz.

Al registrar hoy tan notable pérdida, damos el más sentido pésame á Su Señoría Ilustrísima, el Jefe de la Iglesia en Venezuela, á la familia del finado y á la sociedad guaireña.

NUESTROS GRABADOS

Dr. Francisco J. Yanes

Nos referimos á la página 399 del presente número. Allí se encuentra el retrato de este ilustrado ciudadano y los datos históricos correspondientes.

José María Martel

La vida del señor Martel es laboriosa y simpática porque la emplea tenazmente en el trabajo, en la investigación y en la enseñanza. Es uno de nuestros hombres más modestos, y quizás por serlo en extremo, es de los sabios que pasan desapercibidos entre los suyos, contentos de la esfera de acción á que se reducen.

Catedrático de Teneduría de Libros en los Colegios "Santa María" y "Aveledo," es autor de un buen tratado sobre esa materia. Colaborador científico en muchos periódicos, ha llevado á ellos el resultado de su experiencia personal y el de la agena aprendizaje en las mejores obras. Corresponsal en Venezuela de eminentes hombres de ciencia, sus trabajos han merecido singular atención y la publicidad en revistas bien reputadas. Es probable que se le conozca más en Europa que en su país, pero de ello no es culpable, como lo hemos dejado entrever, sino su excesiva modestia.

Tiene numerosas notas recogidas para estudios de aliento, y una obra concluida, de mucha meditación é interés, sobre geología, á la que ha consagrado incesante cariño y desvelos.

Los hermanos Marcano

Al honrar EL COJO ILUSTRADO sus columnas con los retratos de los Doctores Gaspar y Vicente Marcano, cree tributar un homenaje de sincera admiración al mérito relevante de los esfuerzos con que han contribuido á ilustrar el nombre venezolano en el extranjero, y al ejemplar afecto fraternal que hace inseparable esos dos nombres.

Educados en París, donde accidentes de fortuna les sometieron á rudas pruebas, pudieron salir triunfantes, por su asidua labor y su entusiasmo por el apostolado de la ciencia.

Más afortunado y más desgraciado á la vez, el Dr. Gaspar Marcano ha sido el sentido apologeta de VICENTE, reclamado por la tumba cuando comenzaba á vislumbrar la realización de sus anhelos. Más afortunado decimos, porque ha podido comprobar la general estimación en que era tenido aquel infatigable propagandista; más desgraciado, porque la muerte del hermano hería no sólo al confidente cariñoso, sino al más autorizado testigo de sus luchas, de sus íntimos desfallecimientos dolorosos, de su valerosa constancia interrumpida en el punto propicio á la victoria.

Si la memoria de Vicente Marcano será imperecedera en Venezuela, luego de conocida la biografía que ha publicado el Dr. Gaspar Marcano, el recuerdo de uno no se separará de la mención del otro. Son dos vidas que corrieron paralelas y que por notable fenómeno de adhesión inquebrantable pueden convertir en una sola la aptitud del común merecimiento á la recordación y al aplauso.

En uno de los próximos números de esta Revista daremos otros apuntes muy importantes respecto á la carrera científica del Dr. Gaspar Marcano; los datos no nos han llegado en tiempo oportuno para ser incorporados á los que hoy publicamos.

Dr. Guillermo Morales

No olvidará en muchísimos años la culta sociedad de Caracas, aquella imponente manifestación de todas sus clases, con motivo de la muerte del Dr. Guillermo Morales. Se honraba en él, puede decirse, á la juventud venezolana ilustrada y patriota, á la que no descansaba el amor á los ideales hermosos, á la que solicita por todos los medios de la inteligencia y del saber, la salud de la patria y su mayor gloria y progreso.

Médico de nota, de vasta erudición y mucha clientela; catedrático universitario de fácil palabra, de múltiples recursos para hacer amable el estudio, con ello sólo habría sobrado para que fuera muy lamentada su muerte. Pero adquirió otros méritos. Pensó con seriedad en la política; creyó en la probabilidad de los partidos, y se afilió de honroso voluntario en el núcleo de los batalladores por fundarlos, por fundar uno nuevo cuyo programa contenía todas las generosas tendencias de la época.

Misericordiosa la muerte, cerró sus ojos al pronto desencanto. Pero la patria ha perdido mucho con su ausencia.

Dr. Diego Morales

En número anterior de esta revista, referimos por incidencia la buena reputación de que disfrutaba el señor Dr. Morales, como entendido en la profesión que ejerce. Hoy nos complace la publicación de su retrato.

Vistas de Lourdes

Desearán no pocas de las espirituales lectoras de este periódico, conocer, aunque sea por medio del grabado, algunos de los sitios renombrados de la privilegiada villa de Lourdes.

Desde las relaciones de Bernardita, y á virtud de las maravillosas curaciones realizadas, qué inmensa transformación en aquel suelo, qué magnificencia desplegada para reconocer el don del cielo!

Aun aquello que parecía llamado á contener el torrente de la creencia religiosa, se pone á su servicio para darle auge. La obra de Zola no dañará de ningún modo la importancia, cada día más creciente, concedida á Lourdes por el orbe católico.

Tomadas de buenas fotografías son las tres vistas que reproducimos: la Gruta milagrosa, la Basílica y la portada del Rosario.

Dr. Aristides Rojas en su gabinete de estudio

La familia del Dr. Rojas obsequió en días pasados á los numerosos amigos del ilustre muerto, con una bella copia del magnífico cuadro de Michelena, sacada en los Estados Unidos del Norte.

Dispensó el Dr. Rojas á esta Empresa tan señaladas muestras de afecto, con tal calor la alentó en sus comienzos y con tan exquisita hidalguía le prodigó aplausos por cada uno de sus adelantos, que es como una obligación para nosotros, reproducir la copia de ese cuadro que le representa en su templo, en el lugar donde vivía con la memoria de las generaciones ya pasadas y el homenaje de las que recibían con alborozo el fruto de sus prolongadas vigiliat.

La Mañana

(CUADRO DE GREUSE)

Por el patrón antiguo estaba cortado este pintor si le inspiraron los rasgos sonrientes de su cuadro las sensaciones del amanecer fuera del lecho. Lo natural hoy, con las costumbres de la vida social de luz eléctrica, es que se adivinen desde el cuarto, por las rendijas de las vidrieras mal cerradas, y muy abrigado hasta el cuello por temor á un constipado.

Será menos higiénico, pero lo usan muchísimas personas.

Piratas decapitados en el Tonkin

No es una obra de arte la que publicamos hoy de las 13 cabezas de piratas decapitados que figuran en el presente número; pero como es un asunto histórico y á todo debe atender la dirección de un periódico de la naturaleza del nuestro, el gusto estético de nuestros lectores habrá de disculparnos, pues se trata de la historia de la conquista del Tonkin.—El 19 de Junio último, durante una violenta tempestad, los piratas prisioneros empleados en los jardines de la prisión de Hanoi, asaltaron súbitamente el pabellón de fusiles armándose con ellos y emprendiendo camino en dirección de Sonlay, después de haber matado al centinela á bayonetazos y herido á dos milicianos.—Perseguidos por la milicia fueron al fin alcanzados y hechos prisioneros en la pagoda de Trien-Khuc.—Fue necesario hacer un sitio en toda forma á la pagoda. Varios de la milicia perecieron. Los 13 piratas fueron luego decapitados sin compasión y sus cabezas trasladadas á Hanoi para ejemplo.

Tipos indígenas de las riberas de Oubangui (El Congo)

No son tan malos tipos.

En un estudio frenológico pudiera diagnosticarse así: candidez sospechosa, resolución, instintos felinos.

Música

No estaba dada al olvido esta sección, sino que la aglomeración de importantes materias que requerían la ilustración inmediata, había imposibilitado de atenderla.

En este número damos dos inspiradas piezas: Una plegaria á la Reina de los Cielos, del señor José F. Carías, y el wals "Un Sueño," del compositor barcelonés M. E. Senior.

La primera fué cantada en el Hospital de Niños, con atenta dedicatoria al señor Juan E. Linares y su señora esposa.

Tipos populares de Caracas

"BOBITO"

La colección se vá nutriendo. Bartolo, Natividad, Landeeta, Niño andando, Cara de gallina, etc., todos conocidos, y cada cual con simpatías especiales entre los niños callejeros.

ACTUALIDADES

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

Hace media hora que estoy empeñado en dar comienzo á una obra superior á las fuerzas humanas. Me había propuesto, loco de mí, hacer lo que sólo Dios, por ser Dios, pudo hacer : crear de la nada.

Algo de cordura me debe de quedar, cuando he desistido de aquel propósito, el cual no era otro que encontrar entre lo ocurrido en Caracas en la primera semana de octubre, algo que me diese materia para llenar unas cuartillas, á vuela pluma, como de ordinario. Delante tengo la cartera de notas, mostrándome vírgenes las páginas destinadas á recibir, en algo así como signos taquigráficos, las observaciones hechas al vuelo, las ideas que tocan á la puerta del cerebro cuando no se las espera, porque no se paran en los pelillos de lugar y ocasión ; y todo aquello, en fin, de que debe aprovecharse el que tiene la obligación de conversar periódicamente con el público.

Virgenes también estaban las cuartillas hasta el momento en que, por haber desistido del intento, quise manifestarlo así, sabiendo por donde empezaba este artículo, é ignorando como habría de acabar.

Por fortuna para mí, á medida que ha ido corriendo la pluma, he experimentado cierto cosquilleo en la circunvolución cerebral correspondiente á la memoria ; y es que el recuerdo de algo que no pasó de gestación tiempo atrás, pugna ahora por salirse de sus casillas y venir á llenar el vacío de mi cartera de notas ; y como no ha podido el recuerdo dicho venir en mejor oportunidad, déjole salir á luz y aquí le tienen ustedes.

UN VIAJE EN TRANVÍA

No me ocurrió recientemente lo que voy á narrar ; no sé cuanto tiempo hace de ello, pero sí que por entonces estaba el servicio de tranvías muy distante de llenar su objeto. Algo han logrado, de entonces para acá, los laudables esfuerzos de las empresas : el servicio de tranvías ha mejorado, pero el público que lo dificulta, permanece el mismo.

Eran las diez de la mañana cuando subí al carro del tranvía Caracas en la estación de Candelaria, con el propósito de estar en la de Palo Grande á las once y treinta y cinco minutos, tomar allí el tren y trasladarme, ó más bien, dejarme trasladar á Antimano.

¿De qué se asombra usted, mi querido lector ? ¿De que destiné hora y media para lo que no requeriría sino veinte minutos ? Hombre, no sea usted asombradizo, que razón tuve para ello, como lo verá usted si sigue leyendo.

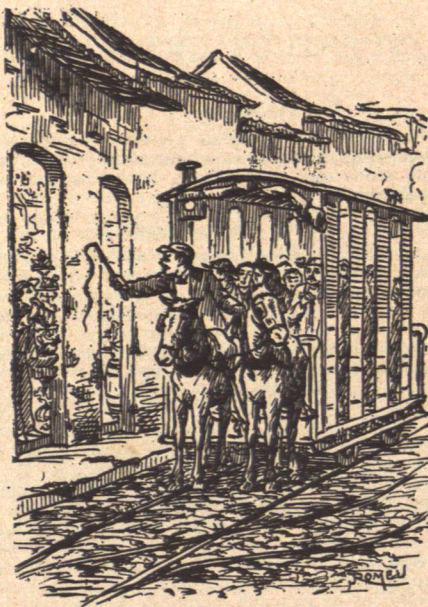
Subí, como he dicho, al carro, en el que ocupé el único puesto que hallé vacío, al lado de mi amigo Ramón, muchacho naturalote y bueno, pero de carácter impaciente.

Cinco minutos debíamos esperar para ponernos en camino ; el tiempo preciso para que el carro que bajaba llegase al próximo punto de encuentro, vulgo *desvío*.

No se nos hizo pesada la espera, divertidos como estábamos presenciando los adelantos del cochero en cierto trabajo de filigrana que de tiempo atrás tenía emprendido y que consistía en dirigir á cierta criada del contorno palabras de alimbar, miradas de cordero moribundo y suspiros con apoyatura, encaminado todo á ablandar la voluntad de la rebelde maritornes. Y tan entregado estaba el cochero á su conquista, que dejó correr los cinco minutos y otros cinco ; y sólo tuvo poder para arrancar al Romeo de fusta del lado de la Julieta de escoba, no el rumor del albóreo, sino la voz del impaciente Ramón prorrumpiendo en enérgicas protestas.

Lentamente y mirando hacia atrás tornó el amartelado mancebo al pescante, con lo que todos los pasajeros cambiamos de postura, dispuestos á la marcha.

¿Que si quieres ! No era posible partir sin el colector ; este, más positivista que su compañero, se ocupaba á la sazón en despachar media docena de empanadas en la esquina. Fué



el cochero á llamarle y al cabo de otros cinco minutos regresó acompañado del granuja que, henchidos los carrillos y relumbrosos los labios, subió de mal talante á la plataforma del vehículo.

—¡ Gracias á Dios ! exclamó Ramón, á tiempo que el cochero daba vueltas al manubrio del freno y estimulaba los jamelgos con el acostumbrado *yííííí, yííííí* !

Partió el carro á las diez y cuarto. El colector, deslizándose por uno de los estribos, se acercó para pasar los billetes á los pasajeros y recibir el dinero, lo que hizo empezando por nosotros.

Suscitose entre Ramón y yo la discusión de ley sobre á quién le tocaba pagar por los dos :

—A mí me toca.

—No, que es á mí.

—Tú no tienes menudo y yo sí.

—No importa, el colector cambia.

Venció Ramón al fin, poniendo los cincuenta céntimos en la mano del granuja, que se guardó el dinero y pasó sin darnos los billetes.

—Ea ! colector, no nos ha dado usted los.....

—Ah ! sí, dispense usted : aquí están.

Pero el muy tuno fingió en aquel momento que atendía á alguno que mandaba parar el carro ; y dejó caer los billetes antes que Ramón los tomase. Más tarde vimos que con mucho disimulo recogió los papelitos y guardólos cuidadosamente dentro del cuaderno talarario de donde los hubo desprendido.

Llegábamos con esto al desvío, donde suponíamos hallar el otro carro que debía de estar aguardando allí hacía más de un cuarto de hora. Pero ni estaba, ni se le alcanzaba á ver en todo lo largo de la calle.

Cerró el cochero el freno, arrolló el extremo de las riendas al manubrio ; y descendió sonriente de su puesto, para dirigirse á la puerta de la casa inmediata, donde reclamaba su presencia un segundo trabajito, bajo la forma de robusta criadora del Hatillo.

Dejóse oír á lo lejos el grito de un ambulante vendedor de golosinas ; y lo mismo fué escuchar el colector aquello de *y eeeeééé las hallaquitas de cambur !* que correr á darle destino á veinticinco de los cincuenta céntimos *economizados* en nuestros pasajes.

Eran las diez y treinta y cinco cuando, conducido por auriga isleño de triunfal talante, llegó el otro carro á todo correr de la pareja de arpas eólicas.

Descendió la flor y espejo de los cocheros de Canarias del carro que bajaba, para *echar un párrafo* con su colega del carro que subía. De esto resultó que ni el un carro bajó ni el otro subió ; que ambos se estuvieron quedos, hasta que, dirimida cierta controversia entre colectores y cocheros, sobre asuntos del servicio, hubo cambios de pareja y de lugar, como en el rigodón ; y vino el apuesto paisano de Pérez Galdós á ocupar el pescante de nues-

tro carro, cuando ya á Ramón se le había subido el hígado al gazañate.

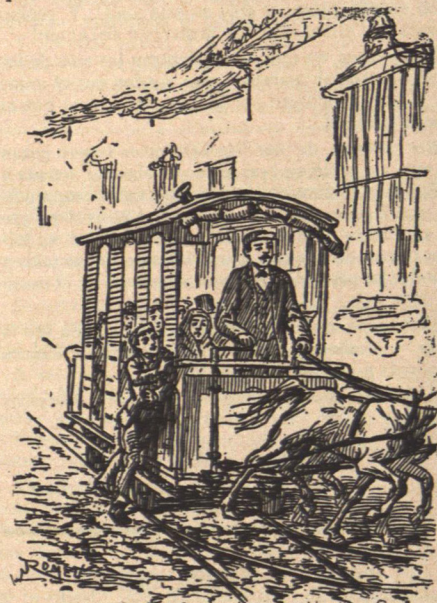
El hercúleo brazo del canario sacudió la fusta, cuyo chasquido resonó junto con la campana del reloj de Catedral que dió los tres cuartos con cuatro notas musicales combinadas de tres diversos modos.

Arrancaron á correr los esqueletos con verdadero galope de caballo, para efectuar á los diez pasos parada legítima de burro, á la sorda voz del colector que dió la orden de parar, con peligro de que se le atragantase un enorme bocado de *teguiche*.

Iba á tomar el coche un cojo que hizo señas á distancia de una cuadra y se acercaba con una velocidad de diez pasos de mula por minuto.

Subió el cojo, partió el carro, anduvo otros diez pasos y—¡ pára !—exclamó el colector con la boca llena. Iba á subir una señorona como un dromedario que le dió tres vueltas al carro antes de elegir el escaño donde habría de sentarse. Al cabo resolvióse á hacerlo al lado de Ramón, quien desapareció detrás de las formas invasoras y almidonados miriflaques de la imponente jamona.

Nuevo estridente chasquido de la fusta galvaniza á la pareja de cadáveres que, después de prolongado resbalar de los cascos en el empedrado, logra arrastrar el vehículo hasta el segundo desvío, no sin que al tiempo de llegar hubiese bajado el colector y empujado el carro de un lado, con mano, cabeza y hombro, para que cambiase de vía.



Por supuesto que el otro carro no estaba allí y era forzoso aguardar á que llegase, lo que dió tiempo á que cierto pasajero descendiese del coche y comprase en la fruitería vecina dos *aguacates*, después de largo regateo del precio ; á que el colector se proveyese de cambures y lairenes para el resto del camino ; á que Ramón comprase *El Pregonero* y lo leyese desde el título hasta el pie de imprenta ; y á que la jamona se dejase seducir por las caricias de Morfeo, desplomándose sobre Ramón, al compás de largos y vigorosos resoplidos.

Llegó el suspirado rodante armatoste en el momento en que Ramón, viendo la muestra de su reloj, exclamaba, rojo de indignación : Las once y diez minutos !

Resbalaron de nuevo los manes de los que fueron zaino y cebruno, y otra vez pudieron arrastrar el carro hasta el punto de salida del desvío, donde, por haberse olvidado el colector de bajar y dar el empujón de ordenanza al carro, éste descarriló con brusco sacudimiento seguido de infernal zangoloteo.

En vano se esforzaron auriga y colector por llevar á pulso el coche al carril, distante media vara de las ruedas. Hubieron de bajar los pasajeros y meter mano para llevar el vehículo á su puesto, con jamona y todo. El reloj de Ramón marcaba las once y veinte minutos.

BARATO Y EFICAZ -- 6 reales caja

Los famosos resultados obtenidos con las acreditadas

PILDORAS DEL DR. FRANQUI -- N. 1

para la curación instantánea de las calenturas paludosas nos obligan á recomendar este medicamento humanitario á los pacientes.

Hacen curaciones admirables.

BARATO Y EFICAZ -- 8 reales caja



¿Está Ud. débil,

inapetente, con mal color?

¿Tiene Ud. pobreza de sangre, trastornos nerviosos, manchas en la piel, débil el pelo?

¿Y (si es dama) la función propia de su sexo es irregular, difícil ó escasa?

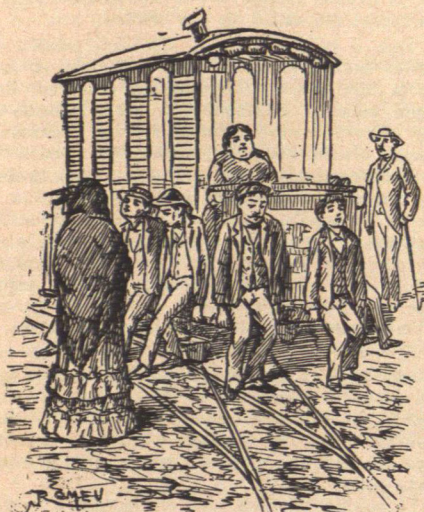
—Tome Ud. las píldoras del mismo Doctor, pero las del No 2.

REGENERAN

el organismo pobre

NO TIENEN DIETA

Braun & C^a, Sturup Sucesores, M. Arteaga Reven- ga & C^a y principales boticas.



Las protestas de los pasajeros acalararon al canario que tomó desquite con los caballos, em- prendiéndola con ellos á foetazos, lo que dió por resultado que el carro partiese y rodase media cuadra. Era esto lo que esperaba la ja- mona para pedir la parada y descender pe- nosamente, después de dirigir á Ramón un « que usted lo pase bien, » contestado por él con un « vaya usted en.....horabuena. »

Desde allí hasta la plaza Bolívar las pa- radas fueron diez :

Para esperar á una comadre del cochero que estaba de compras en la bodega y no su- bió sino cuando se halló del todo despachada.

Para que subiesen, frente al mercado, varias cocineras con sus cestas llenas de repollos y carne cruda, que nos ensuciaban los pantalo- nes y apestaban á anfiteatro.

Para aguardar á que viniese el dueño de una carreta atravesada en la vía.

Para que pasase un arria de veinte y cinco burros.

Para que el cochero y el colector vieses en lo que paraba un pleito de pilluelos.

Para que subiese un generalote que hizo detener el carro todo el tiempo que requería la conclusión de una plática sostenida con un colega de grandes bigotes y revólver al cinto, del volumen de un diccionario.

Para que subiesen tres señoritas cargadas de paquetes que nos tumbaron los sombreros y nos magullaron las narices.

Para que el cochero recibiese una encomienda con recado minucioso para el cura de San Juan.

Para bajar el cojo que dejó caer las muletas é iba dejando la cabeza en un poste de teléfono.

Y para bajar nosotros en la plaza Bolívar á las once y treinta y cinco, á tiempo que oíamos á lo lejos el pito del tren que partía de Palo Grande.

EL MILLON DEL TIO RACLOT

POR
EMILIO RICHEBOURG

Continuación

Las dos hijas se habían casado también, y tenían, la una tres hijos, y la otra dos. Esta había hecho mala boda. Después de haber su- frido durante seis años las brutalidades de su marido, hombre vicioso y holgazán, quedó aban- donada con sus hijos, sin saber qué había sido del infame.

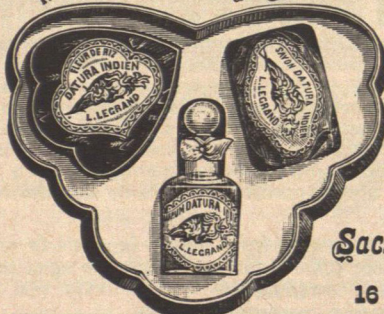
El padre vivía en casa de esta hija, cuyos her- manos le pagaban el alquiler de la casa, con objeto de recompensarla de los cuidados que pres- taba al anciano.

El marido de la hija menor, el gastador de piedras preciosas, excelente obrero que no perdía ningún jornal, era el que más hacía por su suegro.

PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
PARIS

ULTIMAS CREACIONES
Productos

al **DATURA**
INDIEN



Esencia. **DATURA INDIEN**
Polvo de Arroz. **DATURA INDIEN**
Jabon. **DATURA INDIEN**
Agua de Tocador **DATURA INDIEN**
Aceite. **DATURA INDIEN**

Sachets Oriza Solidificados
ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

DEL DICHO AL HECHO

Hay Gran Trecho.

No porque alguien diga que su preparado es "tan bueno como" ó "más barato que" la Emulsión de Scott, debe el paciente dar oído á sus argumentos y jugar con su salud. La Emulsión de Scott es la preparación original; única recomendada por los principales facultativos y Academias de Medicina. Es el resultado de larga experiencia y estudio. El nombre **SCOTT** es garantía de la pureza de ingredientes y de la perfección del conjunto. Exíjase la **Emulsión de Scott** y recházese todo frasco que no sea de la de **Scott** con la etiqueta representando al hombre con el bacalao á cuestas. Todo frasco que carezca de esa etiqueta es falsificado ó imitado. La

Emulsion de Scott

Es el remedio más adecuado para curar la Tísis, Escrófula, Anemia, Exenuación, Clorosis, Raquitismo, y todas las enfermedades en que haya Debilidad y pérdida de Carnes y Fuerzas. Esta medicina cura alimentando, reconstruyendo el sistema, devolviendo las fuerzas perdidas—*creando* carnes! Para los débiles la Emulsión de Scott es una Providencia. Tan segura como permanente, es siempre digna de confianza. El procedimiento de emulsionar el aceite con las hipofosfitos de un modo efectivo, es nuestro arte. Para preparar una Emulsión perfecta se necesita algo más que mezclar los ingredientes al acaso. Se necesita estudio, práctica y cautela, tres requisitos empleados siempre en la preparación de la Emulsión de Scott. Procúrese en todas las Farmacias y Droguerías.

SCOTT y BOWNE, Químicos, Nueva York.

EPILEPSIA

HISTÉRICO

CONVULSIONES

ENFERMEDADES

NERVIOSAS



¡Curacion frecuente!
¡Alivio siempre!
CON EL USO DE LA
SOLUCION ANTI-NEVROSA
DE
Laroyenne
VENTA POR MAYOR
PARIS, 7, Boulevard Denain, 7, PARIS
FARMACIA DUREL

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

VIOLET FRÈRES
THUIR (Pyrénées-Orientales) FRANCIA

Casa Única para el **BYRRH** Con Vino de Málaga

El **BYRRH** es una bebida cuyas virtudes tónicas no se necesita indicar.

Hecho con vinos añejos de España especialmente generosos, puesto al contacto de sustancias amargas inteligentemente escogidas, contiene todos los principios de estas sin tener sobre el estómago la acción nociva del alcohol que hace la base de la mayor parte de las especialidades ofrecidas al público.

Es a la vez gustoso y absolutamente irreproachable al punto de vista higiénico.

El **BYRRH** puede tomarse á todas horas: la dosis de un pequeño vaso de Burdeos como tónico; mezclado con agua en vaso grande, como bebida de refresco.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889
MEDALLA de ORO (la mas grande recompensa concedida.)
En CARACAS: **G. STURUP Y Cia**, Suos y en las buenas Casas.



Todos los miembros de esta familia estaban muy unidos. Si por carencia de trabajo, por causa de enfermedad ó de cualquier otro revés de la fortuna, faltaba el pan en casa de alguno, halláballo éste en la de los demás.

Tres ó cuatro veces al año, con ocasión de ciertas fiestas, se reunía toda la familia en casa de la hija menor. En estos días, el anciano Bertrand tenía la satisfacción de verse rodeado de sus hijos y nietos, quienes con sus caricias le hacían olvidar por un momento sus penas.

Sentados alrededor de la mesa, donde estaban muy estrechos, cada cual abría su corazón á la alegría. Precisaba desechar las ideas tristes. No obstante el festín era modestísimo; componíase de una sopa y, según la estación, una pava, un pato ó una pierna de carnero, á lo que seguía una gran fuente de patatas ó de judías y, por último, queso, el postre favorito de los pobres.

El vino, que los pequeñuelos mezclaban con mucha agua, á fin de que hubiese bastante para los papás, se compraba en la taberna de la esquina. No omitamos que en esos días tomaban café en honor del anciano, y que se consumía algo de aguardiente, pues á éste le gustaba tomar unas gotas.

El bolsillo de cada uno era puesto á contribución para esos modestos dispendios de familia.

Todo esto acababa Marta de saberlo por la carta del Notario.

—Señorita, le dijo Rousselet, según acaba usted de ver, mi amigo, conformándose con los deseos de usted, ha podido obtener los informes que nos comunica, sin que lo sepan los interesados.

—Estoy agradecida á su amigo de usted por lo bien que ha acogido y desempeñado el encargo que se le hacía; suplico á usted que le dé las gracias en mi nombre.

Lo haré así.

—¿Cuándo le escribirá usted?

—Hoy ó mañana.

—Señor Rousselet, ¿estamos todavía lejos del día de las restituciones?

—Espero, señorita, que, dentro de seis semanas, de dos meses á más tardar...

—¿Estará todo dispuesto?

—Justamente.

—Muy bien; pero es un plazo demasiado largo, y pienso en ese pobre anciano que no tiene todos los días las gotas que tanto le gustan: debe sufrir viviendo á expensas de sus hijos, los cuales no siempre tienen pan que comer. Esta familia tan pobre y digna de atención es la mía, y estoy orgullosa de ello. Dígame usted; ¿no se podría tomar, desde ahora, algunos miles de francos de la sucesión de mi padre?

—Sí, señorita. ¿Quiere usted enviar á esos desgraciados alguna cantidad?

—Sí; mil francos á cada uno.

—Así se hará; pero tendrán que saber que es usted...

—No, que no sepan nada. Debe decirseles que ese socorro procede de una mano desconocida.

—Bueno, pero ellos comprenderán la verdad.

—No es seguro, dijo Marta sonriéndose.

Luego añadió:

—No perdamos tiempo; dése usted prisa, pues, ante todo, son mis infelices parientes.

El mismo día escribió Rousselet á su amigo de París, enviándole una libranza de cinco mil francos.

Una tarde, salió en coche el amigo del Sr. Rousselet, llevando mil francos en oro y cuatro mil en billetes de Banco; las monedas formaban un paquetito, y los billetes, que eran diecen francos, cuatro rollos.

Presentóse primero en casa de Maigrot, yerno del anciano Bertrand, donde, no encontrando más que á la mujer, le dió los billetes, diciéndole:

—Esto es una donación que debe usted aceptar.

La mujer de Maigrot abrió desmesuradamente los ojos y asedió con mil preguntas al Notario, el cual, creyendo deber interrumpirla, respondió:

—Tengo una suma bastante considerable para distribuir entre varias personas, cuya honradez y piedad filial se quiere recompensar. Entre estas personas se me ha designado la familia del fun-

didor Julio Bertrand. Yo no soy más que un simple mandatario, y cumplo mi encargo. No me es posible decir á usted quién es el bienhechor, pues yo mismo lo ignoro.

Retiróse el Notario y se fué á casa de Antonio Bertrand, el mayor de los dos hijos.

Una niña de diez años le abrió la puerta y lo condujo á una habitación limpia, pero pobre, donde se encontró á dos mujeres, una muy triste, que tenía en brazos á un niño, y la otra, más triste aún, pues que estaba llorando.

—¿La señora de Bertrand? preguntó el Notario.
—Yo soy, caballero, respondió la mujer que tenía al niño.

—Entonces, es usted la persona á quien debo entregar esto, manifestó el Notario, poniendo los billetes de Banco en la mano de la esposa de Antonio.

Ambas mujeres se miraron asombradas.

—Señora, es un socorro, añadió el Notario.

Y para evitar preguntas, repitió, poco más ó menos, lo que había dicho á la mujer de Maigrot.

—Entonces, dijo ella colocando á la criatura sobre sus rodillas, aceptemos lo que la Providencia nos envía.

Y, quitando el alfiler que mantenía juntos los billetes, alargó uno á la otra, diciéndole:

—Toma, querida Luisa; ahí tienes más de lo que venías á pedirme para comprar pan á tus hijos.

—No, hija, no, balbuceó Luisa.

—Toma, hermana mía; no temas que mi marido se enfade.

Y dirigiéndose al Notario, continuó:

—Esta es mi cuñada, caballero, la mujer de León Bertrand, que venía á pedirme diez francos, y yo no podía prestárselos, pues sólo tengo cinco para pasar hasta el sábado, día en que se cobra. Mi cuñada no puede trabajar, y mi cuñado apenas gana, lo cual hace que estén siempre muy necesitados, algo más que nosotros, y eso que lo estamos bastante.

—Me alegro mucho de encontrar aquí á esta señora, respondió el Notario; puede devolverle á usted el billete que tan generosamente le ha ofrecido, porque también tengo que darle mil francos de parte del bienhechor desconocido.

Y, abriendo su cartera, alargó los billetes á la mujer.

La pobre Luisa estaba estupefacta; no pudiendo contener su emoción, se echó á llorar. Pero ahora ya podía dar de comer á su marido y á sus hijos. Las lágrimas que vertía eran producidas por la alegría y el agradecimiento.

Eli amigo del señor Rousselet saludó á las dos mujeres y salió.

—¡Oh! ¡Qué buenas gentes! exclamaba al bajar las escaleras de los cinco pisos.

Un cuarto de hora después, se hallaba en casa del anciano Bertrand.

Encontró al viejo sentado junto á una ventana abierta, y fumándose una pipa. A su lado trabajaba su hija, que tenía el oficio de chalequera. En un rincón del cuarto revolcábase por el suelo un niño de cinco años, muy entretenido en jugar con un gato. El otro rapazuelo, de nueve años, se encontraba en la escuela.

—¿Quién es ese, Julia? preguntó el viejo á su hija, mirando al Notario con cierta inquietud.

—Soy un hombre encargado de una importante y bienhechora misión para usted, señor Bertrand, respondió el Notario.

—En ese caso, me traerá usted algo de parte de Maigrot ó de Antonio; probablemente tabaco, porque deben saber que ya no tengo, á pesar de que me he condenado á no fumar más que tres pipas al día.

—Señor Bertrand, no vengo enviado por su hijo de usted ni por su yerno, sino por una persona desconocida que favorece á los ancianos que, como usted, han trabajado mucho durante toda su vida para educar honradamente á sus hijos.

—¿Y qué me quiere esa persona?

—Nada malo. En fin, señor Bertrand, se trata de entregarle á usted un socorro, en dinero, de parte del bienhechor en cuestión.

—De veras! exclamó el viejo; pues yo creía que la caridad había desaparecido del mundo.

—Sólo en parte, señor Bertrand, pues aún hay personas como la que tengo el honor de representar.....

LA BOLOGNESE

G. ROVERSI & Ca. — VALENCIA

Nº 92—CALLE DE LA CONSTITUCION — MEDIA CUADRA AL NORTE DE LA PLAZA BOLIVAR — TELEFONO Nº 170

IMPORTACION DIRECTA — VENTAS POR MAYOR Y DETAL

COMPLETO Y ELEGANTE SURTIDO DE MARMOLES,

Lápidas, Letras, Estatuas, Túmulos, Adornos para salas, Mosáico á la Veneciana, Baldozas de varios dibujos, Loza vidriada, Flores de Maiólica.

COLOCACION DE TUMULOS

Construcción de casas, de Panteones, Bóvedas, Barandas y rodapiés.

PIEDRA AZUL DEL MORRO

Gruesa para fábricas y empedrados; y picada para macadan y jardines.

TRABAJOS EN CIMENTO

Tubos para Acueductos y Puentes, Baldozas, Columnas, Adornos, Albañales, Tinas para baños, etc., etc.



Estatuas para adornos de sala y jardines, en mármol, yeso, alabastro y piedra.



Monumentos y túmulos de todos tamaños y precio

LA BOLOGNESE

Conservas alimenticias, Aceite de comer, Salchichones, Fideos de todas clases, Arroz italiano, Champagne italiano y Moscato espumante de Asti, Vinos, Licores dulces, Vermouth Torino en cajas y en pipas, Seltz y Limonada en sifón y $\frac{1}{2}$ sifón, botella y $\frac{1}{2}$ botellitas de billius y botellas comunes

NOVEDAD

Camas y Muebles de hierro, con barniz á fuego, imitación madera
Paraguas de Génova, Colchios.

Inyeccion Cadet

LA MAS CONOCIDA

EN

todo el Mundo

PARA CURAR

EN TRES DIAS

sin otro alguno medicamento y sin temor de accidentes.

PARIS — 7, Boulevard Denain, 7 — PARIS

DEPOSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



VINO CON EXTRACTO DE HÍGADO DE BACALAO

Véndense
en todas las principales Farmacias
y Droguerías.

CHEVRIER

Depósito general:
PARIS
21, Faubourg Montmartre, 21

El VINO con Extracto de Hígado de Bacalao, preparado por Mr. CHEVRIER, Farmacéutico de 1ª clase, en París, contiene, á la vez, todos los principios activos del **Acete de Hígado de Bacalao** y las propiedades terapéuticas de las preparaciones alcohólicas. Es precioso para las personas cuyos estómagos no pueden soportar las sustancias grasas. Su efecto, como el del **Acete de Hígado de Bacalao**, es soberano contra la **Escrófula**, el **Raquitismo**, la **Anemia**, la **Clorosis**, la **Bronquitis** y todas las **Enfermedades del Pecho**.

VINO CON EXTRACTO DE HÍGADO DE BACALAO CREOSOTADO

Depósito general
PARIS
21, Faubourg Montmartre, 21

CHEVRIER

Véndense
en todas las principales Farmacias
y Droguerías.

La **CREOSOTA de HAYA** paraliza al trabajo destructor de la **Tisis pulmonar**, por que ella disminuye la expectoración, despierta al apetito, hace que la fiebre decaiga y suprime los sudores. Sus efectos, combinados con los del **Acete de Hígado de Bacalao**, hacen que el VINO con Extracto de Hígado de Bacalao Creosotado, de CHEVRIER, sea el remedio, por excelencia, contra la **TISIS** declarada ó inminente.

—¿Cómo se llama?
—Según le he dicho á usted, no quiere que se sepa quién es, y yo mismo lo ignoro.
—¡Qué extraño!
—Aquí está lo que debo darle á usted, dijo el Notario entregando el paquetito de oro al tío Bertrand.

—¿Qué es eso? preguntó el viejo.
—Mil francos, señor Bertrand.
—¡Mil francos! exclamó el bueno del hombre.
—Sí, mil francos en monedas de oro.
—¿Y todo eso es para mí? preguntó el obrero con voz entrecortada.

—Sí, señor. Ahora no carecerá usted de tabaco y podrá, si quiere, fumar una pipa mas. Señora, continuó el Notario dirigiéndose á la hija de Bertrand. El desconocido bienhechor ha pensado también en usted; quiere recompensarle su abnegación, los cuidados que usted prodiga á su padre, y aquí hay mil francos en billetes para usted y sus hijos.

—¡Padre! ¡padre! exclamó la joven.
No pudo decir más, porque la emoción le ahogaba la voz.

El Notario había terminado su misión; saludó al padre y á la hija, y se retiró sin que la joven pensase en salir á acompañarlo, porque la pobre estaba como petrificada.

Al cabo de un instante logró reponerse.
—¡Es esto verdad! ¡no es un ensueño! exclamó.
—Me pasa lo que á tí, Julia; mi sorpresa es grande, respondió el viejo. Vamos, todavía hay personas caritativas.

En seguida que se marchó su cuñada, la mujer de Antonio Bertrand se fué al taller de su marido, y le contó lo que acababa de suceder.

Antonio no experimentó menos extrañeza que su mujer, y, por el momento, no podía comprender nada.

—Está bien, dijo. Aceptemos el beneficio, y, pues que estamos ricos, pensemos en los demás. Vete á casa de padre, dale cien francos, y á Julia otros ciento.

Hizolo así la mujer, y al llegar á casa del anciano, lo encontró hablando con su hija acerca del particular desconocido que se había acordado de ellos; mas no entendiendo de lo que se trataba, y, explicándoles á lo que venía, sacó del bolsillo los billetes de Banco.

—El señor que ha ido á tu casa ha venido aquí, dijo el anciano á su nuera, y mira lo que me ha dado; mil francos.

—Y á mí igual cantidad, añadió Julia mostrando sus billetes.

La mujer de Antonio miraba á su suegro y á su cuñada con espantados ojos.

—¿Qué significa esto? exclamó.

—Significa, respondió gravemente el anciano, que los que son honrados y han cumplido siempre con sus deberes, encuentran la recompensa algún día.

XV

La hora de las restituciones se aproximaba. Marta firmó cuanto el Notario le había dicho, y se preparaba á volver á la Comunidad.

La presencia de la joven no era ya necesaria en Aubécourt; pero, sin embargo, el Notario la retenía diciéndole que todavía necesitaba de ella.

Se llevaba su idea.

Hacía frecuentes viajes en interés de sus clientes, ó, más bien, de las víctimas de Mathurin Raclet.

Un día que pasaba cerca de Rosières, interrumpió su marcha para ir á almorzar con sus suegros, á cuya casa llegó á la hora en que ordinariamente se sentaban á la mesa. Aquel día, sin embargo, estaban invitados en casa de la señorita Lormeau.

—¡Irán á avisarles que ha llegado usted, dijo la doncella.

—No, contestó el Notario, disimulando su contrariedad; sentiría molestarlos; además, no hago más que pasar, porque voy á B.....; á la vuelta los veré.

Y se disponía á subir al coche para ir á almorzar en la primera posada que encontrase, cuando la sirvienta dijo:

Continuará.

PLEGARIA A LA REINA DEL CIELO

Dedicada al Sr. Juan Esteban Linares y á su respetable señora
COMO UN HOMENAJE AL HOSPITAL DE NIÑOS

(Véase la música.—Página 422)

¡Oh dulce, oh clara antorcha
Del alma peregrina,
Fanal resplandeciente
De incomparable luz,
Con tus brillantes rayos
Los pasos ilumina
De aquellos que veneran
La redentora cruz!

¡Oh Madre! si las almas
Buscan mundana gloria
Y de falaz riqueza
El mísero esplendor,
Presenta ¡ay! á sus ojos,
Presenta á su memoria
De la corona eterna
El vivo resplandor.

Si el hombre desdichado
Profana en su locura
Esos afectos santos
Que guarda el corazón,
Enciende en él ¡oh Madre!
La llama noble y pura,
El fuego poderoso
De santa devoción.

Si siente desdichado
Del odio los furores
Y de venganza horrible
El devorante ardor,
Apaga bondadosa
Sus míseros rencores
Y cambia sus enojos
En fraternal amor.

Si viles apetitos
Mancharon su existencia,
Si la infernal envidia
Su corazón dañó:
Si de su gran destino
Por triste negligencia,
Y de su dios amante
Ingrato se olvidó;

Abre sobre él tus ojos
Y bondadosa mira
Las peligrosas llagas
Que lleva sobre sí,
Tal vez en su amargura
Por la salud suspira
Y ha puesto su esperanza
¡Oh dulce madre! en tí.

¡Oh Reina poderosa!
¡Oh Reina de los Santos!
Concédenos la gracia,
La paz, la santidad,
¡Oh estrella de los mares!
Escucha nuestros cantos
Desde el excelsio trono
De eterna claridad.

Rubio, Venezuela, enero de 1894.

Señores Scott y Bowne, Nueva York.

Muy señores míos: El ingenioso procedimiento de emulsionar de un modo inalterable el aceite de bacalao, haciéndolo agradable al paladar y más fácilmente absorbible por el tubo intestinal es indudablemente una gran adquisición científica.

En mi práctica he tenido ocasión de observar que la "Emulsión de Scott" es en la generalidad de los casos, el único modo de hacer que el estómago de los enfermos soporte el aceite de bacalao. Demasiado conocidos son ya por el mundo científico las propiedades nutritivas y terapéuticas de la asociación del aceite de bacalao con los hipofósitos de cal y de sosa, bajo la forma de "Emulsión."

En obsequio de la verdad y de la justicia digo que la "Emulsión de Scott" es una preparación que merece ser recomendada por el mundo científico.

DR. CLEMENTE MONTAÑEZ.

Advertencia: Hacemos constar aquí, que no devolvemos originales que se nos remitan sin nuestra aprobación, publíquense ó no.

PLEGARIA A LA REINA DEL CIELO

Dedicada al señor Juan Esteban Linares y á su respetable señora como un homenaje al Hospital de Niños

Letra de C.

Música de J. F. Fariás

Andante

Canto

Piano

Oh dul- ce es- ta- ra an- to- cha del al- ma pe- re- que- na Pa- nal res- plan- de- ciente de in- com- pa- rable

luz con tus bril- lantes ra- yos los pa- sos ilu- mi- na de aque- llos que ve- ne- ran la re- den- to- ra

cruz de aque- llos que ve- ne- ran la re- den- to- ra cruz

cloro

Oh ma- dre si las al- mas Bus- can mun- da- na glo- ria y de fa- las re- que- zas El

mi se- ro es- plan- dor Pre- sen- ta- la- y a su- s o- jos Pre- sen- ta a su me- mo- ria de la co- ro- na

ser- na el vi- vo res- plan- dor de la co- ro- na ser- na el vi- vo res- plan- dor

Copieda de la obra de J. F. Fariás

UN SUEÑO

VALESE

Por M. E. Senior
(BARCELONA)

This musical score is for a waltz titled "Un Sueño" by M. E. Senior, published in Barcelona. The piece is in 3/4 time and B-flat major. It consists of eight systems of music, each with a treble and bass staff. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, accidentals, and dynamic markings like "p" (piano) and "8va" (octave). The score is written in a clear, professional style typical of early 20th-century music publications.